

Índice

1. Introducción	2
1.1. Meta y formulación del problema	8
1.2. Motivación y relevancia del estudio	9
1.3. Delimitación del estudio	12
1.4. Estructura del presente trabajo	14
2. Estudios anteriores sobre el testimonio	15
3. Estado de la cuestión: revisión bibliográfica	19
3.1. Definiciones y técnicas narrativas del primer testimonio	19
3.2. Síntesis: estrategias y técnicas narrativas del testimonio clásico	43
3.3. Técnicas narrativas del primer testimonio relacionadas a la definición	45
4. El nuevo testimonio	59
4.1. Discusión sobre la aplicabilidad de las técnicas narrativas identificadas anteriormente	59
4.2. Técnicas narrativas empleadas en el nuevo testimonio	64
4.2.1. <i>7 años secuestrado por las FARC</i>	64
4.2.2. <i>Retazos de mi vida: testimonio de una revolucionaria salvadoreña</i>	70
4.2.3. <i>Cautiva: testimonio de un secuestro</i>	77
5. Discusión final o ¿qué se queda, qué se va?	81
6. Bibliografía	91

1. Introducción

El testimonio es un fenómeno literario que se hizo conocido en América Latina empezando por los años sesenta al relacionarse con uno de los acontecimientos más espectaculares de la región del último siglo, eso es: la Revolución cubana. A pesar de que no deja de ‘domar’ y recombinar otros géneros, la canonización del testimonio como una modalidad literaria ‘auténticamente’ latinoamericana se debe esencialmente a los mecanismos institucionales y literarios fuertemente politizados de aquel momento histórico, al acogimiento positivo por la crítica en los años 80 y 90, pero también a la disponibilidad e interés de los informantes como consecuencia de la insurgencia popular de los países centroamericanos (Skłodowska 1992:1, 57). De acuerdo con Lovell y Lutz (2001:173) y Chávez (2005:54-5) el testimonio es, como género literario, heredero de las tradiciones orales precolombinas y de las narrativas indígenas de la Conquista. Cuba es el lugar donde las producciones literarias contemporáneas de este corte se definieron y prosperaron debido al estímulo brindado por la Casa de las Américas,³ institución cultural que ha distribuido un premio especializado cada año a partir de 1966 (Azougarh 1996:24-7). En Cuba, el impulso dado al testimonio partió de Ernesto ‘Che’ Guevara, uno de los personajes centrales de la Revolución, quien, consciente de la necesidad de crear una cultura radicalmente nueva en la época pos-revolucionaria, animó al pueblo cubano a anotar, según sus capacidades, sus experiencias y su entusiasmo acerca de la Revolución (Volek 2001:100). Más tarde, la cantidad de obras escritas en el estilo testimonial, calculada por Azougarh (1996:229-327) a casi 200 sólo en Cuba, hace que Rivero (1991:69; mi traducción) hable de una “verdadera avalancha de producción” y Volek (1992:301) de un “boom de la literatura factual [que enmarca] el vaivén entre novela y documento [que] tiene larga historia y se halla en los orígenes de la novela occidental moderna.”⁴

³ Creada “como un espacio de encuentro y diálogo de distintas perspectivas en un clima de ideas renovadoras” a cuatro meses después de la instalación del régimen Castro en la Habana, la Casa de las Américas “promociona, investiga, auspicia, premia y publica la labor de escritores, artistas plásticos, músicos, teatristas y estudiosos de la literatura, las artes y las ciencias sociales del Continente” con la meta específica de “desarrollar y ampliar las relaciones socioculturales con los pueblos de la América Latina, el Caribe y el resto del mundo” (Casa de las Américas 2010).

⁴ La razón de la existencia del testimonio como género literario hoy día se debe en gran parte al lanzamiento y la configuración del contexto sociopolítico en el momento de su creación. Volek (1992:305-6) escribe que este contexto se convirtió en un ‘autor intelectual’ del testimonio proporcionando las pautas para tramar las historias que acaban conformándose como un teatro ritual en el que se presenta el Pueblo a través de la palabra de un intelectual fiel quien se compromete a cambiar la Historia. Puntualmente, los premios de la Casa de las Américas buscaron homogeneizar el género para convertirlo en un instrumento ‘útil’ de la Revolución.

Por lo tanto, el texto que se considera actualmente como fundador del género es la colaboración entre Miguel Barnet y Esteban Montejo – *Biografía de un cimarrón* (1966) – obra que describe la vida de un ex-esclavo cubano, recolector de caña de azúcar, veterano de la guerra de independencia de 1895-1898 que, en el momento de las entrevistas, tenía más que cien años y había vivido una serie de acontecimientos extraordinarios (Gugelberger y Kearney 1991:6). Lo novedoso de este primero volumen es el hecho de haber ‘narrativizado’ por primera vez la historia de un individuo de una manera que pretende representar, en un plan simbólico, la biografía de toda una clase social o colectividad. Este libro no es sólo la biografía individual de Esteban Montejo sino que es más bien una clave con la que se abre todo un mundo del saber. A través de su memoria Esteban Montejo nos introduce a un periodo histórico desde un ángulo sobre el que tenemos conocimientos muy reducidos – las vivencias del esclavo cubano. No obstante, merece la pena subrayar que es posible que este papel central que se le ha acordado a la trilogía testimonial de Barnet se deba principalmente a los esfuerzos de este autor particular de clasificar y conceptualizar el género ya que *Quarto de despejo* (1960) de Carolina María de Jesús, el diario-testimonio de una mujer brasileña, se había publicado seis años antes (Nance 2006:168). Este libro que cronológicamente se le adelanta a Barnet es una colección de anotaciones diarias escritas por una mujer de color con sólo dos años de primaria cuya meta era sacar sus hijos de la miseria que significa la vida en la *favela* (Nance 2006:3). Aún así, los dos libros se distinguen en dos aspectos esenciales que se comentarán detenidamente más abajo. Por el momento se puede adelantar que se trata, por un lado, de la dimensión mediada del testimonio de Esteban Montejo, cosa que cobra una importancia tremenda dentro de la crítica literaria de tinte poscolonial, y por el otro lado del aspecto político que no se encuentra destacado en el libro de la brasileña de Jesús, pero constituye un rasgo crítico que la producción literaria de Miguel Barnet.

Entre la multitud de trabajos de investigación sobre el testimonio aparecidos en los años noventa hay aquellos que, como Alessandra Riccio (1991), Abdeslam Azougarh (1996), George Yúdice ([1991]1996) y John Beverley ([1989]1996), intentan establecer una genealogía cultural-literaria de este género fuera de la asociación directa con la Casa de las Américas. Por su parte, Riccio (1991:253) y Azougarh (1996:17-24) ven como esencial para el desarrollo ulterior del testimonio cubano, o según la denominación preferida por su exponente principal, Miguel

Barnet, de la novela-testimonio, la literatura (politizada) de campaña. Conforme con la filóloga italiana, fueron los diarios de la guerra de independencia de hombres ilustrados como, sobre todo, José Martí, y más tarde, las denuncias de Pablo de la Torriente de Brau y Raúl Roa de las dictaduras sostenidas por las intervenciones o las amenazas estadounidenses, que permitieron por primera vez que la literatura local pusiera en contacto lectores y autores sedientos de un conocimiento que tuviera que ver con su “su propia realidad [y los indujo a] conocerse como individuos y como parte de una nacionalidad” (Riccio 1991:253). Azougarh (1996:18) agrega a esta lista a los mambises Manuel de la Cruz, Ramón Roa y Enrique Collazo, combatientes de la primera Guerra de Independencia cubana, que pretendían más bien contribuir al conocimiento de las proezas de la guerra y a la difusión del sentimiento anti-colonial pero “no eran escritores con una vocación propiamente literaria,” así como lo era por ejemplo Martí. En este sentido la naturaleza política del testimonio contemporáneo se encuentra en sus raíces históricas anteriores a la Revolución cubana, lo que contesta la conceptualización del testimonio como asociado fundamentalmente a la izquierda política latinoamericana. Además, siguiendo a Zimmerman ([1991]1996:122-3), la asociación del testimonio con la izquierda no es unívoca ni perpetua debido a textos más tardíos que surgen en los años ochenta. Por un lado hay textos como el de Mario Payeras, *El trueno en la ciudad* (1987), donde se abre camino a la autocrítica de la izquierda maoísta latinoamericana como altamente ideologizada pero poco prudente y madura estratégicamente para la lucha (urbana) y, por el otro, el libro de Armando Valladares, *Contra toda esperanza* (1985), que utiliza el mismo formato del testimonio para criticar abiertamente desde la derecha los abusos en materia de derechos humanos, las injusticias y los excesos cometidos por la Revolución cubana (Patai 2001:272; Nance 2006:176). Un ejemplo más reciente de la crítica desde dentro es el libro de María Elena Cruz Varela *Dios en las cárceles de Cuba* (2001), subtulado novela-testimonio, que describe la brutal experiencia, separada por veinte años, de dos grupos de mujeres religiosas, prisioneras de conciencia en presidios castristas.

Por su parte, en el esfuerzo de engendrar una definición para el testimonio contemporáneo, John Beverley ([1989]1996:25; mi traducción) encuentra que “las raíces históricas del testimonio se remontan a una serie de textos narrativos no literarios como las *crónicas* coloniales, el ensayo *costumbrista* (*Facundo, Os sertoes*), los diarios de guerra (*diarios de*

campaña) de por ejemplo Bolívar o Martí, o la biografía romántica... [m]ezclados con la gran popularidad de la historia de vida del tipo antropológico o sociológico compuesta a base de narrativas grabadas en cintas desarrollada por sociólogos académicos como Oscar Lewis o Ricardo Pozas en los años 1950s.” En la misma colección de trabajos seminales sobre el testimonio publicada por Georg Gugelberger, pero partiendo de una serie de suposiciones posmodernistas, George Yúdice ([1991]1996:42) identifica el testimonio con una actuación⁵ cuyo objetivo es la formación de una identidad que es de manera simultánea tanto personal como colectiva. Esta última filiación deja en principio abierta la posibilidad de que cualquier texto que pueda cumplir con la condición primaria de ser un discurso anti-hegemónico, en el sentido de representar una reevaluación de la importancia de la cultura de los grupos sociales marginales y/o marginalizados con respeto a la cultura dominante, formulando a la vez una identidad basada en la transformación de la *otredad* en un factor positivo, sea reconocido bien como antecesor del testimonio, bien como discurso testimonial en sí. Otra condición impuesta por Yúdice ([1991]1996:49) inspirada por el posmodernismo es la resistencia del texto testimonial a los intentos de convertir la experiencia vivida en objeto estético-literario. En la visión de Yúdice ([1991]1996:54; mi traducción) el testimonio se mantiene más bien como un discurso político, debido a la mezcla de marxismo y teología de la liberación presente en los textos de los setenta y ochenta, que promueve “una relectura de la cultura como historia vivida y una declaración de fe en las luchas de los oprimidos” a través de una elaboración de la “experiencia personal que es, desde luego, una lucha *colectiva* contra la opresión.”

Por cierto, el motor que hizo que el género del testimonio se popularizara inmensamente después de que el libro de Rigoberta Menchú y Elizabeth Burgos, *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* ([1983]2003), abriera el camino a principios de los años ochenta, fue la generalización de las dictaduras en el Cono Sur (Bustos 2010:11) y de las guerras populares en América Central (especialmente en El Salvador, Nicaragua, Guatemala) (Burgos 2001:50) y la naturaleza políticamente cargada de estas luchas que hizo que el testimonio mismo fuera capturado como método de difusión de enseñanzas doctrinarias con una cara humana por los dos

⁵ En el texto original Yúdice utiliza la palabra ‘performs,’ un concepto esencial dentro del posmodernismo donde ha llegado a significar algo más que una representación (teatral). En conjunción con el giro lingüístico o discursivo engendrado por el posmodernismo, la noción de *performance* hace referencia a la dependencia de cada discurso de su público, del contexto en el que se produce y del proceso que caracteriza esta producción más que de la intención del autor o que el producto final que se obtiene (Auslander 2004:99-100).

lados de estas guerras. Según Beverley ([1989]1996:26) este tipo de testimonio en particular se inspiró del éxito resonante de los diarios guerrilleros de Guevara, que, sin tener pretensiones académicas o literarias, buscaban difundir conocimiento sobre su causa al mundo, atraer posibles reclutes y reflexionar sobre los éxitos y los fracasos de la lucha. En este sentido se puede decir que mientras que la forma autobiográfica contribuye a la ‘seducción’ del lector en un sentido humano porque acerca al testigo a los hechos y, al exponer su sufrimiento en una forma tan franca, acerca también al lector al testigo, el hecho de que el individuo que es el protagonista está vinculado con todo un grupo que vive una situación de opresión conjunta motiva una reacción más bien política que emocional en el lector que, según lo confirma la experiencia de Guerra y Ahern Fechter (1996: 265-6), se expresa en el deseo de hacer ‘algo’ por el grupo o intervenir de alguna manera para corregir estas injusticias expuestas.⁶

No obstante, debido a su desarrollo ulterior comentado brevemente más arriba es imposible ver el testimonio como una maquinación de la guerrilla para atraer simpatizantes, a pesar de que ésta puede haber sido la meta inicial de utilizar tal formato literario. Asimismo, visto que la lucha armada perdió de a poco su actualidad en los años noventa,⁷ la asociación con las guerrillas izquierdistas sirve de poco para explicar la razón por la que este género literario sigue en uso. De ahí que no se puede dejar de preguntarse cuál es el significado de aquellos testimonios que surgieron luego de esta fecha, continuando la tradición por lo menos en cuanto los aspectos formales y literarios. Mientras que los testimonios aparecidos en las últimas dos décadas carecen de aquel sentido de emergencia que Beverley ([1989]1996:35) describía como uno de los rasgos fundamentales del género, sí se trata, por lo menos en apariencia, de compartir experiencias que no son ya colectivas en el sentido estricto en la mayoría de los casos, sino simplemente extraordinarias. Al nivel de los años noventa Beverley ([1989]1996:35; mi traducción) escribía que “[e]l testimonio representa la afirmación del sujeto individual, hasta del crecimiento y la transformación individual, pero en conexión con una situación de grupo o de clase marcada por la marginalización, la opresión y la lucha.” El autor advertía que si esta

⁶ Siguiendo a Beverley ([1989]1996:35), “in testimonio narrative ‘I’ has the status of what linguists call a shifter – a linguistic function that can be assumed indiscriminately by anyone.”

⁷ Conforme con Beverley (2004:xiii) el acontecimiento más dramático que cementó este derrumbe e indujo un cambio ideológico que se verá correspondido por la revuelta de los neo-zapatistas de Chiapas liderados por el Subcomandante Marcos fue la pérdida del poder por los sandinistas por vía democrática en 1990 como consecuencia del colapso económico y social debido a la guerra interminable lanzada por los Contras apoyados por la administración de Reagan.

conexión con la colectividad se echaba a perder, el texto dejaba de ser un testimonio y se convertía en autobiografía, ‘una especie de bildungsroman documental.’ De acuerdo con Beverley ([1989]1996:36), esto se debe al hecho de que la ruptura del vínculo con la comunidad oprimida se traduce en una imposibilidad ulterior de construir el cuestionamiento profundo de la estabilidad del mundo del lector, característico al testimonio, basado en la demanda de cambios *estructurales* en éste que respondan a las injusticias repetidas expuestas por el texto. En este sentido, se puede decir que lo que este crítico está reclamando como específico para el testimonio en relación con la autobiografía es el contenido político del primero. Igualmente, las experiencias descritas en la colección *Teaching and Testimony* (1996) por algunos de los profesores que utilizaron el testimonio como lectura obligatoria en sus cursos de universitarios sugiere que el formato autobiográfico es nada más que un instrumento, un medio de propagación utilizado por individuos con metas y mensajes esencialmente políticos debido a la capacidad especial de esta técnica de conmocionar al lector (Petersen 1996:110; Collins y Varas 1996:144; Jones 1996:156).

La popularidad del testimonio como herramienta de enseñanza tiene que ver también con cambios institucionales y un reposicionamiento ideológico hacía la izquierda que se dio en los EE.UU. a partir de los años setenta. Los estudios de subalternidad, descendientes directos del movimiento poscolonialista-marxista, recomendaban una reevaluación favorable de la producción literaria del ‘Tercer Mundo’ que se suponía regida por otros estándares creativos inconmensurables con aquellos del Occidente y acabaron motivando la elevación de ésta a la par con el canon tradicional. La justificación de este interés creciente por la literatura de los marginados conserva una relación directa con la integración en la sociedad, en pie de igualdad, de grupos previamente desestimados y el reconocimiento de sus derechos civiles y políticos. Después de la culminación del movimiento afroamericano de derechos civiles en los años sesenta y el siguiente empoderamiento del movimiento chicano en los setenta, estos mismos grupos procedieron a lanzar firmes campañas en pro de la inclusión entre las lecturas obligatorias de textos que polemizan las raíces europeas y principalmente griegas de la cultura occidental (D’Souza [1991]1992:61). El testimonio, como un ejemplo de texto escrito fuera del esquema o sistema literario tradicional occidental, se valoró académicamente de manera positiva como una *recuperación* de la voz de los oprimidos de aquellos grupos previamente sin historia o

literatura propia (Gugelberger 1996:11) en base de la idea lanzada por Beverley (1999 en Gardner 2006: 36-7) que el testimonio era la mejor aproximación que existía hasta aquel momento al habla real del subalterno reclamado por Spivak (1988:283-85) en su famoso artículo “Can the Subaltern Speak?”.⁸ De acuerdo con Achugar (1992:49) la inclusión de estos textos entre las lecturas universitarias obligatorias es el resultado de la demanda *política* por asociaciones feministas y/o minoritarias para una revisión del canon literario lanzadas y, dada la extraordinaria capacidad de acercamiento que caracteriza la formula autobiográfica, una vez allí no tuvieron problemas en cautivar la fascinación de los interesados y reproducirse infinitamente siguiendo el esquema de su éxito inicial. Asimismo, conforme con Beverley (1987:16), a partir de los años ochenta se da un movimiento paralelo por parte del *establishment* literario hacia el acaparamiento de las técnicas del testimonio y la elaboración de textos ficticios en el mismo espíritu. Hay dos direcciones principales: primero, la de las novelas pseudo-testimoniales como *Un día de vida* de Manilo Argueta y *El vampiro de la Colonia Roma* de Luis Zapata que imitan el formato del testimonio sin que el narrador-protagonista tenga una existencia real verificable; segundo, la de las formas intermediarias entre la novela y el testimonio como *Operación masacre* de Rodolfo Walsh y *La noche del Tlateloco* de Elena Poniatowska, producto del activismo periodístico que conservan ciertos aspectos de la realidad intactos como marco de la historia.

1.1. Meta y formulación del problema

El objetivo principal de este trabajo es describir la relación de los testimonios políticos latinoamericanos de fecha más reciente, es decir de la última década, con el testimonio latinoamericano producido entre las décadas de los sesenta y ochenta. Para concretar, se puede decir que el propósito del ensayo es comprobar la validez de las estrategias textuales y técnicas narrativas extraídas de las definiciones asociadas a este primer testimonio para los textos testimoniales posteriores. No obstante, para poder abordar el ‘nuevo testimonio’ se hace necesaria

⁸ Más tarde Beverley (2004:52-3) perfecciona su argumento de con respecto al testimonio y la subalternidad del narrador-protagonista para decir que el individuo que nos interpela desde el texto testimonial no es un subalterno real sino que, dada su calidad de agente transculturado, funciona más bien como un intelectual orgánico según la formula gramsciana de los subalternos que representa metonímicamente. Para citar las palabras exactas de Beverley (2004:52): “Testimonio is located at the intersection of the cultural forms of bourgeois humanism, like literature and the printed book, engendered by the academy and colonialism and imperialism, and subaltern cultural forms. It is not an authentic expression of the subaltern (whatever that might be), but it is not (or should not be) easily assimilable to, or collectible *as*, literature either.”

una revisión bibliográfica de las definiciones correspondientes al primer testimonio con la meta de intentar homogeneizarlas, separando sus atributos fundamentales de aquellos elementos accidentales que dependen más bien de enfoques teóricos demasiado angostos. Las preguntas que guían este proceso de investigación son:

(a) Partiendo de las definiciones más conocidas del testimonio anterior, definiciones producidas dentro del campo de la literatura comparada en los años noventa, ¿cuáles son las estrategias discursivas principales de este género?

(b) ¿Se puede hablar de estrategias y técnicas narrativas que pertenezcan exclusivamente al testimonio constituyendo un núcleo que lo diferencian a éste mismo de otros géneros literarios como por ejemplo la autobiografía, el diario, la historia de vida?

(c) ¿El testimonio de fecha más reciente conserva las mismas estrategias discursivas y técnicas narrativas, pudiéndose hablar así de un género literario cohesionado a raíz de las estrategias textuales?

1.2. Motivación y relevancia del estudio

En primer lugar, se reconoce como central el hecho de que el testimonio clásico referencial es básicamente un texto político para el que las técnicas literarias sirven como apoyo retórico.⁹ Retomando las palabras de Sklodowska (1992:89; en cursiva en original) se puede decir que “[e]l testimonio es sobre todo un proyecto *de acción por medio de la palabra* (informar, denunciar, reivindicar, cambiar)” que “se resiste a reconocer su propia calidad de artefacto” y, en cierto modo, también su calidad literaria. No obstante, éste mismo no deja de emplear técnicas fundamentalmente literarias para alcanzar su finalidad de producir un ‘efecto de la verdad.’ Mientras que algunos críticos valoran, junto con Gugelberger (1999:48; mi traducción), que el testimonio es “mucho más cercano a la literatura que el documental,” evidenciando a la vez la penetración de técnicas principalmente testimoniales en la literatura escrita por autores

⁹ Refiriéndose principalmente al testimonio de Rigoberta Menchú, Roberto Avant-Mier y Marouf A. Hasian Jr (2008:330) encuentran que este libro cumple cuatro propósitos discursivos para su informante: primero, les provee de un sentido de verdad autobiográfico a aquellos que escriben sobre las tribulaciones de los ‘campesinos’ maya; segundo, les ayuda crear alianzas y un sentido de solidaridad entre los lectores que simpatizan con las comunidades indígenas; tercero, alimenta de material discursivo los proyectos de conmemoración histórica; y, finalmente, funciona como un aparato literario contra-hegemónico que puede ser utilizado en las críticas políticas de las decisiones del gobierno guatemalteco, las acciones militares y las comisiones de la verdad. Es fácil ver que entre estos cuatro, tres son políticos y uno es de uso personal o comunitario.

profesionales que partir de los años ochenta refleja “una preocupación por conseguir una “presencia” o voz testimonial” (Beverley 1987:16), otros hablan del testimonio como un discurso étno-político con préstamos del periodismo, la historiografía y las ciencias sociales (Giardinelli 1989:30). Con esto, la conceptualización de Azougarh (1996:180) del testimonio como un “discurso complejo e híbrido [que] resiste a una autopsia formal que pretenda aislar lo literario de lo que no lo es,” se puede considerar como bastante acertada. Además, de acuerdo con Chávez (2005:58), según la faceta que se quiera subrayar, el testimonio ha sido bautizado con varios nombres polémicos: ‘novela testimonial’, ‘novela sin ficción’, ‘literatura testimonio’, ‘novela realidad,’ ‘literatura testimonial’, ‘crononovela’, ‘socioliteratura’, ‘novela documental’, ‘literatura factográfica’.

En pocas palabras se podría decir que una definición es una oración que intenta exponer de manera resumida y univoca los rasgos esenciales *sine qua non* un fenómeno no debe ser incluido en una categoría determinada, pero el testimonio presenta una problemática especial porque, a pesar de que la literatura testimonial publicada hasta el fin del siglo anterior ha beneficiado de amplios intentos de definición asociados con los más variados colores del espectro ideológico y teórico, conforme con Chávez (2005:57), sus características básicas siguen siendo motivo de controversia. Dicho de otro modo, mientras que existen obras como por ejemplo la de Elizabeth Burgos ([1983]2003) y la de Miguel Barnet ([1966]1968) que son claramente privilegiados por los críticos que las ven como arquetipos del género testimonial, se dan también casos de testimonios como el de Karin Lievens y el de Michele Najils (en Nance 2006:173) que incorporan los mismos elementos y técnicas narrativas, pero son elogiados con menos frecuencia en los textos de referencia. Más aún, en vista de una nueva ola testimonial que puede o no diferenciarse de la primera, la imposición de revisar de una manera cuidadosa las primeras definiciones junto con los mismos libros que las inspiraron se hace necesaria por dos razones. Primero, la manera de definir el testimonio, y de hecho de cualquier noción sea ésta literaria o no, es determinante para la aplicación del concepto porque actúa como un mecanismo que constriñe la elección y la variedad de textos incorporados en una discusión acerca del género en cuestión. Segundo, la definición ejerce una función modificadora sobre aquellos textos que se proclaman testimonios y que luego constituyen el fundamento de una teoría general sobre los márgenes del género. Las definiciones del primer testimonio han llegado a

puntos muertos algunas veces y otras veces han sido manipuladas como resultado de cambios ideológicos y paradigmáticos dentro de la academia para subrayar aspectos determinados del proceso testimonial¹⁰ que, en retrospectiva, se han mostrado ser características de algunas obras testimoniales particulares y, como tal, intransferibles al género literario. Igualmente, el hecho de que la mayoría de los colaboradores en las principales ediciones dedicadas al análisis del testimonio¹¹ escogieron como textos representativos a *Biografía de un cimarrón* ([1966]1968), ‘*Si me permiten hablar...*’ *Testimonio de Domitila* ([1977]2004) y *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* ([1983]2003) pone en relieve el proceso que hace que ciertos libros se conviertan, sin quererlo, en el ‘estándar’ contra el que se miden todas las siguientes publicaciones, limitando así las técnicas narrativas y estrategias discursivas que son vistas como distintivas para el testimonio. En breve se podría decir que la definición es el atajo que más fácilmente ayuda a identificar los aspectos técnicos esenciales de este género y la manera en la que se deberían expresarse, facilitando el camino hacia el propósito principal del trabajo: el análisis de las técnicas y estrategias discursivas del testimonio político latinoamericano de la última década.

A pesar de que, conforme con Nance (2006:178), la cantidad de testimonios producida en la última década ha sido algo reducida, no hay que dejar de interesarse por el desarrollo reciente del testimonio visto que en las últimas dos décadas se dieron importantes transformaciones políticas mundialmente y en Latinoamérica que llevaron a que la literatura testimonial ya no “esté escrita en el idioma de la Guerra Fría,” como su predecesora (Warren 2001:201). Aunque esta nueva ‘ola’ se ve plagada por acusaciones de búsqueda de éxito económico y popularidad

¹⁰ Por ejemplo, en el momento de auge del testimonio se consideró que el analfabetismo del narrador-protagonista era un rasgo esencial del testimonio ya que, basado en el concepto de que el testimonio era una forma de autobiografía de aquellos que no escriben, éste llega a ser una precondition necesaria de la colaboración del intelectual que toma nota y elabora el testimonio y el representante-agente del pueblo. Esta barrera surge, por un lado, debido a la extraordinaria influencia que tuvieron dos de los primeros testimonios, *Biografía de un cimarrón* ([1966]1968) y *Me llamo Rigoberta Menchú...* ([1983]2003) donde los narradores fueron analfabetos y, por el otro lado, debido a la fascinación con el poscolonialismo, la corriente filosófica predominante dentro de la academia estadounidense durante los años noventa. Hoy en día autores como Azougarh (1996:171) ven como superada esta perspectiva y plantean el punto de vista común o doble del testimonio como una posible característica de la modalidad narrativa porque éste mismo ubica el testimonio en el espacio entre la cultura oral, que se supone del informante, y la escrita, que se supone como característica al gestor.

¹¹ Aquí incluyo a *The Real Thing* (1996), editada por Georg Gugelberger, y *Teaching and Testimony* (1996), editada por Allen Carey-Webb y Stephen Benz.

periodística,¹² no se puede dejar de explorar la conexión de estas nuevas ‘confesiones’ con el género literario establecido hace casi medio siglo por la Casa de las Américas. Adelantando algo de las conclusiones a las que se llegará más tarde, se podría decir sin miedo de equivocarse que la mayor diferencia entre el primer testimonio y el de la última década es que mientras que los narradores de la primera ola utilizaban principalmente el formato de la autobiografía para ‘seducir’ al lector dándoles la impresión de estar experimentando lo real, los narradores de la segunda ola usan el ya establecido y reconocido formato del testimonio con el mismo propósito. Entonces muchas de las características de la primera ola se mantienen: el formato autobiográfico, la politización del texto, la oralidad etc. No obstante, mi opinión es que estos últimos textos testimoniales tienen que ser entendidos como negociaciones de un nuevo espacio social para aquellos que, como jóvenes, habían elegido la revolución armada y se toman la tarea de asegurar (al mundo pero en especial a sus posibles electores) que la izquierda no corre peligro de producir otro estallido armado y para aquellos que vuelven a asumir las tareas normales de padres, mujeres, e hijos después largos periodos de desaparición forzada. Por lo consiguiente, pienso que la ambición de cambiar la sociedad de manera radical, que Nance (2006:23) reclama para el primer testimonio, es mucho más reducida en la segunda ola que se puede describir más bien como volcada hacia el pasado que el futuro, a pesar de reconocer la necesidad de algunas transformaciones socio-políticas.

1.3. Delimitación del estudio

Para precisar con un poco más de detalle el tema del testimonio más reciente, se podría decir que dentro del desarrollo contemporáneo se han dado a conocer tres tipos principales de testimonio: en primer lugar, aquellos de antiguos guerrilleros que ponen en perspectiva su participación en la lucha armada y los cambios sociales producidos desde aquel entonces; en segundo lugar, se trata de testimonios relacionados al narcotráfico y, en tercer lugar, de textos producidos por secuestrados (de la guerrilla). En este ensayo se van a tratar principalmente

¹² Mempo Giardinelli (1989:29) ya había lanzado la misma acusación en contra del primer testimonio que veía como un reflejo del oportunismo de autores, editoriales y distributores que, con su deseo de satisfacer una creciente demanda de obras realistas, ha llevado a “la bastardización de estos temas [todos relacionados con las dictaduras en América Latina, a saber: los desaparecidos, la violencia, el poder, la crisis del peronismo o la ideología de los militares], mediante la reiteración hasta el cansancio, el poco rigor escritural, la baja calidad estética y, en muchos casos, mediante la superficialidad o la mentira tendenciosa.” Giardinelli (1989:28) deploraba las tiradas cada vez más restringidas de clásicos de la literatura y jóvenes de grande talento que ceden su espacio a la “legión de autores que apelan a su memoria, a sus recuerdos y experiencias” (Giardinelli 1989:29).

testimonios de excombatientes y de ex-secuestrados por la simple razón de que, siguiendo a Fonseca (2009:9-10), el testimonio del narcotráfico, bastante desarrollado en los años noventa en México y Colombia, dos países donde el narcotráfico ha tenido la mayor influencia sobre la cultura, se incluye más bien en la narco-narrativa – modalidad narrativa que trabaja con los géneros epistolar, testimonial, la ficción y la novela de tesis, subordinándolos a sus metas particulares.¹³ Referente al testimonio de secuestro se puede decir que, además de preocuparse en un nivel micro por la experiencia individual del secuestro, al nivel macro figuran como encadenamientos de testimonios y contra-testimonios que se cristalizan alrededor de una persona famosa secuestrada. Para ejemplificar, del grupo de presos políticos de las *Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – Ejército del Pueblo* (FARC) retenidos durante la primera década de los 2000, los primeros tres testimonios, el de Clara Rojas, el de Luis Eladio Pérez y el testimonio conjunto de un grupo de tres militares estadounidenses escrito en inglés, todos discuten en algún apartado el carácter de Ingrid Betancourt, la más famosa detenida durante su propio periodo de secuestro. Además, luego de dos años de su liberación, la misma Ingrid Betancourt publicó en 2010 un testimonio sobre el secuestro, *No hay silencio que no termine*, que no será incluido en este trabajo ya que el idioma original en el que se publicó fue el francés, siendo éste ulteriormente traducido por María Mercedes Correa y Mateo Cardona con la colaboración de la autora.

Ya que este estudio se conforma como una indagación en el nuevo testimonio, el periodo temporal se limita automáticamente a la última década, aunque, inicialmente se van a utilizar algunas publicaciones previas, tanto secundarias como primarias, para poder articular un mapa mental de las características del género según los críticos literarios más destacados durante la década de los noventa. Por otro lado, como la región latinoamericana es tan extensa, tenemos que imponer algunos límites al espacio de origen de las fuentes primarias para que su selección se haga menos aleatoria. Pensamos que la concentración sobre El Salvador y Colombia que

¹³ Fonseca (2009:27-32) sugiere que la meta principal de la narco-literatura es representar los cambios que ha traído el narcotráfico a las sociedades donde ha llegado a dominar la cultura. Principalmente la narco-narrativa muestra, utilizando un costumbrismo minucioso, una preocupación por el cambio de valores que ha significado ‘el dinero fácil,’ pero también reflexiona sobre la culpabilidad que se siente en una sociedad que ha cedido ante el narcotráfico. A la vez la narco-narrativa presenta la tesis según la que el narcotráfico es un fenómeno transnacional cuyo motor es la demanda que hay desde los países desarrollados. No obstante, la influencia negativa del narcotráfico se resiente fundamentalmente en los países en vía de desarrollo cuyas instituciones políticas y judiciales acaban totalmente socavadas por la corrupción.

hemos escogido permite un planteamiento más cohesivo de la cuestión del nuevo testimonio, pero hay que reconocerlo que carece de una motivación más profunda que la excelente disponibilidad de las fuentes. De ahí que se impone una breve discusión en la conclusión de los problemas interpretativos que pueden surgir de las limitaciones de tiempo, recursos y espacio.

1.4. Estructura del presente trabajo

La estructura del estudio está acotada a la meta principal del estudio, a saber: la vinculación del testimonio latinoamericano de más reciente fecha con los textos testimoniales anteriores. El apartado que sigue a continuación hace un breve repaso de la literatura secundaria en existencia sobre el tema. El siguiente fragmento discute varias definiciones rivales con la meta de determinar cuáles son las técnicas narrativas esenciales que determinan el género testimonial y de articular con las mismas un mapa mental donde estén situadas jerárquicamente según su importancia. El siguiente apartado se dedica a extraer de las fuentes primarias más citadas durante los noventa por los críticos literarios la modalidad de manifestarse de las características previamente determinadas como esenciales para el género. Este proceso se considera importante porque en la penúltima sección se procede a verificar si las mismas estrategias textuales siguen actuales en los textos testimoniales más recientes y se expresan de la misma manera. En el último capítulo se resumen los resultados principales de nuestra investigación, al mismo tiempo que se exponen algunas de las dificultades interpretativas que pueden surgir como consecuencia de las limitaciones impuestas a un estudio de este tipo.

2. Estudios anteriores sobre el testimonio

Como decíamos antes, aunque aparecieron estudios sobre el testimonio a partir de los años ochenta, fue durante los años noventa que el testimonio capturó casi por completo la atención de la comunidad académica, especialmente la de EE.UU. Ahora bien, estudios sobre el testimonio habían aparecido ya antes. Uno de sus fundadores y practicantes más importantes, Miguel Barnet, escribe a partir del fin de los años sesenta varios artículos detallando su experiencia con este género. La serie agrupada en 1983 en *La fuente viva* empieza en 1969 con “La novela-testimonio: socioliteratura” y contiene varios artículos sobre las semejanzas del testimonio con otros géneros como por ejemplo la novela documental (en Yúdice ([1991]1996:44). En 1986 aparecieron *Testimonio y literatura* de René Jara y Hernán Vidal (en Gugelberger 1996:6) y el artículo de Ariel Dorfman sobre el testimonio en Chile, “Código político y código literario: El género testimonio en Chile hoy” (en Nance 2006:12). Antes de la publicación de las compilaciones que han llegado a ser las más citadas, Georg Gugelberger y Michael Kearney, por un lado, y John Beverley y Hugo Achurá, por el otro, editaron en 1991 y 1992 respectivamente dos números especiales de *Latin American Perspectives* y *Revista de crítica literaria latinoamericana* dedicados al testimonio (en Gugelberger 1996:6), mostrando así su creciente importancia para el mundo literario. Además, en 1992 se publicó el libro de Elzbieta Sklodowska, una de las personas que iba a ser central en los debates culturales del *campus* norteamericano sobre el canon literario y la educación pluricultural, bajo el título *Testimonio hispanoamericano: historia, teoría, poética* seguido muy de cerca por *The Real Thing* (1996), editado por Georg Gugelberger, y *Teaching and Testimony* (1996), editado por Allen Carey-Webb y Stephen Benz.

Publicado por primera vez en 1991, es decir antes que *Teaching and Testimony* (1996), *Illiberal education. The politics of race and sex on campus* ([1991]1992) toca la problemática de la educación de grado en EE.UU. y el currículo obligatorio. Su autor, uno de los más ambiciosos críticos de la inclusión de literatura tercermundista contestataria en el currículo de estudios estadounidense, intenta mostrar como el éxito de esta literatura no se debe al hecho de que sea “excelente e inmortal.” Como ya hemos indicado más arriba, de acuerdo con D’Souza ([1991]1992:72; mi traducción), el prestigio que se consigue el testimonio en los recintos universitarios estadounidenses proviene más bien de una correspondencia total entre las

demandas de los grupos políticos de presión que surgieron del movimiento para los derechos civiles la “condena explícita del papel histórico del Occidente y de las instituciones occidentales” que es el fundamento de las historias de vida relatadas en el testimonio de los ochenta. Este autor considera que la facilidad con la que los enérgicos estudiantes pertenecientes a grupos minoritarios (indígenas norteamericanos, homosexuales, feministas, afroamericanos, etc.) se identifican con los textos testimoniales se debe al hecho de que estos mismos se sienten oprimidos así como lo son los personajes de los textos (testimoniales) que pedían que se introdujeran en el currículo (D’Souza [1991]1992:72).¹⁴

El año 1996 parece haber sido un momento decisivo para el desarrollo de la investigación sobre la literatura testimonial. Debido sobre todo a la asociación del testimonio con la discusión sobre la renovación de la enseñanza en las universidades estadounidenses, tanto en relación con las técnicas pedagógicas como materiales literarios, hizo que desde aquí en adelante sigan una serie de libros que se puedan considerar seminales en la definición del género. Esta lista empieza en 1999 con *Subalternity and Representation* de John Beverley, y *Proceed with Caution* de Doris Summer, sigue con Ileana Rodríguez *The Latin American Subaltern Studies Reader* (2001) y termina con *Testimonio: On the Politics of Truth* (2004) de Beverley (en Nance 2006:6). Puede que parezca una ocurrencia algo surrealista que esta sucesión de títulos empiece y termine con John Beverley, pero de hecho Beverley ha sido el único autor que ha intentado estimar como ha cambiado la percepción de lo que es el testimonio durante casi dos décadas. Sus textos hacen referencia tanto a su propia comprensión como a los nuevos textos publicados sobre el género intentando, por lo general, adaptar su interpretación a la transformación continua a la que han sido sometidas las teorías poscoloniales y posmodernas. La mayoría de los otros estudios, y fundamentalmente los primeros publicados en los ochenta y principios de los

¹⁴ El problema principal que yo encuentro con el texto de D’Souza es la manera un poco sarcástica en la que trata a aquellos estudiantes que tienen todo derecho expresarse sobre su educación. En realidad, la furia de D’Souza es algo mal encaminada porque mientras que por un lado se trata de los estudiantes que se manifestaron en contra de un currículo al que consideraban opresivo, por otro lado se trata también de universidades que no supieron o no pudieron resistir a las presiones ejercidas sobre ellas. No creo que los estudiantes pretendan decir que las culturas que ellos quieren estudiar, sean éstas africanas, chinas o indígenas latinoamericanas, son de manera realista más competentes a la hora de producir buena literatura, así como presenta D’Souza ([1991]1992:81) su argumento. Se sabe con seguridad que la literatura no tiene ningún valor intrínseco que la haga buena o mala sino que esta es una evaluación externa que requiere cierto entrenamiento y conocimiento de la cultura que la produce. Lo que me parece más preocupante es el hecho de que de las universidades hayan cedido bajo presión política y mediática y llegado a montar cursos para los que cuales los mismos miembros de sus facultades tenían poca preparación, según lo que reconoce el mismo autor (D’Souza [1991]1992:74).

noventa, conciernen problemas de definición y se dedicaban en ciertos casos a las condiciones paratextuales de producción del género.

Este enfoque sobre las condiciones en las que se produce el testimonio y su recepción por el público, particularmente en los recintos universitarios estadounidenses, se debe en parte a la controversia desatada por la revelación de los datos de David Stoll ([1999]2008) que contradicen ciertos detalles del testimonio de Rigoberta Menchú de los años noventa. Luego de la publicación de este libro siguió una larga serie de artículos y publicaciones de investigación sociológica, literaria, etiológica y antropológica que perfeccionó a lo largo de los años noventa el análisis del vínculo paratextual entre narrador y compilador, basándose especialmente en la relación de Elizabeth Burgos y su entrevistada guatemalteca.¹⁵ Otros artículos reseñados por Avant-Mier y Hasian Jr. (2008) se ocupan con una crítica cultural del testimonio y del trabajo antropológico mientras que toman partida de un lado o de otro de la controversia Menchú-Stoll. Fue en los artículos que respaldaron a Menchú ante las condenas de los críticos que aparecieron por primera vez definiciones del testimonio desde la antropología e historiografía que caracterizan el testimonio como una alternativa a la historiografía basada en fuentes escritas, pero aún así advierten que es una alternativa dominada por el lenguaje político de la Guerra Fría, con lo cual se recomienda cierto cuidado para no mezclar la manera realista en la que se presentan los hechos en el testimonio con una realidad-real o, digamos referente a un mundo detrás-del-texto¹⁶ (McLaren y Pinkney-Pastrana 2000, Stromquist 2000, Rodríguez 2001, Arias 2001, Warren 2001).

¹⁵ Por un lado hubo críticos que veían la relación entre las dos mujeres como una reedición de la situación de dominación nacional de los indígenas por los *ladinos* descrita en el mismo texto y mientras que la interpretación más moderada del testimonio es que siempre que se trate de una colaboración el producto final llega a ser la versión del intelectual que elabora el testimonio de la versión del agente de su vida, lo que significa que cada testimonio dista por lo menos dos pasos de lo que el mundo 'real' (Moneyhun 1996:238). La mayoría de los artículos que cuadran en el lado más extremo de la interpretación percibieron, en base de suposiciones poscoloniales, la descripción de la joven como dulce y de su mirada como "franca como la de un niño" (Burgos 2003:9-19) como derivados de una exotización del Otro y al mismo tiempo que acusaron a Burgos de intentos de domesticar la imagen de Rigoberta en su atribución a la joven de un discurso antiimperialista orientado en contra de EE.UU (Warren 2001:202; Pratt 1996:65). Algunos de estos artículos aparecen en Arias, Arturo (comp.). *The Rigoberta Menchú Controversy*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

¹⁶ Arias (2001:81-2), para ejemplificar, critica a Stoll por su atrevimiento de ridiculizar la noción de memoria colectiva y de construcción colectiva de la pertenencia e identidad étnica subrayando la importancia de regirse como antropólogo según el esquema cultural de tus entrevistados y no la propia. Warren (2001:1999) recuerda que el testimonio siempre ha tenido un filo político penetrante y el hecho de que Rigoberta Menchú misma no haya sufrido directamente la discriminación que relata no derrota las estadísticas que muestran diferencias claras de

Más recientemente, autores como Kimberly Nance (2006:6-7) que definen la literatura testimonial como un medio para cumplir la meta de incrementar la justicia social se preocupan por las estrategias y reglas retóricas que guían la elaboración del texto mismo. A diferencia de los previos estudios, Nance desarrolla una visión conforme con la que el testimonio *no* es anti-literatura en el sentido de Beverley¹⁷ sino que “la producción del testimonio ha dispuesto de grados variados de revisión y de estructuración – de manera inevitable (...) por la persona que lo [el contenido] ha experimentado, y a menudo también por los escritores y los editores colaboradores, sea [la revisión] de manera reconocida o no” (Nance 2006:8). Es decir, para Nance el testimonio utiliza el formato de la literatura para transmitir una descripción retoricizada de la realidad del grupo o la capa social que pretende representar y exigir un cambio en la situación de opresión. A pesar de que este trabajo no retoma la posición de Nance en su totalidad, lo que sí deriva en cierto sentido de su libro es el entendimiento del testimonio como un artefacto socio-político que tiene cierta retórica que presta de la literatura para introducirse en la conciencia del lector.

educación, de acceso a capital y servicios básicos entre indígenas y no-indígenas (más los indígenas ladinizados) en base de la pertenencia étnica que muestran que esta puede bien haber sido la vida de muchos indígenas de ese periodo histórico (Stromquist 2000:147-8).

¹⁷ Tanto Beverley ([1989]1996:24) como Yúdice ([1991]1996:44) describen el género en términos de una expresión espontánea de las experiencias extraordinarias vividas por una persona que, sin embargo, sigue conectada a su colectividad y actúa como su agente. Como se verá más abajo, para estos autores el testimonio es anti-literatura porque no se rige según las reglas literarias de esteticizar la vida, sino que presenta las experiencias vividas en una manera franca y no labrada excesivamente. Nance (2006:21) contesta esta visión arguyendo que muchos de los narradores explícitos del testimonio son también dirigentes políticos afiliados a determinadas organizaciones y asociaciones de ciudadanos, con lo cual, aunque sea oral, su discurso es obligatoriamente labrado a través de muchas repeticiones delante de oyentes reales para conseguir el mayor impacto.

3. Estado de la cuestión: revisión bibliográfica

3.1. Definiciones y técnicas narrativas del primer testimonio

Puesto que John Beverley fue el más asiduo crítico que se ocupó del tema de la literatura testimonial, empezamos con el artículo que éste volvió a publicar en la colección de Gugelberger en 1996. Luego de prevenir sobre la naturaleza cambiante e inestable del testimonio que hace cualquier intento de delimitarlo “en lo mejor de los casos provisional, en lo peor represivo,” Beverley ([1989]1996:24) ofrece una definición que llegará a ser la más citada de los trabajos siguientes:

By testimonio I mean a novel or novella-length narrative in book or pamphlet (that is printed as opposed to acoustic) form, told in the first person by a narrator who is also the real protagonist or witness of the events he or she recounts, and whose unit of narration is usually a “life” or a significant life experience. Testimonio may include, but is not subsumed under, any of the following textual categories, some of which are conventionally considered literature, others not: autobiography, autobiographical novel, oral history, memoir, confession, diary, interview, eyewitness report, life history, novella-testimonio, nonfiction novel, or “factographic literature”.

De acuerdo con esta definición, el testimonio tiene un elemento en común con la autobiografía, eso es: el uso de la primera persona como perspectiva narrativa. Como hemos visto más arriba, autores como Yúdice ([1991]1996:54) cuestionan si este ‘yo’ que se emplea en el testimonio es verdaderamente un yo singular e individual, o hace más bien referencia a una primera persona plural, o a una memoria más bien *colectiva*, pese su forma gramatical. Hoy en día existe un consenso entre los críticos respecto al hecho de que, a pesar de su forma verbal, el testimonio alude a un grupo entero de personas discriminadas, empobrecidas o perseguidas (política y militarmente) que viven o han vivido la misma situación, ya que, siguiendo a Warren (2001:200; mi traducción), “el género testimonial intenta hacer las abstracciones – violencia, pobreza y condiciones de vida degradantes – reales [para el lector] mediante la personalización de sus efectos y la narración de historias heroicas de resistencia individual.”¹⁸ Igualmente, Azougarh

¹⁸Tomando en cuenta las palabras de Dorfman (1986:221) quien considera que en los testimonios militantes, que son también la mayoría de los testimonios sobre la dictadura pinochetista existentes en Chile, se da una falta total de introspección sobre las razones de la violencia y la fragilidad del compromiso revolucionario o la lealtad hacia los compañeros de lucha y la aserción de Beverley (1987:13) para quien uso del yo testimonial es nada más que un ‘dispositivo’ lingüístico que puede ser asumido por cualquier individuo de la comunidad que tendrá una experiencia similar al narrador-protagonista, Achugar (1992:56) llama el testimonio “una autobiografía despersonalizada.” Para Achugar (1992:56) el testimonio “pasa a ser una especie de contracara de la autobiografía” porque “mientras que la autobiografía es un discurso acerca de la ‘vida íntima’, o interior, el testimonio es un discurso acerca de la ‘vida pública’ o acerca del ‘yo en la esfera pública.’” La ausencia de una indagación *real* en la vida íntima del testificante que implicaría una revelación de las cobardías y tradiciones inherentes en la vida de cualquier

(1996:103) afirma que en realidad “[e]l ‘yo’ [del testimonio] se propone como una sinécdoque de nosotros,” pero se prefiere “el empleo de la primera persona [porque éste] es el mejor medio novelesco para convencer, pues logra más fácilmente la identificación del lector con el narrador, la participación del que lee en los sentimientos, preocupaciones y juicios del que cuenta” (Azougarh 1996:53). Así pues, se puede concluir que, visto que el propósito manifiesto del testimonio es ponerle una cara al sufrimiento con el que se enfrentan grupos extendidos de personas, *personalizando* índices de pobreza, analfabetismo, e inseguridad, lo que se puede esperar como estrategia textual es un uso amplio de la primera persona con referencias constantes a la comunidad que integra el narrador.¹⁹

Otro factor que, de acuerdo con Azougarh (1996:146), es vinculado directamente al formato autobiográfico, y contribuye al incremento de la sensación del lector de estar leyendo un libro empíricamente verificable es (la ilusión de) la cronología lineal. La cronología recta viene a plantear una visión narrativa en continuo movimiento y desarrollo. La estructura narrativa del testimonio no sigue la ‘pirámide de Freytag’ (en Valles 2008:160) visto que los hechos están narrados como si fueran integrados en una constante acción ascendiente cuyo desenlace, eso es: el fin de la situación opresiva, se espera encontrar *fuera del texto mismo* mediante la intervención del lector. Esta exposición de las circunstancias en línea (casi) recta hace que el narrador-protagonista sea percibido como un personaje redondo con una historia personal que influye en su comprensión del mundo. No obstante, en todo testimonio hay un vaivén entre el tiempo actual de la grabación y el tiempo pasado que se está rememorando y una reincidencia de lugares y repetición de incidentes, cada vez con un nuevo significado hace del testimonio una narración más bien concéntrica. En ningún otro testimonio este hecho se hace más obvio que en *Pablo: con el filo de la hoja* de Victor Casaus (en Rivero 1991:73). Este texto es tanto un montaje visual porque se incluyen también fotos e impresiones de certificados y cartas, como literario porque combina las voces de 21 testigos de la varias etapas de vida de Pablo de la Torriente Brau, conocido disidente cubano durante la dictadura de Gerardo Machado. Algunos testigos, incluso el que debería de ser el narrador-protagonista, ya habían fallecido en el

prisionero político supuesto a tortura contribuye a la creación de un *personaje* que tiene una conducta moral ejemplarizante, pero que es muy poco factible como persona *real*.

¹⁹ En cierto sentido se podría decir que el narrador del testimonio tiene un papel similar al corifeo de la tragedia griega quien, conforme con Pérez Sánchez (2010:3), se transforma, en el desarrollo del teatro, de portavoz del coro a personaje.

momento de la escritura, así que Casaus recompone a base de ensayos, textos históricos y artículos de periódico lo que podrían haber dicho si estuvieran vivos. Sin embargo, otros siguen vivos y con ellos Casaus vuelve a visitar los lugares por donde habían pasado con Torriente Brau. En estos fragmentos el *entonces* se mezcla con el *ahora* porque el aquí, es decir: el lugar, es el mismo, causando una impresión de real innegable (Rivero 1991:75). Igualmente, en casi todos los testimonios se da una reinterpretación del pasado mediante los conocimientos que el narrador-protagonista tiene en el presente de la grabación del testimonio (Luis 1989:479). En realidad el testimonio puede ser visto como una fusión de tres tiempos que se juntan debido a la identidad estable del narrador: el pasado, donde éste participó como joven a eventos extraordinarios; el presente de la grabación desde el que el narrador interroga a su joven 'yo' sobre su vivencia; y el futuro en el que se supone que el narrador y el lector actuarán conjuntamente en base de las denuncias presentadas por el primero (Azougarh 1996:127).

Al fusionar la autobiografía con la (ilusión de) cronología lineal, el testimonio recompone la disyunción señalada por Volek (1992:305) entre la historia narrativa y la crónica. Así como lo hace la crónica, el testimonio destaca hechos importantes registrados por testigos presenciales, pero los ordena según sus objetivos ideológicos, según es el modelo de la historia narrativa. De ahí que hay quienes afirmarían que la tarea del narrador-protagonista no es muy diferente de aquella reservada para el historiador. White (2003:138) sostiene que la 'explicación' de los hechos históricos hecha por el historiador apunta también a cierto grado de 'ficcionalización' mediante la ideologización y la reconstrucción de los hechos conforme con una trama genérica – trágica, épica, cómica, romántica, grotesca – que es la verdadera fuente de la coherencia. Achugar (1992:57), por ejemplo, considera que, visto que el testimonio representa “la lucha por el poder de aquellos sujetos sociales que cuestionan la hegemonía discursiva...de los sectores sociales e ideológicos dominantes y detentadores del poder económico, político, cultural y social,” su espacio discursivo es altamente retórico e ideológico, actuando como un instrumento de desmontaje del discurso de poder reflejado en la historia oficial y reconstrucción de una historia *otra*.

Para Arias (2001:81) el elemento que hace que el testimonio se diferencie de la autobiografía es básicamente la tensión entre la identidad individual y la colectiva-nacional que exhibe éste primero. Anteriormente, Beverley (1987:13) había afirmado que si el narrador empezaba a

manifestar una identidad individual separada de la del grupo o capa social marcada por la marginalización, lucha y opresión que éste denunciaba, el testimonio se convertía en una autobiografía – “una especie de *Bildungsroman* documental” que, mostrando los obstáculos con los cuales se encuentra el narrador, pone en evidencia también la manera de superarlos.²⁰ Así pues, Nance (2006:27) afirma que contrario a la autobiografía, el testimonio nos llega desde individuos de escaso poder político que viven a menudo en situaciones de discriminación despiadada. En este sentido, Duchesne Winter (1992:50) indica la afinidad del testimonio con la ‘literatura de resistencia,’ personificada en el género norteamericano de narraciones de esclavos, mientras que Sklodowska (1992:66) insiste en la herencia de la literatura gauchesca en Hispanoamérica, subrayando su lado contestatario de la autoridad. Debido a la prevaecía de la actitud irónica y jocosa ante la vida, Azougarh (1992:111) encuentra ciertas semejanzas con la novela picaresca. Igualmente, otro parentesco del testimonio que se puede marcar es la tradición de autobiografías de indígenas norteamericanos que, como las narraciones de esclavos, también se dividen en escritas por el protagonista mismo y narraciones ‘contadas-a’ (Álvarez 1999: 261).

Mientras que esta definición parece enfatizar la conexión directa entre experiencia personal del narrador, o sea la realidad empírica, y los hechos narrados, el mismo Beverley articula en otro texto un argumento algo más sutil en relación con la correspondencia entre realidad y testimonio. En *Against Literature*, Beverley (1993:82-3) insiste que una diferencia esencial entre la autobiografía y el testimonio es que la formula autobiográfica del testimonio sirve esencialmente para producir *la sensación de estar experimentando lo real, crear la impresión de autenticidad*. A pesar de ser fácilmente deconstruible, esta ilusión de autenticidad apoya los intereses estético-ideológicos del narrador y del compilador (Sklodowska 1982 en Beverley 1993:82). Asimismo, la enumeración de los géneros que Beverley considera emparentados al testimonio donde se mezclan, por un lado, novela y, por el otro, la crónica hace dudar que el testimonio como tal respete una división muy nítida entre la ficción y no-ficción.

²⁰ En otro sitio, Beverley ([1989]1996:36) afirma que la autobiografía tiene el efecto de confirmar y/o autorizar el privilegio de la capa social alta y media-alta a través de traer delante de su lector una historia de éxito y ascenso social conseguido mediante trabajo y sacrificios *pese* la baja condición inicial de su narrador, por lo tal no necesita de un lector activo. No obstante, mientras que la autobiografía necesita de un lector activo dentro del texto, el testimonio, que exige una contribución del lector hacia la mejora de las condiciones de vida de la comunidad del narrador, requiere de un lector activo tanto dentro como *fuera* del texto.

Ahondando en el pensamiento según el que el testimonio provoca la sensación de lo real, Sklodowska (1992) cambia de dirección por completo en relación con los otros críticos e ignora totalmente las técnicas narrativas. La autora recuerda puntualmente que un testimonio como obra escrita contiene los elementos añadidos de prólogos, advertencias e introducciones y señala en consecuencia que las expectativas del lector de testimonios mediados en cuanto veracidad están moldeadas principalmente ellos (Sklodowska 1992:22). Conforme con Sklodowska (1992:8), estos elementos extraliterarios añadidos por el compilador son las fuentes primarias de la autoridad del texto testimonial, y no la retórica intertextual, ya que, como bien lo había reconocido Gérard Genette antes, los prefacios están dotados de fuerzas ilocutorias que predeterminan la interpretación del texto. Esto hace que Azougarh (1996:190-1) afirme que el pacto testimonial es en realidad *anterior* al mismo texto testimonial porque “se contrae en el nivel extraliterario.” Contrario a Nance, Sklodowska (1992:24-5) considera que al efecto de la verdad contribuye también el cambio de registro lingüístico que fluctúa entre científico y oral-coloquial, dependiendo del pasaje de la obra, y la preocupación del compilador, mostrada en los prólogos, por métodos de coherencia interna y externa sobre los que se supone que descansa la validez del texto.²¹ Aunque, como veremos más abajo, muchos autores debaten la sustantividad de la metodología del testimonio especialmente referente a la representatividad del narrador-protagonista, Sklodowska insiste que estos capítulos introductorios facilitan la interpretación del testimonio por parte del lector como texto referencial y no *sólo* como literatura.

En resumidas cuentas, por el momento nos podemos quedar con el hecho de que como estrategia textual el testimonio se parece bastante a la autobiografía: tiene como meta la narración de la vida entera de una persona o de un evento importante, empleando la primera persona gramatical y una cronología (casi) recta. No obstante, se tienen que buscar indicios en el texto que pongan de manifiesto la relación del individuo que narra con el grupo que representa porque, siguiendo a Azougarh (1996:145), mientras que “la autobiografía insiste en el individuo; la novela-testimonio combina el tipo con el individuo tratando de mostrar aquél en éste.”

²¹ De acuerdo con Sklodowska (1992:25), Marsal, un gestor testimonialista menos conocido, apoyándose en métodos sociológicos, recomienda ‘controlar’ al testigo a través de procedimientos de entrevistas cruzadas y comparación intratextual (estrategia de control interno), mientras que Barnet y Randall recomiendan el ‘trabajo lateral,’ eso es: comparar los datos proporcionados por el narrador-protagonista con otras fuentes en forma escrita u oral (estrategia de control externo).

En un texto previo, *Against Literature*, Beverley (1993:155n) cita una definición del testimonio dada por la misma Casa de las Américas que se encargó de galardonar las producciones de este género:

Testimonios must document some aspect of Latin American or Caribbean reality from a direct source. A direct source is understood as knowledge of the facts by their author and his or her compilation of narratives or evidence obtained from the individuals involved or qualified witnesses. In both cases reliable documentation, written or graphic, is indispensable. The form is at the author's discretion, but literary quality is also indispensable.

Mientras que se rescatan nuevamente las características autobiográficas del testimonio, la primera persona y la experiencia vivida, la definición de la Casa de las Américas rectifica la de Beverley en un aspecto esencial. Visto que la Casa de las Américas busca producciones en cualquier formato que tengan “cualidades literarias”, se puede hablar más bien de una ampliación de la definición previa de Beverley enfocada exclusivamente en las creaciones impresas. No obstante, un artículo de George Yúdice ([1991]1996:49) considera que se da una verdadera discrepancia entre literatura y testimonio. Efectivamente, entre los compiladores de testimonio hay algunos, como por ejemplo Dalton (en Sklodowska 1992:42) y muchos de los autores de testimonios militantes chilenos (Dorfman 1986:221), que dicen haber intentado resistirse a “hacer literatura,” dándole prioridad al mensaje político. Yúdice elogia el testimonio precisamente por haber proporcionado nuevas vías de expresión, principalmente antiliterarias para que el sector popular pueda recuperar su lugar en la esfera pública después de haber sido desplazado a un lugar marginal por las obras hiperintelectuales del *Boom*.²² Azougarh (1996:108) apoya este argumento completando con la idea de que la oralidad y la experiencia directa del narrador-personaje son los instrumentos principales del testimonio en su intento de “suplantar el ‘elitismo’ de la cultura escrita de la clase dominante.”²³ Además, para Yúdice

²² Este trabajo de Yúdice se entrelaza con los estudios presentados por Beverley en sus dos recopilaciones *Testimonio: on the Politics of Truth* (2004) y *Against literature* (1993) donde el testimonio ‘popular’ es representado como un desafío en contra del *establishment* literario compuesto tanto por autores como Roque Dalton y Miguel Barnet que se preocupan por los problemas estéticos y ideológicos relacionados a la creación del testimonio (Beverley 1993:93) como por académicos que pretenden engendrar conocimiento que, debido a la autoridad que manejan, sea *la* verdad (Beverley 2004:7).

²³ En realidad el argumento sobre la literariedad del testimonio que plantea Azougarh (1996:181-3) es mucho más sutil ya que éste ve el género testimonial como interceptado tanto por la tradición literaria oral cuyo representante es el informante quien salpica su narración con proverbios y dichos populares y, por el otro lado intervenido por el mundo de los textos literarios, sitio desde el que introduce técnicas narrativas como por ejemplo el flashback, el comienzo *in media res*. Un argumento similar es presentado por Achugar (1992:62; negrita en original) quien considera que el testimonio “es literatura pues circula **como si** fuera literatura” y porque el efecto del gestor no ha sido limitado a puras correcciones gramaticales sino que se extiende en ciertos casos hasta “recursos y

([1991]1996:42-3) la escritura testimonial es una impugnación directa de la novela histórica²⁴ ya que, debido a su capacidad de contactar ‘directamente’ con un interlocutor específico, el testimoniante supera la necesidad de tener un mediador profesional que represente *todo el pueblo* como lo solía hacer el escritor intelectual que actuaba más bien como un puente entre la cultura baja y la alta. Mientras que el escritor profesional ve la descripción de toda la sociedad y su interacción como su obligación profesional central, el testimonio es más bien vinculado de manera consciente a una parte determinada de cada sociedad, intentando recuperar su ‘mensaje.’ De acuerdo con Yúdice ([1991]1996:44), el testimonio es el género de los oprimidos y marginados y, en vez de formular su expresión siguiendo las normas estético-literarias establecidas y pretender revelar verdades universales, busca más bien la emancipación de un grupo de individuos según las condiciones locales en que se mueve éste. Es más, el mismo Yúdice ([1991]1996:47) ve el reconocimiento del que disfruta el testimonio como una venganza en contra de las instituciones literarias que habían relegado ciertos tipos de textos a la esfera no-literaria, limitando las disciplinas que los pudieran estudiar a la etnografía, antropología, sociología o historia. Esta visión está apoyada por Juan Duchesne Winter (1992:1) y Emil Volek (1992:302) quienes encuentran que determinados conceptos de lo que se puede considerar literatura ‘auténtica,’ fijados conjuntamente por la política e ideología de las poéticas y las instituciones sociales dominantes, mantuvieron el testimonio en las márgenes, así como fue el caso de la novela en su momento.

estructuraciones propias de la narrativa de ficción más sofisticada.” No obstante la literariedad del testimonio es algo que se sigue contestando en la mayoría de los textos por los mismos autores porque, de acuerdo con Dorfman (1986:222), estos desconfían “de todo lo que pudiera alterar la brutal evidencia: los hechos hablan por sí mismos, es la verdad misma la que está acá expuesta [porque] [l]a experiencia ha sido demasiado seria, grave, tremenda, como para admitir ventilación estética.”

²⁴ Yúdice ([1991]1996:44) lleva la idea de que el testimonio implica una contestación profunda tan lejos como para afirmar que este género literario rebate la Historia misma, coincidiendo en esto con uno de los principios básicos de la posmodernidad – el rechazo hacia lo que Jean-Francois Lyotard llama grandes narrativas que legitiman las teleologías políticas e históricas como por ejemplo el estado-nación, el proletariado, el partido etc. Es difícil aceptar esta argumentación de Yúdice como tal ya que, visto que la mayoría de los primeros testimonios están relacionados a la izquierda armada y/o a la Revolución cubana, representan más bien un reemplazo de una gran narrativa con otra. El mismo Yúdice ([1991]1996:45; mi traducción) lo reconoce unas páginas más tarde cuando hace referencia a los testimonios cubanos de los años ochenta como “un intento por parte del estado de consolidar un sujeto nacional a través de un proceso testimonial”. No obstante, Yúdice ([1991]1996:45) rescata su afirmación con respeto a la naturaleza contestataria del testimonio haciendo la distinción entre el testimonio *ascendiente* que surge del pueblo mismo y el testimonio *descendiente*, donde se incluye el testimonio cubano ya nombrado, que tiene más bien la meta de definir el ‘pueblo’ como cohesión en contra de un enemigo común. Saltando estas distinciones artificiales, sí se puede apoyar una interpretación según la que el testimonio cuestiona una historia dominada por los ideales de la clase media introduciendo en ella material sobre las masas populares, pero sin conseguir perfilarlas a éstas como algo más que masas amorfas.

Opuestamente, aunque reconoce que lo que prima en el testimonio es el *mensaje*, Sklodowska (1992:56-9) contradice a Yúdice ([1991]1996:66), haciendo contar las fuertes semejanzas del testimonio con la novela realista histórica tradicional. Igualmente, Volek (1992: 306) menciona los legados de denuncia social y mimetismo de la novela realista soviética de los años treinta y cuarenta que en su momento fue considerada especialmente en Cuba como la culminación del ideal artístico. Entre las características literarias similares a la novela histórica, Sklodowska destaca la importancia del lenguaje que en la novela histórica es más o menos arcaizado y local según la época histórica o región que se pretende representar, la veracidad psicológica del protagonista, el énfasis puesto en la autenticidad y la representatividad de los hechos para la época en cuestión y su producción a base de documentos personales. En cierto sentido, lo que aproxima el testimonio a la novela histórica-documental es el propósito cognoscitivo, aunque, conforme con Nance (2006:19), el testimonio va más lejos que la novela histórica proponiendo una mejora del futuro del grupo o comunidad cuyo agente es el narrador-protagonista. Este punto introducido por Nance es debatido por Azougarh (1996: 109) quien encuentra que si es cierto que la novela-testimonio se inscribe por lo general en una tradición realista limitada, en ciertos casos, como por ejemplo la Revolución francesa, la misma “[h]a de asociarse con movimientos literarios que, a la luz de un suceso histórico transcendental, hacían de la novela histórica una ficción que proponía una reinterpretación de la nueva realidad,” casi del mismo modo que el testimonio. Como paralelismo con la literatura realista son las similitudes que ciertos testimonios como los del argentino Walsh y la mexicana Poniatowska manifiestan con la *non-fiction novel* norteamericana que surge del *new journalism*, consagrado por Norman Mailer, Tom Wolfe y Truman Capote (Sklodowska 1992:151).²⁵ Por otro lado, una diferencia importante es que, en contraste con cualquier tipo de novela bien documental bien histórica, la preocupación del gestor y el testimonialista por lo estético es puramente pragmática porque su uso de técnicas narrativas busca seducir al lector, según señala Nance más abajo, y “garantizar la difusión, perdurabilidad e impacto del testimonio” (Sklodowska 1992:50).

²⁵ Siguiendo a Sklodowska (1992:66) “los parentescos del testimonio pueden proliferar *ad infinitum*, según la voluntad, imaginación y erudición del crítico.” De ahí que en mi opinión la especificidad del testimonio como género en el mejor de los casos resulta de la combinación de varias técnicas literarias que pertenecen originalmente a otros géneros, en el peor de los casos su particularidad parece marcada puramente por elementos paratextuales como la condición opresiva del narrador-protagonista, indicada por Nance más arriba, y los prólogos, prefacios e introducciones que acompañan los textos, según lo indica Sklodowska.

La conclusión que se puede extraer de los comentarios de Yúdice sobre el cariz literario del testimonio, es que si éste es literario en absoluto, no lo es en un sentido clásico que busca hacer de la vida un objeto estético. El testimonio es literario puesto que reconoce la calidad estética de las mismas prácticas de la vida y ofrece un texto franco, sin demasiada elaboración literaria. Sea como sea, Beverley (1993:84-6) teme que la incorporación del testimonio en la literatura lleve a la destrucción de su potencial transformativo proporcionado por el estatus de ‘obra abierta’ cuyo narrador actúa en el mundo real como activista o militante de alguna ideología tanto antes de grabar su testimonio como posteriormente. Por su parte, dando por entendido que el formato literario del testimonio es simplemente instrumental, Nance (2006:12) hace una observación mucho más interesante con respecto al potencial transformativo del testimonio. Nance (2006:13; mi traducción) asegura que “la justificación para escribir y leer testimonio se puede encontrar sólo en las consecuencias del género en el mundo, en los cambios de las actitudes de los lectores y las acciones que el texto fomenta,” con lo cual la autora estima que, a pesar de la inclusión del testimonio entre las lecturas obligatorias y la polémica que provocó en los noventa en los recintos universitarios estadounidense, a la crítica literaria le faltan las herramientas para tratar un texto como el testimonio a no ser que se quiera enfocar en el efecto que tienen las estrategias retóricas-literarias sobre los lectores.

Yúdice ([1991]1996:44), quien es más cuidadoso que Beverley, hace referencia a cinco estudios previos de los cuales los principales son los de Barnet (1969, 1981) concluyendo que el testimonio se puede definir como:

...an authentic narrative told by a witness who is moved to narrate by the urgency of a situation (e.g. war, oppression, revolution, etc.). Emphasizing popular, oral discourse, the witness portrays his or her own experience as an agent (rather than a representative) of a collective memory and identity. Truth is summoned in the cause of denouncing the present situation of exploitation and oppression or in exorcising and setting aright official history.

Hasta este momento las definiciones que hemos revisado están de acuerdo que el testimonio tiene algún vínculo con la realidad empírica que se encuentra procesada a través de la experiencia del narrador y, por lo tanto, también está relacionado con el género literario conocido como autobiografía y la literatura sociológica e histórica especializada en historias de vidas e historias orales. Como veíamos más arriba, lo novedoso de la descripción de Yúdice es el planteamiento del testimonio como literatura comprometida. Según esta perspectiva la comunicación de la verdad sirve como base para la reclamación de un cambio político que acabe

con la opresión. Para Yúdice, el testimonio no es simplemente un género literario desinteresado, sino que contiene la denuncia de injusticias en su misma fibra facilitando a la vez la *recuperación* de la autenticidad dentro de la historiografía²⁶ a través del rescate y la inclusión directa, sin estetizaciones innecesarias, de las voces de individuos previamente sin acceso a los canales de publicación (Gugelberger 1996:11).²⁷ No obstante, la visión de Yúdice en cuanto el

²⁶ Puesto que habla de la corrección de la historia oficial y recuperación de voces, la definición de Yúdice alude a la rama de investigación sociológica llamada *action research* que tiene sus orígenes en los trabajos de Kurt Lewin y ha conseguido cierta popularidad en los campos de la educación, desarrollo internacional, asistencia sanitaria, asistencia social etc. (Bradbury Huang 2010:95). Tanto los sujetos estudiados por *action research* como los testimonialistas son marginados sociales, pero se considera que debido a este hecho tienen un conocimiento privilegiado apropiado de la historia real y, a través de ello, se puede reevaluar el presente y mejorar el futuro (Skłodowska 1992:51). Los trabajos de *action research* tienen como metodología la co-participación del investigador en la vida de sus entrevistados y desarrollan sus artículos empleando técnicas narrativas, subrayando a la vez la importancia de la reflexividad sobre su propio papel en la representación de los sujetos de la investigación (Niemi et al. 2010:138). Como toda investigación social cualitativa, la *action research* es consciente de que el investigador se usa a sí mismo como instrumento para comprender a su entrevistado, pero sostiene que el investigador tiene que ir más allá de su papel de sociólogo y emplear sus otras facetas de padre, estudiante, hijo etc. para poder así penetrar mejor el mundo de sus sujetos de investigación. Por lo tal, *action research* se distingue de la ciencia social cualitativa pura porque mientras que la segunda aspira a mantener algún rasgo de objetividad haciendo ciencia *de* sus sujetos, la primera hace ciencia *con* sus sujetos a la vez proponiéndose cambiar hacia lo positivo su situación actual (Bradbury Huang 2010:94).²⁶ Uno de los estudios más importantes dentro de esta corriente es el de Robert Allan Humphreys *Out of the Closet: the Sociology of Gay Liberation* donde Humphreys apoya la idea que el sociólogo que hace investigación sobre homosexualidad, en este caso, tiene que compartir con su entrevistado sus propias ideas sobre el tema para entablar así con contacto real con éste. Otro estudio es Kong et al. (2002 en Fontana y Frey 2005:696) que, analizando el cambio perceptivo de la homosexualidad desde enfermedad y patológica a orientación sexual a base de diarios médicos, colapsa décadas de suposiciones de neutralidad dentro de la sociología cuando muestra como variaciones mínimas en la formulación de las preguntas por parte de los entrevistadores para indicar simpatía o antipatía pueden llevar a resultados muy diferentes. La visión sobre la que se fundamenta el *action research* recuerda la aseveración de Randall (1991 en Skłodowska 1992:17) conforme con la que el testimonio es *acción* estrechamente vinculada a diferentes formas de resistencia, con lo cual no necesita de una teorización minuciosa. Citando las palabras de Burgos (1983]2003:16) en el prólogo de *Me llamo Rigoberta Menchú...* “Rigoberta ha elegido el arma de la palabra como medio de lucha, y dicha palabra es lo que yo he querido ratificar por escrito,” se puede apreciar hasta qué punto el testimonio se puede identificar con esta corriente de investigación sociológica.

²⁷ Dentro de la sociología se da un movimiento interesante a partir de los años noventa, fundamentado en la investigación de corte feminista, que aboga la utilización de la literatura o de las artes audio-visuales para comunicar los resultados de sus estudios. Se considera que el arte es mucho más fiel a las verdaderas voces de los participantes a la vez que ésta tiene más capacidad para impactar en un posible público. Este movimiento acepta que las ciencias sociales no se pueden mantener neutrales en relación con los sujetos de su investigación y propone reinvertir o reevaluar esta ausencia de neutralidad como un punto positivo a partir del cual se puede construir una relación basada en colaboración y reciprocidad. Emparentada al *action research*, esta corriente recomienda la conexión del entrevistador con su sujeto de análisis en un plan emocional y la contextualización de este sujeto en su comunidad y momento histórico del que es necesariamente el resultado (Reinharz y Chase 2001:225; Fontana y Frey 2005:720). Por otro lado, hay otro grupo de sociólogos que consideran que las narrativas personales o historias personales son un muy buen medio para entender la construcción de la identidad personal a raíz del momento histórico y cultura que la persona habita. Este grupo de autores ven la historia personal como un instrumento que pone en conexión el individuo con su entorno social cuya influencia es imposible de escapar (Maynes, Pierce y Laslett 2008:1-5). No obstante, al lado de estos movimientos se han dado también tendencias contrarias o, por lo menos, de resistencia. Uno de sus representantes es Silverman (1997 en Fontana y Frey 2005:719) quien considera que la sociología absorbido demasiados valores provenientes de la estética o los medios de comunicación,

imperativo del narrador de contar la verdad es algo ingenua porque, conforme con Nance (2006:25-7), reduce género testimonial a una concentración sobre el pasado. La crítica de Nance hacia Yúdice se puede sintetizar de la siguiente manera: visto que el testimonio está dominado por el carácter futuro del proyecto de renovación social que propone, la cuestión no es contar la verdad sino incentivar la acción política. La fijación con un enfoque *pasado* del testimonio restringe al mismo a una metáfora jurídico-religiosa que denuncia *verdaderas* injusticias sociales y expone el valor con el que el narrador y su comunidad se enfrentan a los repetidos abusos del poder (Chávez 2005:60). De acuerdo con Nance (2006:23), la verdad no es lo esencial del testimonio, ya que éste usa una combinación de estrategias retóricas entre las que la más importante es la deliberativa²⁸ porque es gracias a ella que el lector se siente realmente el destinatario del mensaje del texto y, por lo consiguiente, llamado a la acción. Más que una lucha por un espacio desde el que se pueda enunciar la verdad disimilada por la historiografía oficial, el testimonio busca acción social que, a largo plazo, enmiende los problemas que plantea. Para Nance (2006:35, 23), el testimonio no enuncia necesariamente la verdad, sino que más que nada espera convencer e impulsar la acción política. Esto da fuerza a las palabras de Chávez (2005:61) quien identifica el testimonio con “una revolución no sólo literaria, sino social y política” y a Beverley (2004:53; mi traducción) quien asegura que esta “literatura no fue sólo un medio de política revolucionaria, sino también constituyó un modelo para ella en Centroamérica.”

desdibujando innecesariamente los límites de las ciencias sociales. Silverman considera que esta impregnación desenfadada de la sociología de otros medios puede fácilmente llevar a un muy real ‘teatro del absurdo’ dentro de la sociología si cada practicante de esta ciencia llega a utilizar metodologías y maneras de elaborar sus resultados propias. Entonces, les lanza una pregunta a sus colegas que abogan la inclusión de los artes en la elaboración de informes: “If I want to read a good poem, why on earth should I turn to a social science journal?” (Silverman 1997 en Fontana y Frey 2005:719), defendiendo así la separación entre la sociología y la literatura.

²⁸ Las tres categorías retóricas aristotélicas expuestas por Nance (2006:23-31) son: forense, epideictica y deliberativa. El habla forense pide a personas con autoridad sobre el proceso de toma de decisiones que tomen una decisión en cuanto la clasificación de hechos pasados como justos o injustos. Según una interpretación forense del testimonio, su narrador se hace culpable de prevaricación al decir cualquier otra cosa que no sea la verdad u omitir cualquier indicio importante. Esta fue la interpretación dominante del testimonio en los años noventa ya que la mayoría de los críticos se concentraron sobre la situación de injusticia pasada descrita por el narrador, integrando el testimonio en una categoría del realismo. El habla epideictica está dirigida hacia espectadores de los que se pide que clasifiquen acciones presentes como nobles o vergonzosas. Esta interpretación del testimonio es predominante dentro de la misma ‘secta’ ideológica o política. La metáfora que le corresponde es el testimonio religioso ya que el narrador da testimonio de la fortaleza de su convicción y fe a pesar de los obstáculos que los enemigos le han puesto delante. En este sentido el testimonio llega a ser una historia de resistencia y una alternativa a la historia de los poderosos. Finalmente, el habla deliberativa pide a personas con autoridad sobre el proceso de toma de decisiones que tomen o no determinadas acciones con efecto directo sobre el futuro.

Efectivamente, estas observaciones de Nance, Beverley y Chávez resuenan en una cantidad de artículos de *Teaching and Testimony* donde profesores de primer y segundo ciclo transmiten el deseo de sus estudiantes posterior a la lectura de hacer algo, de intervenir de alguna manera para mejorar las condiciones de vida de la comunidad del testimoniante (Guerra y Ahern Fechter 1996:265-6; Petersen 1996:110; Collins y Varas 1996:144). No obstante, Allen Carey-Webb (2001:327-330) muestra el perjuicio que puede causar un cuestionamiento de la credibilidad de un testimonio ya que, según señalan Collins y Varas (1996:145), de entrada hay pocas personas que están preparadas a aceptar que su ciudadanía implica también la inclusión un Estado criminal que tiraniza y discrimina ciudadanos propios y extranjeros. Collins y Varras (1996:144) afirman que, para que un estudiante acepte que su Estado le ha ‘traicionado,’ de la manera descrita por los testimonios salvadoreños, nicaragüenses y guatemaltecos en los años setenta y ochenta es sumamente importante que, al rendir cuentas sobre injusticias sociales cometidas conscientemente por el Estado, estos contribuyan con información ‘fiable’ y ‘completa.’ En este sentido, Gugelberger (1999:49) considera que el libro de Stoll ([1999]2008), al que tilda de poco informado sobre teoría literaria y el desarrollo de fecha más reciente del testimonio, ha causado daños irreparables al movimiento de mayanista guatemalteco con su insistencia laboriosa sobre errores mínimos en el testimonio de Rigoberta Menchú que en realidad no hacen otra cosa cuestionar la autoridad de su narradora para hablar. Además predice que el apoyo efusivo basado en factores emocionales que recibió una vez Menchú por parte de los estudiantes estadounidenses escaseará considerablemente debido a esta intervención (Gugelberger 1999:47). Es decir, si en una primera fase la capacidad del narrador-protagonista de *convencer* a sus lectores sobre la autenticidad de lo que está contando es elemental para el testimonio, en una segunda fase se hace importante la resistencia de la autoridad del narrador-protagonista a los intentos de desacredito. Ahí contribuye de manera determinante la verificabilidad de los hechos contados.²⁹

²⁹ Resumiendo el debate que concierne la relación del testimonio con la realidad extraliteraria, Nance (2006:19) dice lo siguiente: “*Testimonio* is not only a text. It is a project of social justice in which text is an instrument. Testimonial narratives are doubly connected to the lifeworld, in their inception as responses to speakers’ real-life experiences of injustice and also by their intended outcomes in social action: on the part of the readers.” Como el testimonio es proveniente del mundo de la vida (*Lebenswelt*) y le toca volver a ello como activismo político-social, la verdad del texto se considera importante. Sin embargo, se puede hacer la observación que en ausencia de información que contradiga o conteste detalles de la historia contada por el narrador-protagonista, resulta mucho más fácil para el lector aceptar la versión de éste si es que ésta parece verosímil. En cambio, un lector con acceso a varias fuentes de información se puede convertir fácilmente en un lector peligroso para el testimonio ya que los

En relación con las técnicas narrativas un aspecto importante que se puede rescatar de la definición de Yúdice es el enfoque en lo popular y la oralidad. Referente a la oralidad, Azougarh (1996:168, 166) señala dos hechos importantes: aunque afirma que no hay que dejar de recordar que el testimonio mediato como diálogo es un fingimiento – una mimesis de un diálogo real, reconoce su eficacia al decir que gracias a ella “más que narrador, el informante se vuelve un ‘hablador’.” Para facilitar la comprensión del primer señalamiento Achugar (1992:62) recalca la existencia de dos textos dentro del testimonio: el primario o prototestimonio, que es casi siempre oral y grabado, por el gestor o, como en el caso de Omar Cabezas Lacayo (1982 en Rivero 1991:70), por el autor mismo, y el definitivo o testimonio escrito y publicado. Así como las dos fuentes del testimonio, el compilador y el narrador-protagonista, *hacen como si fueran una*, también estos dos textos *hacen como si fueran sólo uno*. Por lo consiguiente, Beverley (2004:76) marca, a través de una cita del testimonio de Menchú, que la oralidad inscrita en el texto testimonial no es nada más que fragmentaria e ilusoria, pero sugiere que, a pesar de esto, no deja de contribuir a lo que llama el ‘truth effect’³⁰ (Beverley [1989]1996:27). Esta estrategia retórica facilita como ninguna otra el acercamiento al lector quien valora la inmediatez y accesibilidad del lenguaje como una inmediatez del hecho narrado, cosa que le confiere a este último cierto sentido de autenticidad y mayor verosimilitud. Es decir, debido a la oralidad, como uno entre más elementos, se da una confusión entre el informante fuera del texto, que habita el prototexto, y el narrador que habita el testimonio publicado. El sintagma narrador-protagonista que se aplica normalmente al sujeto que desarrolla su historia de vida en el testimonio alude justamente a esto: es decir, la confusión entre el texto como tal y la experiencia vivida por el informante *fuera* del mismo. Puesto que la misma noción de narrador concierne principalmente el mundo textual mientras que la idea de protagonista se puede aplicar a los dos mundos, tanto el textual como el real el concepto de narrador-protagonista puede ser visto como un oxímoron.

conocimientos previos de éste pueden llegar a poner en entredicho la historia ofrecida por el narrador-protagonista. Sklodowska (1992:118) sintetiza esta idea en las siguientes palabras: “[l]a formula testimonial es, evidentemente, un contrato de buena fe y no presupone a un lector malintencionado.” Achugar (1992:63) agrega que en el testimonio “[s]e trata de una voluntaria aceptación de la verdad, de una suerte de ‘natural confianza’ del receptor en el discurso recibido o escuchado que no permite ni siquiera la sospecha ni el descreimiento. Esta ‘confianza’ es sentida por el receptor como si fuera ‘natural y espontánea’.”

³⁰ Como ya hemos señalado, Beverley (2004:3) contesta a idea según la que lo que estamos leyendo en el testimonio es la verdad como tal y, utilizando esta sintagma junto con ‘el efecto de la realidad,’ ilustra como los mecanismos del texto testimonial junto con las convenciones estilísticas hacen que lo que está experimentando el lector es más bien una sensación de autenticidad, no el Real mismo.

Nance (2006:21) recuerda que, a pesar de ser personas no letradas por lo general, los narradores testimoniales son organizadores políticos que han tenido repetidas ocasiones de ejercer sus capacidades persuasivas tanto en sus propias comunidades como en giras al exterior de las mismas y hasta en salidas internacionales. Por lo consiguiente, no hay que dejar de recordar que la mayoría de los narradores testimoniales han moldeado su discurso a través de un sinfín de charlas y conferencias, y que, en cierto sentido, es la presencia de un interlocutor real en la persona del colaborador que le devuelve al discurso testimonial su oralidad. Debido a esta presencia, el narrador se vuelve consciente de que su público es doble: por un lado, le hablan al escritor, pero a la vez, a través del intelectual, le hablan al lector (Nance 2006:119-120). Conforme con Rivero (1991:72; mi traducción) la oralidad del testimonio, que se vuelve evidente en el uso de frases llamadas por Jakobson (1987:69) fáticas, “desautomatiza el proceso de reacción del lector quien es frecuentemente incitado a actuar como un cómplice a través de su contraparte empírica [presente en el momento del diálogo] – el entrevistador.” Evidentemente, la reclamación de cambios sociales profundos que es la base del testimonio hace todavía más importante la función fática de la oralidad porque, de acuerdo con Nance (2006:50-5), un texto maquinal abiertamente contestatario corre el riesgo de ser simplemente rechazado u olvidado por el lector porque, al unirse a este proyecto, éste arriesga perder su posición social privilegiada. El narrador real del testimonio sabe que el lector, con el que entra en contacto a través del texto publicado, puede ser cualquier persona y también tiene plena consciencia de que es muy probable que las personas que tendrían mayor impacto para enmendar su situación de opresión nunca se han confrontado con condiciones de vida tan extremas, con lo que se hace todavía más importante intentar asegurarse que estén siguiendo en su descripción (Beverley 1993:98). Entonces, basándose en las reacciones de su interlocutor directo durante el proceso de grabación, el narrador adapta su uso de oralidad para capturar y volver a introducir en el relato al lector cada vez que supone que éste manifestará resistencia o querrá rehuir su responsabilidad alegando su falta de conocimiento en vez de ambicionarse a contribuir a la constitución de la sociedad más democrática, igualitaria, diversa e solidaria, que es conforme con Beverley (2004:24), la meta del testimonio.

Como veíamos más arriba, la afinidad del testimonio con la historia oral es lo que Yúdice interpreta como uno de los indicios del principio antiliterar del género porque piensa que, al

rehusar ostentar un lenguaje labrado y autoreferencial y preferir ser *escuchado* empleando su habla diaria, habitual, el narrador rechaza el carácter autotético de la literatura del que hablaron los formalistas rusos en su momento. No obstante, Azougarh (1996:126) encuentra que aunque es cierto que en el testimonio lo literario se oculta debido al uso del lenguaje que tiende hacia la transparencia,³¹ no hay que dejar de tomar en cuenta que hasta este lenguaje sencillo está saturado de imágenes metafóricas y usos poco habituales de palabras. Entonces, siguiendo a Azougarh (1996:127) se podría decir que el lenguaje tiene mayor efecto literario porque consigue “desplazar la barrera entre el mundo extraliterario y el mundo literario.” Así pues, Sklodowska (1992:126) señala que la redundancia es crucial en la lógica del testimonio ya que recalca en el texto escrito un recurso mnemotécnico elemental característico de la cultura oral que no deja de ser sospechoso en una cultura Occidental primordialmente escrita. Aún así la redundancia expresada en repetición de lugares y de incidentes a lo largo de la historia narrada sirve para fundamentar la ‘realidad’ de lo contando porque crea en el lector un sentimiento de familiaridad con lugares y personas que acaba aceptando como si fueran reales (Sklodowska 1992:126).

La definición siguiente de Warren (2001:201-2) confirma muchos de los aspectos que ya hemos discutido, a saber: la sensación de lo real, el compromiso del testimonio con la denuncia social, la naturaleza de proyecto político para el futuro, la metáfora jurídica del testimonio.

Testimonio writers share a commitment to realism with anthropologists, who use similar conventions when they introduce life stories and this description vignettes into their ethnographies. Realist mode or expression create the illusion of an unmediated window on the world to allow the vicarious experience of social realities outside the reader’s own life experience. *Testimonios* gain their narrative power through the metaphor of witnessing. They offer eyewitness experiences of injustice and violence in cinematographic detail, and thereby create the effect of witnesses presenting evidence to the court of public opinion. In the 1980, Latin American *testimonios* were written in the language of cold war politics. Although autobiographical in their self-presentation, *testimonios* are for the most part compiled by literate professionals to raise international awareness about state violence, pressure foreign governments for political leverage, and generate funding for their organizations [...] [T]hese writers record and transcribe interviews, and edit accounts to produce an ‘autobiography’ that the protagonist would not otherwise have written.

³¹ Esta transparencia de lenguaje que conlleva una accesibilidad superior del testimonio para lectores principiantes en comparación con textos literarios hizo que el testimonio se incluyera en el currículo universitario del primer año y hasta en cursos de español primer ciclo, así como lo muestran las contribuciones de la colección *Teaching and Testimony* (1996), editada por Allen Carey-Webb y Stephen Benz. Así pues se da un dilema importante porque mientras que siguiendo a Ahren Fechter (1996:117), estos textos son recomendables para lectores principiantes del español debido a su nivel lingüístico, estos mismos lectores son los más impresionables y también más fácil de traumatizar debido a su edad. Conforme con Guerra y Ahren Fechter (1996:265) muchos de estudiantes jóvenes de estos cursos encontraron los textos ‘demasiado mórbidos’ o simplemente ‘deprimentes.’

Además, esta definición introduce la figura del compilador del testimonio al que le reconoce el mérito de producir un texto que el protagonista mismo nunca hubiera escrito. Aunque es verdad que no todos los testimonios requieren de un colaborador (Nance 2006:110), refiriéndose sólo al narrador Beverley evita introducir en su definición la problemática del intelectual (orgánico) como intermediario o autor, asunto hizo correr mucha tinta de teóricos poscoloniales. No obstante, en “The Margin at the Center: On Testimonio” Beverley ([1989]1996) reconoce la importancia del editor o compilador y la trata con la debida atención. Este crítico considera que el testimonio implica también un apagamiento de la función del autor visto que, conforme con Azougarh (1996:9), el testimonio no es producto de la imaginación de su autor, sino que implica la reproducción de las vivencias de una persona que necesariamente ha sido protagonista de los acontecimientos que narra. De ahí que se puede afirmar que el compilador del texto testimonial supera la intencionalidad *individual* de la obra literaria. El gestor o compilador sigue la metáfora de un productor de cine a través del que se comunica una historia sin ser él mismo la fuente o el creador de la fábula (Duchesne Winter 1992:66). Utilizando una grabadora el gestor construye un simulacro literario de una narrativa oral, cosa que, siguiendo a Beverley ([1989]1996:26-9), lo distancia de un sociólogo que busca explicar la lógica de los datos que recoge.

Dorfman (1986:184) insiste en que un autor profesional es menos susceptible que el narrador-escritor a ciertas restricciones estilísticas y de lenguaje porque es capaz de superar el dolor que reduce ‘lo escribible’. El lenguaje del narrador-escritor tiende a ser ‘domado’ por la pasión, el dolor, la verbosidad a raíz de clisés lingüísticos, repeticiones y monotonía. El editor permite cierto distanciamiento que hace el texto testimonial legible para un lector externo al mismo tiempo que tiene que mostrar un compromiso profundo con la palabra del narrador (Burgos 1999:55). A pesar de mantener elementos relacionados a la oralidad y el estilo de habla del narrador que se han comentado más arriba, conforme con Warren (2001:202), el testimonio colaborativo, como texto publicado, no es en un sentido estricto el mismo relato oral entregado por el narrador-protagonista porque, de acuerdo con Azougarh (1996:171), la mera intervención del letrado solidario que trae consigo su bagaje conocimientos literarios hace que el testimonio se ubique en la convergencia de la cultura oral, que se supone del informante, y la escrita, que se supone como característica al gestor. Dicho de otro modo, el editor oscila, según su personalidad y compromiso disciplinario, entre convertir el testimonio oral del narrador en un

producto sagrado, un artículo intocable de museo, y tratarlo como un instrumento para conseguir una meta y, por lo tal también, un producto alterable en aspectos relacionados principalmente con la narratividad si estos cambios aumentan su eficacia sin modificar sus rasgos esenciales (Nance 2006:124-5). Sin ir más lejos, encontramos un ejemplo en Burgos (1999:56; [1983] 2003:12-3) quien reconoce haber tenido que mantener un equilibrio forzoso entre su propia angustia de herir a su entrevistada con sus repetidas interrogantes y la preocupación por la comprensibilidad del testimonio; finalmente, esperando alcanzar una mejor comprensión escrita y evitar la folklorización de su narradora, Burgos reconoce haber hecho una serie de ‘traducciones’ técnicas indicados de manera minuciosa en el prólogo, a saber: corrección de errores de género y reordenación temática y cronológica el relato oral de la guatemalteca. Otro ejemplo es el de Barnet quien a pesar de proponerse conferir a su prosa un carácter inteligible para el público internacional, de acuerdo con Azougarh (1996:183), es traicionado por el lenguaje de sus narradores salpicado de cubanismos o, en el caso de Montejo, de anacronismos lingüísticos que hacen de su habla un espacio de identidad nacional. En todo caso, Sklodowska (1992:141) opina que, a pesar de que estos cambios pueden no atentar en contra de la integridad del testimonio, no dejan de ser arbitrarios poniendo de manifiesto una vez más que el testimonio, como libro, es el resultado del trabajo del editor y es principalmente la naturaleza de la disposición y capacidad de éste último que decide la forma final de la publicación.

El lenguaje es el nivel del texto testimonial donde se observa con mayor facilidad la escisión entre el gestor y el narrador-protagonista. La presencia del compilador se hace evidente a veces cuando aparecen en el texto del relato palabras y conceptos que no son naturales para el narrador-protagonista, pero, de acuerdo con Azougarh (1996:169-170), también en notas a pie de página y explicaciones intra-texto. Por lo consiguiente, se puede decir que el testimonio maneja varios registros lingüísticos asociados con varios discursos, entre los cuales el coloquial-oral, relacionado con el discurso argumentativo, es el que más destaca la apariencia de espontaneidad. Obviamente, este discurso entra en neto conflicto con el discurso narrativo, representado principalmente por la estructura de trama de las obras testimoniales, y el científico-expositivo, más evidente en los testimonios donde domina un sustrato documental que se expresa a través de glosarios, prólogos, advertencias, notas a pie de página, estadísticas, mapas etc. En algunos casos el discurso científico, que es el más marcado de estos dos últimos tipos de

discurso, puede llegar a “expropiar” la importancia del testimonio individual dándole más importancia a la validación transversal de datos (Skłodowska 1992:49)³² y a explicaciones que pueden llegar a ser percibidos como ‘ruidos’ o interferencias que impiden la comunicación ‘directa’ del narrador-protagonista con el lector. Un ejemplo de esta última estrategia es una explicación de Barnett ([1984]1989:117; mis cursivas) en *La vida real*: “Ya a la seis de la tarde cogían rumbo a los bayuses, *que en el diccionario aparece también como burdeles y lupanares.*” Normalmente la conjunción de la oralidad intratextual y los elementos paratextuales contenidos en los epílogos e introducciones agregados por el editor sirven para aumentar la credibilidad del testimonio, a no ser que entren en contradicción sobre algún punto específico. Según Skłodowska (1992:26) los códigos oscilantes de lectura en cuanto lenguaje no surgen sólo del extenso aparato paratextual que ella analiza sino que, como recordábamos antes, también tienen que ver con la otredad del testimoniante que el gestor intenta reducir sutilmente a través de operar una ‘traducción’ técnica y una formalización literaria mínima (Achugar 1992:64-5). A pesar de la monologización forzada del discurso del protagonista, la ilusión de la fusión entre el editor y su informante es insostenible en algunos casos de testimonio mediato cuando los orígenes sociales y étnicos son demasiado dispares. En todo caso no hay que olvidar que el texto testimonial es doblemente codificado, así como lo indicaba Nance más arriba, tanto por el narrador-protagonista como por el editor, los dos intentando asegurarse de que el lector potencial consigue descodificar sus culturas particulares.

Aún así Duchesne Winter (1992:67) intenta conservar un papel primario para el testimoniante porque, conforme con este crítico, éste proporciona algo más que la materia prima que luego es labrada por el gestor al tener la capacidad de planificar el relato con antelación y configurar los personajes y los temas según sus propósitos. No obstante, textos más recientes como el de Warren (2001:202) y el de Beverley ([1989]1996:30) están de acuerdo en que el testimonio colaborativo como libro representa una fusión entre un narrador y un editor que

³² Lo mismo señala Álvarez (1999:270-1) en el caso de las autobiografías indígenas norteamericanas ‘contadas-a’ a raíz de la segunda edición de *Bobbi Lee. Indian Rebel* (1990). La narradora-protagonista de la primera publicación, Lee Maracle, desobedece a su gestor, Donald Barnett, que había comprimido su historia a un repaso irreconocible de hechos, y se convierte en autora de la segunda edición ‘recuperando’ su identidad a través del uso de su propia voz, opiniones, dudas y oralidad. Es más, Álvarez (1999:263) lamenta en general la supresión de la mujer indígena de su propia autobiografía. En vez de ser descrita como un sujeto plenamente integrado en la comunidad de origen, la mujer indígena, repositorio de las particularidades de su cultura, es percibida más bien como fuente de información para etnógrafos y antropólogos que pretenden acceder a nociones culturales.

probablemente tienen proveniencias sociales, étnias, edades diferentes, cosa que produce cambios sutiles en la publicación. Esto recuerda las palabras de Lejeune (1989:193) a propósito de las autobiografías de los que no escriben³³ que, según el autor, pertenecen tanto a su productor, como emisor del mensaje dentro del circuito literario, como a la persona que ha sido el ‘modelo’ de la narración. Relacionando esto a un artículo anterior del mismo autor donde afirma que la característica *sine qua non* de la autobiografía es la identidad (de persona y de nombre) entre el autor, narrador y protagonista que asegura que el texto sea interpretado por el lector como referente a un mundo-detrás-del-texto (Lejeune 1989^a:5), se puede derivar una teoría similar sobre el mismo efecto referencial para el testimonio colaborativo, además de los apartados metodológicos introductorios que aseveran sobre la realidad de la historia de vida presentada y el uso de determinadas técnicas narrativas para producir la rememorialización literarizada de los hechos. En el testimonio colaborativo el mismo efecto referencial se puede alcanzar revelando su doble autoría o doble fuente creativa puesto que el gestor, cuyo nombre y apellidos son reconocibles por el lector, cumple la función de ‘autorizante’ de la existencia de su narrador-protagonista. Aunque la consideramos profundamente equivocada en relación con la naturaleza antijerárquica de la colaboración entre el gestor y el narrador-protagonista, Harlow ([1991] 1996:73; mi traducción) sostiene algo parecido en el caso del libro de Roque Dalton – *Miguel Marmol. Los sucesos de 1932 en El Salvador* cuando dice que “la identificación convencional sujeto-autor del libro – Roque Dalton – *Miguel Mármol* podría ser leída en contra de la convención, como Roque Dalton – Miguel Mármol, solo un libro con dos autores, o dos protagonistas y ningún autor en absoluto.” Otro ejemplo similar es *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* ([1983]2003) de Elizabeth Burgos donde los nombres de las dos colaboradoras aparecen seguidamente como para poner de manifiesto su cooperación. Además, en el mismo texto, Lejeune (1989^a:12) sugiere que otra característica que facilita la descodificación por el lector de la autobiografía como texto referencial es la ausencia del subtítulo ‘novela’ de la portada. Transfiriendo esto al testimonio, se puede entender la dificultad del lector de descodificar los testimonios que siguieron la *Biografía de un cimarrón* ([1966]1968), a saber: *Canción de Raquel* (1969) y *Gallego* (1983), los dos identificados por Barnet con el subtítulo ‘novela(-)testimonio’ (en Pellón 1996:283).

³³ En el momento de la publicación de este artículo el sintagma empleado por Lejeune (1989:185) se refería a toda literatura colaborativa, es decir: tanto a las autobiografías de las clases bajas redactadas por escritores más o menos profesionales, como a las autobiografías de personas famosas escritas por encargo por negros.

Aunque muchos de los compiladores intentan enfatizar la vigencia mimética del texto principal como consecuencia de la extraordinaria comunicación y la relación armoniosa que se da entre ellos mismos y el testigo (Skłodowska 1992:120), la descripción ofrecida por la mayoría de los metadiscursos etnográficos relegados a apartados iniciales o glosarios finales, muestran que la cooperación está restringida al momento de la grabación luego del que el ‘informador’ pierde el control de su palabra (Burgos 1999:55; Skłodowska 1992:44). Discutiendo todas las ilusiones que hemos señalado más arriba, a saber: de pacto autobiográfico, de cronología recta, de oralidad, Skłodowska (1992:40-3) toma a Barnet como ejemplo para revelar a partir de su obra la inexactitud implícita en la afirmación de espontaneidad del discurso testimonial para el que el editor se suponía ser nada más que una pitonisa que transmite las palabras del Oráculo delfico. Barnet confiesa que la grabación de su entrevistado constituía nada más que el punto de arranque mientras que, de acuerdo con Skłodowska (1992:39), el mismo gestor indica en sus numerosos prólogos testimoniales el principio de fidelidad para con la palabra de sus hablantes que se constituye como una prueba irrefutable de la credibilidad o del valor estético del testimonio como género. La introducción de *La vida real* ([1984]1989), es un buen ejemplo de esto. Allí Barnet ([1984]1989:8) abre con la lema que dice que la memoria es parte de la imaginación, admitiendo a la vez que es posible que haya “recreado situaciones dramáticas y personajes reales” y subrayando que “no h[a] adulterado los contextos, ni traicionado el discurso oral, confesional, de mis informantes,” cumpliendo así por lo menos superficialmente con la lealtad para con el entrevistado que es uno de los principios fundamentales de la investigación antropológica. No obstante, en la misma página Barnet ([1984]1989:8) reconoce ser ni novelista puro, ni exclusivamente antropólogo ya que estima que “ya es hora de que ellas [las corrientes antropológicas y literarias] vayan de la mano sin negarse la una a la otra [porque] est[á] convencido de que se complementan.”³⁴

³⁴ Azougarh (1996:143-4) rescata esta técnica de Barnet articulando el testimonio como una simbiosis de tres puntos de vista diferentes: el del informante, el del novelista-gestor, y el del lector. Su perspectiva se fundamenta en el hecho de que el lector tiene ciertas expectativas de todos los libros y que el gestor intenta traducirlas de antemano como para garantizar el éxito de su trabajo. Además para Azougarh la literalidad no es siempre el mejor medio para alcanzar la literariedad, o sea a un texto que el lector sepa que tiene que descodificar según las normas de la literatura, porque para dar significación a los hechos testimoniales se necesita de la misma actitud creadora que tiene el historiador en relación con el archivo como para no convertir la obra en “un aburrido fluir de diversos hechos, una mezcla de detalles carentes de interés.” Igualmente, hablando sobre historiografía, White (2003a:193; 2003:126) reconoce la imposibilidad de que haya historia sin literatura. Para los escritos historiográficos la retórica tiene una doble importancia: primero, porque la historia es una codificación de secuencias de acontecimientos

Volviendo por un momento a los códigos lingüísticos dispares utilizados por el narrador-protagonista y el gestor, se puede decir que estos mismos ponen en evidencia la ambigüedad del testimonio que, a su vez, saca a la luz la tensión y ambigüedad moral inherente al encuentro etnológico o sociológico señaladas ya por Gubrium y Holstein (2001:4-9). Estos dos autores muestran que tanto el informante como el entrevistador se encuentran sucesivamente en posiciones subordinadas ya que, por un lado, toda persona entrevistada con propósitos científicos o no se puede considerar ‘experta de su vida’³⁵ particular y profesional, por el otro, el sociólogo consigue, a lo largo de su carrera, conocimientos profundos sobre técnicas de entrevistas y procedimientos de análisis. Como en el proceso de grabación del testimonio, también en el encuentro sociológico las dos partes de la conversación se encuentran en posición de negarle el acceso a datos a su contraparte, defraudarle o despistarle y se utilizan mutuamente: el testimoniante para hacer llegar sus demandas al público y el editor para ganar prestigio académico al producir información sobre sociedades ‘abandonadas’ (Beverley 2004:38). Además el testimonio es *inter-acción* así como lo es también la investigación cualitativa a base de entrevista y su rendimiento depende de las elecciones hechas por el gestor (informante, formato narrativo, formato de entrevista, etc.) y del *rapport* que se entabla entre ellos (Skłodowska 1992:50).³⁶ Como contraste con el trabajo cualitativo se puede decir que a pesar de las ambiciones antropológicas de algunos compiladores de testimonios, ninguno de ellos parece

según diferentes tipos de tramas, a saber: comedia, tragedia, sátira, e intereses ideológicos, conforme con la disposición del historiador; segundo, porque es el reconocimiento por parte del lector de las herramientas retóricas empleadas en el texto determina *cómo* y *qué debe sentir* éste primero acerca de lo que está leyendo. El reconocimiento y la descodificación de estas técnicas es posible porque el lector comparte con el historiador una herencia cultural y literaria que le facilita la comprensión. En cuanto al testimonio, si es que el lector tiene la capacidad para leer el mensaje de acción política codificado por el narrador sin confundirlo con un texto únicamente literario, así como disuaden de pensar los prólogos que subrayan una y otra vez que lo que se narran hechos reales, tiene que actuar en consecuencia. Por lo tal, Azougarh (1996:142) considera que la técnica empleada por el gestor/autor del testimonio no es tergiversación de hechos, sino que se puede describir más bien como “filtrar y concentrar el material de la vida, separar lo principal de lo secundario, elaborarlo para que la existencia independiente de los hechos, al ser organizada racional y artísticamente, adquiera expresividad.”

³⁵ Considero que a esto se refiere también Barnet cuando en el apartado introductorio de *La vida real* ([1984] 1989:7) dice que “[t]odas las vidas humanas son importantes,” pero, en comparación con los sociólogos de la última generación, reconoce inmediatamente que “ciertas vidas acusan rasgos más sobresalientes que otras,” con lo cual el personaje escogido por él para ilustrar las experiencias de vida de los cubanos emigrantes a Nueva York “[q]uizá no sea representativo de un fenómeno social tan vasto y abigarrado, pero sí entraña su significado común en términos de destino histórico.”

³⁶ Como bien lo dice Skłodowska (1992:50) aunque el encuentro entre el gestor y su interlocutor puede ser casual, la elección de cierto narrador-protagonista es siempre intencional. Por un lado, el testigo está considerado apropiado porque refleja los intereses políticos, literarios y ‘científicos’ del compilador y, por el otro lado, porque se piensa que cumple con las criterios lukacianos de representatividad de su comunidad además de ser un agente suyo competente.

pasar mayor tiempo con sus entrevistados, entrando de nuevo en directa contradicción con los preceptos de su disciplina. Por esto, Sommer ([1995] 1996:135), quien tilda de irresponsable la afirmación de Burgos según la que el haber compartido un nostálgico plato de judías negras con arroz en París implica haber compartido intimidades también, deja ver que, a pesar de la verbosidad de Menchú, su *otredad* la hace impenetrable para su gestora y, finalmente, para el lector. Refiriéndose también a *Me llamo Rigoberta Menchú...* ([1983]2003), Sklodowska (1992:115) afirma que en el testimonio “ni siquiera queda un simulacro de trabajo de campo” ya que es la informante la que le busca a Burgos en medio de un contexto ajeno, a saber: un país europeo cuyo idioma ella no maneja y no es su entorno natural.³⁷ La misma razón hace que Gardner (2006:45) vea en Burgos un agente pasivo que no busca el sujeto de su investigación sino que llega a ser la editora de su testimonio de manera accidental.

La conclusión de esta discusión doble sobre oralidad, introducida más arriba como un elemento distintivo del testimonio, y colaboración testimonial es que así como la formula autobiográfica, una ilusión incorporada en el texto escrito por el editor. Mientras que la oralidad, como repetición, digresión, y frases fáticas, es natural para el habla del narrador-protagonista, en la obra escrita viene a señalar la hibridez del texto convirtiéndolo en una ‘oralitura,’ siguiendo el término empleado por Rodrigo Ruíz (2009). Como decíamos más arriba, la oralidad contribuye también a la ‘eliminación’ del editor de los textos colaborativos y, por lo tal, a un acercamiento al lector. Achugar (1992:56) admite que la automarginalización del editor, que, nuevamente consciente de sus efectos, limita su espacio de incidencia a notas a pie de página y prefacios, hace que el sujeto testimoniante cobre un papel primario, asegurando a la vez suficientes huellas de su discurso oral como para contribuir al efecto de lo real mencionado por Beverley (2004:3) más arriba.³⁸

³⁷ Sklodowska (1992:115) es uno de los críticos que hace contar la actitud paternalista de Burgos para con Menchú. Además de encontrar en el libro producido por Burgos “una inversión casi paródica del requisito etnográfico de ‘estar allí’,” cosa que es, según Geertz (1988:5), el requisito principal que hace posible que un etnógrafo convenza al posible público de que ha penetrado o ha sido penetrado por la cultura que ha estudiando, la autora comenta que la manera en la que Burgos describir a la joven consigue desfamiliarizarla totalmente, convirtiéndola en el objeto pintoresco que estaba temiendo al principio.

³⁸ Azougarh (1996:171) presenta un argumento muy interesante sobre este aspecto particular que, desgraciadamente, queda insuficientemente desarrollado. Este crítico afirma que mientras que las injerencias del gestor *sugieren* que éste ha averiguado la *totalidad* de lo dicho, en realidad no contribuyen a lo que Sklodowska llama la autenticación del discurso del testimoniante a base de discurso científico. Conforme con Azougarh (1996:172) el mayor mérito de las notas a pie de página, visto desde un punto de vista literario, es aquello de

Nance (2006:7) define el testimonio como:

...the body of works in which speaking subjects who present themselves as somehow 'ordinary' represent a personal experience of injustice, whether directly to the reader or through the offices of a collaborating writer, with the goal of inducing readers to participate in a project of social justice.

Skłodowska (1992:13) explica la razón que hace que el narrador-protagonista se gane las comillas de 'ordinary' afirmando que mientras que Barnet, como muchos otros compiladores de testimonio, dice seguir criterios lukacsianos³⁹ en la selección de candidatos para ser informantes, desde la descripción de los narradores de sí mismos y de sus vida se puede deducir éstos son normalmente personajes poco típicos para sus comunidades. Gardner (2006:46-7), quien hace un análisis de cinco textos con ambición testimonial,⁴⁰ concluye que los sujetos representados en ellos son 'subalternos excepcionales,' es decir: a pesar de formar parte por lo general de clases marginales, los mismos poseen características inusuales dentro de sus mismas comunidades que que debieron de atraer la atención de sus gestores en un primer momento y luego motivaron el esfuerzo de componer su testimonio. Efectivamente, Avant-Mier y Hasian Jr. (2008:338) muestran en su estudio del discurso público con respeto a la controversia Stoll-Menchú como los detractores de Menchú se concentraron en desmentir su alegato de representatividad en relación con los mayas guatemaltecos sin tomar en cuenta, por un lado, que Menchú introduce su testimonio con una amplia referencia a su pueblo y, por otro lado, los repetidos comentarios lo largo de su testimonio que plantean la desfamiliarización u otredad como fundamental para su narradora-protagonista que se siente como una extraña en su pueblo pero que acepta que para poder servir a su comunidad plenamente tiene que algunos de sus valores (Skłodowska 1992: 125). Así como la autobiografía de un testimonialista no tendría el mismo desarrollo sin el gestor del texto, a pesar de ser considerado como género como una síntesis de voces y experiencias de la comunidad presentadas por un narrador que le da cohesión, el testimonio

identificar y confundir el narrador-protagonista del relato testimonial con el informante externo al texto narrativo porque realmente "no prueban nada de lo que dice el narrador protagonista" pero consiguen negar la textualidad o la literariedad del texto, dándole un índole documental.

³⁹ Los criterios que cita la autora son: la representatividad del testigo con respecto a una clase y/o etnia, su capacidad informativa y la relación tangible entre la biografía de un individuo y el acontecer histórico-colectivo (Skłodowska 1992:13).

⁴⁰ De los textos analizados por Gardner *Juan Pérez Jolote* (1952) de Ricardo Pozas, *Los hijos de Sánchez* (1961) de Oscar Lewis y tres son testimonios paradigmáticos *Biografía de un Cimarrón* (1966) de Miguel Barnet, *Hasta no verte Jesús mío* (1969) de Elena Poniatowska y *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* (1983) de Elisabeth Burgos-Debray.

concreto no sería el mismo sin este representante ‘corriente’ que en realidad tiene una matriz de vida poco usual dentro de su grupo.

Este último párrafo nos introduce camino recto a uno de los asuntos más complicados relacionados al testimonio. Como decíamos en la introducción, la riqueza de definiciones se relaciona con dos tendencias: primero, ‘testimonio’ no es un concepto que sea usado exclusivamente por la literatura (Chávez 2005:57) y, dependiendo de la disciplina que lo aborda, hay definiciones donde se subrayan aspectos diferentes. No obstante, como veremos más abajo, la mayoría de las técnicas narrativas aquí indicadas aparecen en todas estas disciplinas; segundo, la proliferación de definiciones rivales sobre el testimonio tiene que ver también con las teorías prevalentes en cada disciplina han dado luz a distintas interpretaciones del mismo género. Así pues, en la crítica literaria los dos corrientes principales de los años noventa, el posmodernismo y el poscolonialismo, abrieron paso a percepciones del testimonio latinoamericano muy disímiles. Para ilustrar brevemente, para Yúdice ([1991]1996) el narrador del testimonio se comporta más bien como un agente de la comunidad que tiene un propósito muy específico con la narración de su experiencia, eso es: atraer la atención de un público y prepararlo para que intervenga para enmendar la situación. Por otro lado, interpretaciones posmodernistas como la de Sommer ([1995]1996) van a contrapelo denegando la importancia de la verdad del contenido del texto sobre la que se construye todo el argumento poscolonialista que vía el texto testimonial como una invitación a la acción política y pública. La posición posmoderna, edificada sobre la futilidad de cualquier intento transformativo, se enfoca más bien en el formato del texto y su poder de convencer, manteniendo a la vez la distancia inherente a representación de la otredad, a través de la retórica y otros ‘trucos’ lingüísticos (Sklodowska 1992:89). Además, a pesar del vocabulario común de alteridad y marginalidad, el testimonio se diferencia del discurso posmoderno a nivel epistemológico ya que éste primero quiere ser percibido principalmente como mimético, propósito en base del que fomenta su propuesta de cambio social (Sklodowska 1992:90), resistiéndose a reconocer su calidad de artefacto, y en cierto sentido, también su calidad literaria viéndose más bien como praxis, como parte integral de la lucha social. Como hemos visto más arriba con los estudios de Gardner (2006) y de Nance (2006), aquello que se consideraba central para el testimonio desde un punto de vista posmoderno, a saber: la hibridez,

no parece ser una estrategia necesariamente consciente, sino que resulta de la combinación de la autoridad del narrador-protagonista y el gestor.

3.2. Síntesis: estrategias y técnicas narrativas del testimonio clásico

Según se indicaba más arriba, el testimonio se resiste a reconocer su calidad de artefacto, y en cierto sentido, también su calidad literaria viéndose más bien como praxis, como parte integral de la lucha social. A pesar de esto, sigue empleando técnicas fundamentalmente literarias que, de acuerdo con Chávez (2005:58), son nada más que “vehículos momentáneos.” En todo caso, estas estrategias textuales cumplen la función importante de engendrar el ‘efecto de la verdad’ – una finalidad esencialmente premoderna – fundamentando la confiabilidad del narrador-protagonista y la verosimilitud historia que cuenta sobre el alto grado de acercamiento lector-narrador y ‘seducción’ que éstas mismas producen. Entre estas técnicas se destacan en orden de su importancia: el formato autobiográfico asociado a la referencia a una comunidad o a un colectivo para el que el narrador-protagonista funciona como agente, la (ilusión de) una cronología lineal, la (ilusión de) oralidad, la narrativización de los hechos para seguir un modelo de acción creciente de manera constante a través del libro con un desenlace que se espera venir fuera de éste a través de la acción del lector, la mezcla de varios registros lingüísticos.

Como hemos visto, hay cierta superposición entre el testimonio y la rama de investigación sociológica llamada *action research*, desarrollada de manera especial a partir de los años setenta, que también aboga el involucramiento real y completo por parte del investigador en la liberación de los grupos marginalizados que estudia. También con la historiografía se dan ciertos roces especialmente debido al resurgimiento del interés para la historia oral e ‘inmediata’ y los testigos oculares que se supone tienen un conocimiento privilegiado a propósito de la historia real y, a través de ello, se puede reevaluar el presente y mejorar el futuro. Esto se da de una manera especial en Latinoamérica donde, a partir de las caídas de las últimas dictaduras en los años noventa, se ha dado un movimiento real hacia la recuperación del pasado de brutalidad y represión política en estas sociedades donde la verdad histórica y de la memoria de los desaparecidos ha sido manipulada gravemente por los regímenes militares. Generalmente se puede decir que a partir de los años noventa cuando una serie de preceptos que llegan de la teoría feminista se integraron plenamente en las ciencias sociales no sólo se ha abandonado el mito de la objetividad del investigador, sino que además ha abogado por la utilización del de su

falta de neutralidad como instrumento cognoscitivo. Mediante la creación de una conexión emocional con el entrevistado que conlleva un tratamiento de éste último como *socio* del proyecto de investigación, el investigador puede llegar a un conocimiento mucho más profundo sobre el ámbito de vida de éste porque empieza a cuestionar las suposiciones culturales que transmite en su propio lenguaje y el poder que supone su propia integración en la academia (Rubin y Rubin 1995:10-1, 36-7). Otros autores recomiendan la utilización de la literatura o de las artes audio-visuales para comunicar resultados científicos en base de la idea que el arte es mucho más fiel a las verdaderas voces de los participantes a la vez que ésta tiene más capacidad para impactar en un posible público (Fontana y Frey 2005:720).

Todas estas trayectorias, aunque son de inserción más o menos reciente en las ciencias sociales y la historiografía, no son nada nuevo por nosotros que hemos visto desarrollos muy similares en el testimonio a partir de los años sesenta. Desde el principio, el gestor del testimonio expresaba cierta angustia sobre el tratamiento del subalterno tanto dentro de conversación etnográfica como dentro del texto escrito y publicado del testimonio. El letrado solidario que se redefinía como compilador del testimonio esperaba que su propia dedicación emocional e ideológica al tema de la liberación y emancipación de su informante ayude para disminuir la brecha cultural y de conocimiento tanto entre los dos como sujetos colaboradores como entre el narrador-protagonista y el lector del testimonio hecho público. Entonces a la pregunta sobre la unicidad del testimonio en relación con autobiografía, crónica, el diario, el ensayo sociológico y la historia oral se puede responder sólo de una manera: si es cierto que las técnicas empleadas por todos estos tipos de escritura presentan cierta superposición con el testimonio donde sirven también para acercar e introducir cuidadosamente al lector a la realidad del informante, lo que sí distingue al testimonio de ellos son sus *objetivos políticos*. Después de todo, no son estas técnicas lo que consigue individualizar el testimonio en relación con estos otros tipos de escritura, sino que su especificidad proviene de los elementos paratextuales que vienen bajo dos formas: primero, en forma de apartados introductorios que describen la metodología empleada y la intencionalidad emancipadora del texto; segundo, otro factor paratextual puede ser el origen social bajo del narrador-protagonista que es considerado por Nance un elemento como distintivo del testimonio porque altera la condición no-contestataria de la autobiografía.

A la luz de estos últimos aciertos hacen falta algunas aclaraciones con respecto al testimonio como género. Como se decía en la introducción, refiriéndose a la Revolución cubana del '59 Volek (1992:305-6) escribe que la razón de la comprensión actual del testimonio como un género literario aparte se debe principalmente al lanzamiento de la Casa de las Américas y la configuración del contexto sociopolítico en el momento de su creación. Mi opinión es que la Revolución no es el único 'autor intelectual' de esta inexactitud; para que la lista sea completa tendremos que agregarle las circunstancias políticas y teóricas de los recintos universitarios estadounidenses que comentamos brevemente en la Introducción a partir del estudio de D'Souza ([1991]1992). En realidad, tanto el inventario de técnicas narrativas que hemos hecho más arriba como las otras listas (casi interminables) que muestran los parentescos del testimonio con géneros narrativos como la novela picaresca, la literatura de resistencia, las autobiografías de indígenas etc. hacen que dudemos seriamente de la individualidad del testimonio político como género literario. Es más, algunos de los desarrollos más recientes del testimonio de última generación referentes a los dos elementos paratextuales particulares del testimonio clásico, a saber: los apartados introductorios que describen la metodología empleada y la intencionalidad emancipadora del texto y el origen social bajo del narrador-protagonista, hacen que la singularidad del testimonio sea puesto en entredicho todavía más. Así como se discutirá con más detenimiento en el cuarto apartado con ejemplos de los tres testimonios escogidos para este propósito, las narraciones de los nuevos testimonialistas no presentan de manera necesaria ni la misma estructura con fragmentos introductorios, ni son escritos por personas que pertenecen a grupos socialmente marginados. Encima, como se ha indicado desde el principio, a partir de los años ochenta se da un desarrollo paralelo dentro de la literatura testimonial con la elaboración de textos no referenciales, eso es: textos que no hacen referencia a un mundo detrás del texto que se supone real, pero que, aún así, imitan las técnicas narrativas del testimonio. Todo esto hace que dudemos seriamente del concepto que el testimonio sea un género literario (único).

3.3. Técnicas narrativas del primer testimonio relacionadas a la definición

Los tres testimonios de la primera ola que se analizan brevemente en este apartado son: *Biografía de un cimarrón* ([1966]1968),⁴¹ *'Si me permiten hablar...'* *Testimonio de Domitila*

⁴¹ Como decíamos en la Introducción, *Biografía de un cimarrón* ([1966]1968) presenta la historia de Esteban Montejo – un antiguo esclavo cubano, cortador de caña de azúcar, que se escapó de la finca de su propietario

([1977]2004),⁴² *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* ([1983]2003).⁴³ La razón por la que se escogieron estos textos es que, conforme con Sklodowska (1992:109), todos ellos son aclamados por los críticos como paradigmáticos, pero no hay que dejar de tomar en cuenta que todos ellos son también testimonios mediatos, con lo cual se espera encontrar en los mismos un alto grado de oralidad que, como decíamos más arriba, se dirige al compilador del texto en el momento llamado por Achugar (1992:62) el prototestimonio o el ur-text, pero, en el texto definitivo, provoca las ilusiones de espontaneidad y cercanía para con el lector quien interpreta que está escuchando al *informante* contando su historia, no a su imagen textual (Azougarh 1996:169). Estas dos sensaciones del lector pueden, en su turno, ser interpretados como las principales responsables del éxito literario de los testimonios, más allá de los esfuerzos publicitarios de sus respectivas editoriales, ya que dan la impresión de *accesibilidad* e

cuando joven y luego luchó en la guerra de independencia cubana apoyando a los nacionalistas. Partiendo por el título se puede decir que este libro pretende ser un documento histórico y etnológico de la negritud cubana y por lo tanto también de Cuba. Sin embargo, se nota una ausencia sospechosa en esta novela-testimonio, eso es: es la Revolución cubana que supuestamente había motivado la ambición de Barnet de dar una voz a aquellos que no tenían una en la historia oficial. Tampoco se menciona nada sobre la situación de los negros dentro de la Revolución. Montejo se convierte en la fuente de Barnet y es a través de la memoria de éste primero que se reconstruye la Cuba colonial, pero la ausencia de la Revolución pone en entredicho el ‘buen ejemplo de conducta y calidad revolucionaria’ y la ‘identificación con la Revolución cubana’ Barnet ([1966]1968:10) sostiene que son dos de las características de Montejo.

⁴² ‘*Si me permiten hablar...*’ *Testimonio de Domitila* ([1977]2004) es un collage de entrevistas y de charlas impartidas por Domitila Barrios de Chungara que cuentan de manera conjunta la vida de ella y de la comunidad de mineros donde vive junto con su marido, siete hijos y dos hermanas. El libro está dividido en tres partes: ‘Su pueblo,’ ‘Su vida’ y ‘1976: lo que clama el pueblo’ en un intento de Moema Viezzer, su compiladora, de darle una forma narrativa a los discursos de Domitila. Desde el principio Domitila presenta su situación como algo más que “un problema personal” y dice querer dejar un testimonio que “sirva para la clase trabajadora y no solamente para gentes intelectuales o para personas que nomás negocian estas cosas” (Viezzer ([1977]2004:13). La opresión y la explotación del trabajador por el imperialismo no es un asunto individual, sino que toca a toda su familia y a toda clase obrera. La única manera en la que el pueblo puede resistirse a esta opresión e hacer valer sus derechos es a través de huelgas, pero allí intervienen las fuerzas del gobierno para desalojarlos o asesinarlos, lo que muestra una cooperación criminal entre las oligarquías locales del estaño y los patrones internacionales. Domitila se compromete a mostrar la opresión de que sufren los mineros y a través de ello la opresión de sufren sus mujeres e hijos que están condenados a repetir sus mismas condiciones de vida.

⁴³ El testimonio de Rigoberta Menchú toma la forma de un relato cronológico donde se intercalan historias de resistencia en contra de los acosos de los militares con la biografía de la protagonista y descripciones de las costumbres indignas de la comunidad. Principalmente el testimonio constituye una denuncia del conflicto interno por la tierra y el colonialismo dentro del mismo país ya que a través de ella vemos como los indígenas se ven obligados a trasladarse varias veces para dejar sus terrenos en las manos de los finqueros. El texto del testimonio es obviamente influido por la teología de la liberación en cuanto hace varias referencias al uso de la Biblia como arma de defensa popular y a la injusticia que hace que los indígenas sufran sin que sea esto predestinado. Además el texto presenta rasgos marxistas en cuanto habla de la situación de las clases populares (o sea del indígena aunque el marxismo puro no reconoce una relación directa entre la explotación y la raza, o la pertenencia étnica) como el resultado de la lucha de clase, del colonialismo, y de la explotación y, más vagamente, algunas características feministas en cuanto Rigoberta dice haber roto con las tradiciones de sus antepasados (noviazgo, matrimonio, maternidad) no porque sean éstas pedidas machistas que impiden un desarrollo fructífero en la vida de la mujer, sino porque “ésta es la exigencia para luchar por el pueblo” (Burgos 2003:250).

inmediatez del texto literario como si los hechos descritos por ello pasaran delante su propios ojos.

Una primera diferencia entre los tres testimonios mediatos analizados aquí es que mientras que el modelo empleado por Barnet es más bien autobiográfico, los modelos de Burgos y Viezzer siguen más bien unas pautas más bien denunciadoras puesto que se proponen concientizar al lector sobre situaciones concretas de discriminación sufridas por las comunidades de sus narradoras-protagonistas. Aunque esto no influye de manera directa en las técnicas narrativas en sí, puede influir primero en la necesidad de seducir al lector, señalada por Nance, y luego en la frecuencia con la que se utilizan algunas de las técnicas más eficientes como por ejemplo la oralidad. Otro contraste que merece la pena mencionar es la diferencia en la modalidad de producción: mientras que Viezzer recoge las memorias de Domitila Barrios de Chungara escuchando en varias ocasiones charlas de ella donde estaba presente un público oyente, llevando a cabo entrevistas para completar algunas carencias, Burgos y Barnet se basan exclusivamente en entrevistas con sus informantes.⁴⁴ Con todo esto, se espera encontrar un mayor grado de oralidad en el testimonio de Domitila Barrios ya que los restantes de se basan en una interacción exclusiva entre el compilador y el narrador-sujeto.

La estructura temporal de estos tres testimonios es parecida: aunque las primeras páginas dan la impresión de haber penetrado en la historia *in medias res*, porque empiezan en el momento del habla localizado en el presente y terminan con ello, la mayor parte de las narraciones están escritas en tiempo pasado, mostrando estructuras cronológicas retrospectivas que van incidiendo en diferentes focos temáticos y culturales a la vez que los protagonista-narradores progresan en el descubrimiento de sus mundos y se desarrollan biológicamente. De vez en cuando, dentro de la estructura recta, se hacen referencias al futuro del narrador-protagonista y de su comunidad cuya situación, especialmente en los testimonios denunciadores, se advierte por parte del narrador quedará básicamente insoluble sin la ayuda concreta del lector. Puesto que están solicitando la asistencia del lector, las dos mujeres se identifican a sí mismas con sus respectivos

⁴⁴ Puesto que ninguno de los antropólogos presentes aquí pasa mucho tiempo con sus entrevistados pueden ser llamados mordazmente, según la fórmula lanzada por Van Maanen (1988 en Sklodowska 1992:115), “antropólogos de sillón.” Comparando el testimonio de Menchú con el de Montejo, Sklodowska (1992:115) afirma que en el primero no queda ni un simulacro del trabajo de campo, pero en realidad es precisamente la sensación de estar leyendo un trabajo etnográfico que aumenta el efecto llamado por Beverley ‘de la realidad.’

nombres y apellidos y a la colectividad que representan desde las primeras líneas. Por otro lado, en *Biografía de un cimarrón* ([1966]1968) pasa un hecho curioso en relación con la identidad del narrador porque esta misma llega a ser el escenario de una declaración política sobre la naturaleza de la historiografía. Visto que en el archivo oficial, fuente de datos supuestamente inalterables y eternos, le habían cambiado el apellido de Mera a Mesa (Barnet [1966]1968:18), Esteban Montejo pretende dejar bien claro que lo que prima en realidad ante lo escrito, y en su testimonio lo acentúa muchísimas veces, es el conocimiento *vivido* ya que el saber escrito es obviamente manipulable. Puesto que el momento de la escritura Barnet se encontraba, conforme con Duchesne Winter (1992:43-5), completamente absorto en el proyecto de renovación nacional y cultural implicado por la Revolución cubana, esta observación aumenta el peso de la narración de Montejo (Skłodowska 1992:130) porque designa a la Revolución como un momento histórico especialmente propicio para hacer aquello que White (2003:109) señalaba como el papel principal del historiador, eso es: “recordar la naturaleza puramente provisional de las caracterizaciones de los acontecimientos, los agentes y las agencias encontrados en el siempre incompleto registro histórico.” Conforme con Fernández (1978:187), dentro de la Revolución cubana se presenta la oportunidad de hacer una *historia nueva* en la que se *recupera* y se *revalora* todo aquello que, como el apellido de Montejo, había sido descartado o viciado por la historiografía anterior marcada por colonialismo cultural acumulado desde los primeros asentamientos en el Nuevo Mundo.

Como decíamos antes, el testimonialista, por la naturaleza de su oficio, tiene un doble papel. Ya que tiene plena conciencia de estar introduciendo a una persona ajena a su comunidad, y hasta a su país de origen, a hechos que seguramente desconoce, se obliga a darle todos los detalles necesarios para facilitar la comprensión de sus condiciones de vida. Entretanto, debido a este proceso acaba desfamiliarizando circunstancias de su vida, alienándose tanto en relación con sus paisanos, y entre ellos alienándose también de los mismos miembros de su comunidad, como en relación con el lector. Mientras que, según lo indicado más arriba, esta alteridad es patente en el testimonio de Rigoberta Menchú donde las advertencias de los ancianos sobre los riesgos de ‘ladinizarse’ coexisten con las observaciones de la joven misma sobre su singularidad dentro de la colectividad de Chimel, lo mismo ocurre repetidas veces en los otros dos textos. Pese a una pequeña discrepancia en el testimonio de Esteban Montejo, que discutiremos más

abajo, se dan varias ocasiones donde tanto Rigoberta Menchú como Domitila Barrios hacen contar la *necesaria* diferencia entre ellas y su comunidad como una aculturación que les es indispensable para poder servir *mejor* su comunidad. Para impulsar el proyecto de emancipación de la comunidad hay que dejar de cumplir con las reglas de la misma, lo que irónicamente trae consigo el riesgo de ganarse el oprobio de la colectividad en el nombre de la que está luchando. Las siguientes dos citas muestran como se da esta situación particular para Menchú:

Estaba clara que yo estaba luchando por un pueblo y estaba luchando por los muchos niños que no tienen qué comer, pero, al mismo tiempo, pensaba que sería triste un revolucionario que no dejara una semilla. Porque la semilla que quedará será la que va a aprovechar después el producto de ese trabajo. Pero al mismo tiempo, pensaba en los riesgos de tener un hijo y para mí es más fácil caer en cualquier lugar, en cualquier momento, sin dejar ninguna persona sufriendo [...] [Y]o soy humana y soy una mujer y no puedo decir que yo rechazo al matrimonio, pero mi tarea principal, pienso que es primero mi pueblo y después mi alegría personal (Burgos [1983]2003:149).

Una mujer de veintitrés años, como yo, es una mujer muy sospechada por la comunidad, porque no sabe dónde ha estado, dónde ha vivido. Entonces, es una mujer que pierde la sinceridad de la comunidad y el contacto con los vecinos... (Burgos [1983]2003:86).

Lo mismo se ve reflejado en el testimonio de Domitila Barrios:

A un principio, nosotras teníamos la mentalidad en que nos habían educado, que la mujer está hecha para la casa, para el hogar, para cuidar de los hijos y cocinar y no tiene capacidad para asimilar otras cosas de tipo social, sindical o político, por ejemplo. Pero la necesidad nos llevó a organizarnos (Viezzler [1977]2004:76).

De los hombres, yo pienso que un 40% todavía se resisten a que sus compañeras se comprometan [...] Porque a pesar de nuestra conducta, a pesar de que los compañeros que están en la dirección nos respetan, todavía hay gente que habla mal de nosotras [...] a nosotras nos decían que éramos amantes de los dirigentes (Viezzler [1977]2004:83).

Siguiendo a Sklodowska (1992:125), Montejo es un informador de una perspicacia historiográfica extraordinaria porque consigue distanciarse suficientemente de las prácticas de sus paisanos como para ofrecer una descripción cabal. No obstante, adoptando la postura inverosímil de testigo *exclusivo* en cuanto los agredidos sufridos por los esclavos de su barrancón, rehúsa mostrarse como víctima y se resta tanto representatividad en relación con el grupo que integraba como credibilidad. Al rechazar una descripción de sí mismo como esclavo con todas las humillaciones que esto implica, no se entiende la insistencia de Esteban de hacer perdurar su condición de cimarrón, es decir: hombre libre, a todo coste. Igualmente, considero que este extrañamiento selectivo de Montejo invierte la práctica habitual del testimonio denunciador donde el testimoniante subraya una y otra vez su capacidad limitada de controlar su entorno opresivo, extrayendo, mediante historias repetidas sobre abusos cuyo perjudicado fue él o sus familiares cercanos, la simpatía mezclada con horror de su lector. Visto que los hechos

opresivos presenciados por Montejo son consumados y tampoco se presenta la posibilidad de reiteración debido a la abolición de la esclavitud, ideológicamente sustentada por la Revolución cubana con su ideal de igualdad racial,⁴⁵ la situación de urgencia que acompaña los otros testimonios es inexistente. Siguiendo a Sklodowska (1989:143), a pesar de los ocasionales toques de crítica social dirigidos de manera disimulada a veces hasta en contra de la propia Revolución,⁴⁶ la motivación de Montejo para compartir sus experiencias es más bien personal y concentrada en la revelación de las circunstancias de un momento *pasado* de la sociedad cubana. Esto concuerda con la intención de Barnet, indicada por Duchesne Winter (1992:49), de crear un libro que se acerque a la historia de vida como género etnológico especificando focos temáticos culturales como el baile, el sistema de creencias, la cultura de los esclavos cubanos.

Hasta cierto punto, se puede decir que el discurso etnográfico se repite en el texto de Rigoberta Menchú, pero la diferencia esencial entre estos tres textos se da al contemplar el hecho de que la joven guatemalteca es la más activa en la formulación de sus objetivos políticos, dando la impresión de tener plena consciencia de que un libro como el que se estaba redactando podía tener consecuencias muy importantes. De entrada Rigoberta encamina a su gestora, Elizabeth Burgos, hacía un discurso etnográfico y político más que autobiográfico personal (Skłodowska 1992:142). Esther Álvarez (1999:260-1) señala que las autobiografías indígenas norteamericanas, con las que ya hemos señalado la semejanza del testimonio latinoamericano, surgen como consecuencia del contacto con el Occidente ya que la idea de contar historias personales es en lo mejor de los casos desconocida, en lo peor repugnante para los indígenas.

⁴⁵ Alejandro de la Fuente (2000:200) comenta que a partir de los años 60 se dejó de hablar abiertamente de discriminación racial en Cuba. Los estereotipos raciales todavía vigentes se consideraban como ‘restos’ del pasado capitalista por erradicar que seguían vivos en individuos determinados, pero más allá de esto se estimaba que se había ‘resuelto’ el problema racial. Este mito fue revelado como tal por los cambios que se dieron en el llamado ‘Periodo Especial’ cuando la alta presión económica a la que estuvieron sometidos los cubanos impactó de manera desigual en las personas de color. A la vez, especialmente a partir de de 1995, se dio un aumento de literatura que investigaba las raíces africanas de la cultura cubana, empezando por los dichos y testimonios de jóvenes negros recopilados por Rafael Duarte y Elsa Santos en *El fantasma de la esclavitud: Prejuicios raciales en Cuba y América Latina* (de la Fuente 2000:201).

⁴⁶ Luis (1989:488) sugiere que las palabras enigmática del final del testimonio donde Montejo dice textualmente que al volver a Remedios después del final de la guerra de independencia “[t]odo parecía que había vuelto para atrás” ((Barnet [1966]1968:204) puede ser una alusión al hecho de que la Revolución no ha cambiado sustantivamente la situación de discriminación de los afrocubanos. El último párrafo donde Esteban habla sobre el silencio forzoso que al que tuvo que conformarse probablemente durante Guerra de Diez Años puede también aludir al silencio dentro de la Revolución donde miembros de ciertos partidos y personas con ciertas orientaciones ideológicas e sexuales, especialmente a partir de los fines de los años sesenta empezaron a ser perseguidos abiertamente por ellas como enemigos del gran cambio social implicado por el socialismo.

Por lo tal, los escritores indígenas de autobiografías presentan una manera propia de narrar que enfatiza el sentido del individuo de sí mismo, de identidad propia, sólo en relación con el colectivo del que hace parte. Reflejando las palabras de Azougarh (1996:103), Álvarez (1999:261) llama esta manera de construir la identidad individual, identidad basada en sinécdoque, afirmando que esta tendencia se hace todavía más obvia en las memorias de mujeres escritas con el propósito de inventariar los cambios y agravios sufridos por los nativos al contacto con los colonos y reclamar mejoras de los escenarios abusivos. Más que un escrito etnológico, el testimonio de Menchú supera las intenciones que guían *Biografía de un cimarrón* ([1966]1968). El libro de Burgos ([1983]2003) se puede entender mejor a la luz del discurso de estas indígenas norteamericanas cuya ‘generosidad’ con los detalles que proporcionan por voluntad propia respeto a su comunidad es más bien una manera de inventariar los males que proceden del choque con la cultura occidental. Tanto Burgos/Menchú como las narradoras de la literatura de resistencia indígena norteamericana del siglo XIX esperan captar la atención del lector y adentrarlo en sus costumbres como para conseguir una identificación (emocional) entre el lector y el narrador-protagonista que lo empuje al primero a actuar para mejorar su condición desde su sitio de poder privilegiado.

También específico para todos los testimoniados es un doble discurso sobre su capacidad reconstruir hechos a través de sus memorias: mientras que por un lado se autorretratan como testigos atentos e inteligentes, ninguno de ellos pretende ser omnisciente, ni tener una memoria infalible. Menchú recuerda desde el principio que “[Le] cuesta mucho recordar[se] toda una vida que h[a] vivido, pues muchas veces hay tiempo muy negros y hay tiempo que, sí, se goza mucho...” (Burgos [1983]2003:21). Por otro lado, Domitila de Chungara no hace ninguna referencia a tener memoria defectuosa, sino típico de ella es la postura que reconoce haber cometido varios errores por falta de comprensión de las situaciones que se daban y confesar sus dificultades para seguir el discurso de académicos y economistas. Por ejemplo, al asistir a varios discursos de mujeres en la Tribuna del Año Internacional de la Mujer, afirma haberse “sent[ido] un tanto perdida” (Viezzler [1977] 2004:220) y en otro sitio, comentó su trabajo de dirigente dentro del Comité de amas de casa, “a veces metimos la pata, por falta de experiencia.” Sin embargo, insistiendo en el doble discurso, el testimonio de Domitila está lleno de datos históricos y políticos sobre el desarrollo sindical interno de Bolivia y su relación con EE.UU.,

casi como si estuviera dando cátedra de historia. Aquí parece importante recordar que de acuerdo con Sklodowska (1992:120) el discurso científico que enmarca el texto testimonial juega un papel importante en disimular los vacíos de memoria del narrador-protagonista porque completa y corrige aquello que da por conocer el narrador creando la impresión de múltiples filtros por los que pasa la información que le llega al lector.

Montejo por ejemplo hace una distinción muy clara entre cosas ‘positivas’ o seguras porque las ha visto⁴⁷ o escuchado de muchas fuentes o de personas confiables,⁴⁸ cosas que desmiente aunque las haya escuchado previamente por falta de pruebas⁴⁹ y cosas que no sabe porque no las ha visto.⁵⁰ De acuerdo con Azougarh (1996:54-5) esta última fórmula es forjada a raíz de la lógica primaria del testimonio, a saber: *hay que ver para creer*, pero esta misma lógica es invertida en testimonio de Montejo cuando se trata de explicar aspectos que no son del dominio de lo racional, convirtiéndose en *hay que creer para ver*. Visto que para el testimonio no hay nada más importante que el vínculo que se establece entre el narrador y el lector, es esencial que se fundamente la verosimilitud de la narración. No obstante, el testimonio de Montejo es saturado de hechos inverosímiles desde un punto de vista racional y el procedimiento que se escoge para ‘validarlos’ es justo imputarle al lector su incredulidad a través de reproches dirigidos a otros personajes por *sus* dudas.⁵¹ Conforme con Azougarh (1996:53-4), la verosimilitud de *Biografía de un cimarrón* ([1966]1968) queda confirmada a través de un doble proceso: por un lado, Montejo asegura a su lector que las cosas que conoce han sido filtradas por su propio sentido crítico que ya ha desechado lo improbable y, por el otro lado, el mismo

⁴⁷ El relato de Montejo abunda en verbos de percepción como oído, vivido, visto pero la frase más poderosa del contexto es cuando Esteban asegura que un hecho es “positivo” porque lo “vide yo *mismo*” (Barnet [1966]1968:27; mi cursiva) o “[a] mí nada de eso se me borra. Lo tengo todo *vivido*” (Barnet [1966]1968:18; mi cursiva).

⁴⁸ Los hechos más extraordinarios como, por ejemplo, la posibilidad de criar un diablillo es apoyada por la fórmula: “a mí me han dicho los viejos que conocieron personalmente [que es verdad]” (Barnet [1966] 1968:116). Los detalles de su propio nacimiento y la identidad de su progenitor son confirmados por las palabras de familiares suyos: “Claro que yo no vide a ese hombre nunca, pero sé que es positivo ese cuento porque me lo hicieron mis padrinos [y] a mí nada de lo que ellos me contaron se me ha olvidado” (Barnet [1966]1968:18).

⁴⁹ Refiriéndose al suicidio en los barrancones, para poner un ejemplo, Montejo dice: “lo que sí yo creo que es cuento, porque nunca lo vide” (Barnet [1966]1968:45).

⁵⁰ Por ejemplo especifica que había guerrilleros españoles isleños y cubanos, pero reconoce que no se puede pronunciar sobre la integración de los chinos a las bandas libertadoras porque “[c]hinos no conocí a ninguno” (Barnet [1966]1968:192).

⁵¹ Sospechando que su propio lector puede llegar a poner en entredicho la historia de la cría del diablo, Montejo dice “Yo le hice el cuento del diablillo una vez a un joven y me dijo que eso era mentira. Pero aunque parezca mentira, es cierto” (Barnet [1966]1968:126) y a propósito del retorno de los espíritus de los afrocubano a África después de su muerte afirma que: “Hoy mismo hay gente que no cree en salidera de muertos, ni en nada de eso. Y es que no han visto nada. Los jóvenes que no creen es porque no han visto” (Barnet [1966]1968:125-6).

narrador confiesa no entender o conocer determinados aspectos de su época, con lo cual gana en credibilidad. Asimismo, tanto el esfuerzo constante de especificar fechas y corregir detalles como las referencias a lo consabido como por ejemplo las repetidas menciones de personajes históricos como Martí, Marinello y Máximo Gómez suscitan la simpatía de y la complicidad con el lector.

Como se indicaba más arriba, siguiendo a Sklodowska (1992:120), la pretensión realista del testimonio surge del discurso científico agregado por sus gestores mientras que los narradores-protagonistas se limitan a comentar los hechos de un punto de vista personal, emocionalmente cargado, haciendo valer la necesidad de intervención por parte del lector a través de lo que se podría llamar retórica de la opresión. No obstante, hay que dejar claro que ninguno de los gestores de estos tres textos interviene de manera evidente, sino que limitan su presencia a glosarios e introducciones que comentan el proceso conjunto de trabajo con sus informantes. Ordenados desde el libro que menos huellas de intervención tiene a aquel donde tal intervención es más evidente, los tres testimonios seguirían en esta secuencia: *Biografía de un cimarrón* ([1966]1968), *Me llamo Rigoberta Menchú...*([1983]2003) ‘*Si me permiten hablar...*’ ([1977]2004). Burgos ([1983]2003:11) por ejemplo advierte que su papel en la génesis del discurso de Rigoberta es tangencial, que ella se comprometió a crear un libro que contara la historia de la joven e intentó reducir su propia intervención al mínimo. Con todo, se da un giro importante cuando su editora reconoce su ignorancia sobre la cultura maya-quiché, en general, y sobre Guatemala en particular porque, por un lado, allí se pone en duda brevemente la capacidad de la gestora de representar de manera contundente el discurso de Menchú y, por el otro, porque entendemos que la mayoría de los detalles que conciernen rituales y ceremonias mayas fueron incorporados al testimonio como consecuencia de las preguntas de la gestora que reconoce haber tomado “una posición de alumna” (Burgos [1983]2003:16). Como se señalaba más arriba, son estos detalles facilitan la identificación del lector con el testimonialista ya que lo adentran a su comunidad a través de una abundancia de detalles sobre sus prácticas y su funcionamiento, pero, desde el punto de vista de la colaboración, no dejan de ser simplemente el resultado de la intervención de la gestora. Por otro lado, Viezzer ([1977]2004:3) al manifestar que “el testimonio de Domitila contiene elementos para un análisis histórico profundamente innovador,” parece hacerse responsable de presentar un panorama mucho más amplio y completa ella misma

con aclaraciones de datos históricos y lingüísticos dentro del mismo texto, poniendo en relieve de manera evidente dentro del texto testimonial mismo que éste, como producción literaria, es una colaboración.

Referente al papel aparentemente limitado del compilador en *Biografía de un cimarrón* ([1966]1968) se pueden recordar los comentarios de Ileana Rodríguez (1982 en Sklodowska 1992:37-8) en relación con el libro de Roque Dalton – *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador*.⁵² Parece que, al haberse dado fuertes desacuerdos ideológicos entre el informante y el gestor por la posición estalinista del primero, Dalton hizo recortes importantes en el texto testimonial. Por otro lado, Dalton, debido a su propio interés de crear una imagen positiva de la militancia de izquierda, censura fuertemente las historias amorosas que mostraban inclinaciones machistas de esta última. De ahí que es posible pensar que la presencia del gestor se hace sentida no sólo a través de intromisiones que *completan* la trama brindada por el narrador-protagonista, sino que también se da a través de *supresiones y rectificaciones* del desarrollo de la misma. Ya que en el caso de *Biografía de un cimarrón* ([1966]1968) una ausencia notable es la Revolución cubana misma, a pesar de que el gestor asegurara que su entrevistado se siente fuertemente identificado con ella, se podría inferir un desacuerdo entre Montejo y Barnet del mismo tipo que el que se dio entre Dalton y Mármol. Debido a esta filiación, Luis (1989:484) llega tan lejos como para acusar a Barnet de haber utilizado a Montejo como títere para mejorar su propia relación con el gobierno cubano dañada por la pertenencia del poeta al grupo literario conocido como El Puente, grupo retratado por el gobierno castrista como una pandilla de homosexuales y

⁵² Este testimonio en particular ha creado muchas polémicas debido al fin sangriento de su gestor, Roque Dalton, condenado a muerte por su propia organización, Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional (FARN), por espionaje y ‘intelectualismo pequeño burgués’ y ejecutado en mayo 1975 (Harlow 1996a:82). Como Harlow hay también un grupo de críticos que consideran este libro el mejor ejemplo de colaboración entre un intelectual solidario y un miembro de la resistencia armada. Basándose en la idea de que el testimonio colaborativo es el resultado de un compromiso colectivo sin distinciones jerárquicas, Barbara Harlow ([1991]1996:72-3) intenta refutar la noción según la que el autor formal del testimonio es una centinela benevolente que permite la entrada del narrador en el mundo de la literatura. Mientras que para Beverley ([1989]1996:30), Warren (2001:202) y Nance (2006:123-4) tanto el narrador como el compilador son protagonistas del texto final porque los dos gestan la historia de manera igual, en Harlow ([1991]1996:73) se puede adivinar una fetichización del narrador como Otro para el que el editor tiene que reducirse a una cinta transportadora hacia el circuito mediático internacional. Harlow ([1991]1996:72: mi traducción) observa por ejemplo que “la relación antiautoritaria entre el narrador y el compilador o ‘activador’ de la historia del narrador-protagonista, de los acontecimientos de los que da testimonio [el primero] es crucial para el testimonio” asegurando que el editor del testimonio es simplemente un ‘amanuense... de las ‘voces de los desposeídos.’” Sin embargo, Sklodowska se opone a la fórmula de Harlow, dándole a las palabras de Warren (2001:202), según los que sin compilador esta ‘autobiografía’ del testimoniante no existiría, una forma muy sucinta y memorable. Sklodowska (1992:81) afirma que el editor “es un ventrílocuo más que amanuense.”

antisociales. Luis (1989:480) habla de Barnet como “el creador de la memoria” porque considera que éste hace más que editar las memorias de su entrevistado. Haciéndole preguntas guía a Montejo que siguen la línea del interés por las religiones afrocubanas señalado por Barnet en la introducción del libro, el gestor consigue distorsionar de manera decisiva el contenido de la información proporcionada por Montejo.⁵³ El mismo autor considera que los ‘capítulos fantasma’ que tendrían que completar los casi 60 años entre 1905, cuando termina la relación de Montejo, y la publicación de su testimonio nunca se escriben porque en ellos se dejaría ver el pesimismo patente del ex-cimarrón, sobreviviente de la Guerra de Razas de 1912, en relación con la situación de los negros en Cuba (Luis 1989:486-7).

Skłodowska (1992:133-4) afirma que “[e]l truco ‘veredictivo’ radica pues, más que nada, en ajustar los procedimientos persuasivos a los criterios del interlocutor real y/o potencial” y encuentra que pocos de estos procedimientos pueden ser vistos como racionales. La mayoría son o emocionales, como ya indicado, o éticos puesto que el narrador juega todos los elementos de su personalidad, pero su confiabilidad como testigo depende capitalmente de su autoridad moral extraída de la virtud de resistir a repetidos tratos abusivos sin comprometer su rectitud moral. Como dice Achugar (1992:59-60), visto que el testimonio se propone contribuir a la creación de una sociedad mejor, el comportamiento extraordinario de su narrador-protagonista que es consustancial a su función denunciadora-ejemplarizante se convierte en un elemento importante en vista de conseguir estos avances. Por ejemplo, la muerte de la madre de Rigoberta se narra como un hecho inevitable,⁵⁴ por un lado, pero también como símbolo de su martirio en el

⁵³Luis (1989:479) presenta una visión interesante del testimonio que no hemos encontrado hasta ahora. Para este autor el testimonio no es una reconstrucción del pasado, sino que es más bien una colisión del pasado con el presente que son descritos de manera concomitante. Para ilustrar su punto de vista muestra que en el testimonio eventos del presente, como por ejemplo la Revolución cubana, han cambiado el significado de eventos del pasado, como sería la Guerra de Independencia. Para concluir Luis (1989:491) agrega que la escritura de Barnet un mecanismo para controlar el presente y el pasado del que Montejo sale, probablemente involuntariamente, como héroe de la Revolución cubana. Por su parte, Azougarh (1996:155) ve esta (auto)reinterpretación como característica para todo relato autobiográfico donde se da la separación del ‘yo’ narrado y del ‘yo’ narrador porque siempre existe una diferencia temporal entre el momento del habla y el momento de la vida contado. En toda autobiografía se dan tres indicios de la (auto)reinterpretación: el desdoblamiento del yo (protagonista y narrador), el uso del presente y pasado en el mismo relato, y el paso del discurso directo al discurso indirecto. Siguiendo a Azougarh (1996:156), en los capítulos iniciales y finales de los relatos de índole autobiográfico siempre se encuentran el “narrador interrumpe la narración de los hechos pasados para valorarlos, enjuiciarlos e interpretarlos”

⁵⁴ Menchú cuenta que su madre “regres[ó] a [su] tierra porque [su] comunidad [la] necesita[ba]” puesto que se encontraba en graves condiciones de desnutrición debido al constante acoso por los escuadrones de la muerte (Burgos [1983]2003:220) a pesar de que los curas y monjas, conscientes del riesgo que esto presentaba para ella, le ofrecieron ayuda para salir del país.

nombre de “una causa justa y una motivación que había sido de algo y de algo real” (Burgos [1983]2003:222). La muerte de su madre es un agravio más en una larga serie de afrentas que Menchú tuvo que sufrir por parte de las oligarquías de Guatemala que actúan a lo largo de su testimonio tanto a través de varios brazos gobierno, policía, jueces, militares y funcionarios del Estado, como directamente al explotar su mano de obra en las fincas de los alrededores del altiplano. Por su parte, Domitila (Viezzler [1977]2004:196) dice: “[o]tra cosa que yo quisiera esclarecer es lo siguiente: la clase trabajadora y los gobiernos de Bolivia se han hecho famosos por las luchas, represiones y masacres que han habido” agregando a la vez que:

[h]ay veces cuando mucha gente tiene que morir para que el pueblo consiga algo de mayor provecho, ¿no? Porque yo ya no me contento con soluciones a corto plazo. Toda y cualquier solución así, de pequeños paliativos, de pequeñas reformas, todo eso a mí ya no me interesa. Yo no podría, además, aceptar tener una situación holgada...mientras que el resto de la gente pasa necesidades. Esto yo no puedo hacerlo como verdadero líder (Viezzler ([1977]2004:198).

A la vez vemos que Domitila es capaz de superar la muerte de su hijo no-nato en la cárcel donde fue detenida por haber “protesta[do] contra las injusticias que ha cometido el gobierno contra el pueblo” porque sabe que “[h]ay que responder a [la] confianza que en [ella] deposita el pueblo [puesto que] ser dirigente no significa solamente aceptar un cargo, es algo de mucho [sic] responsabilidad” (Viezzler [1977]2004:175). El argumento de estas dos citan se repite varias veces a lo largo del texto con la intención de mostrar el dominio que ejercen los testimonialistas sobre su integridad personal y la rectitud de sus principios, pese a las humillaciones que tienen que sufrir en el nombre de la comunidad que defienden.

Mientras que la autoridad moral es lo que alimenta la credibilidad del narrador-protagonista del testimonio denunciador, en *Biografía de un cimarrón* ([1966]1968) como testimonio de tipo etnológico la misma función parece ser cumplida por la capacidad de Montejo de constituirse como un sujeto activo del relato *a pesar* de su condición de esclavo. Si antes decíamos que al rehusar el papel de víctima correspondiente a su condición de esclavo, Esteban invierte la premisa básica del testimonio, de acuerdo con Duchesne Winter (1992:70), la capacidad de Montejo de resistirse a su clausura y tomar decisiones independientemente dinamiza el espacio del relato permitiéndole lograr un conocimiento más profundo de la sociedad cubana de la época que luego difunde hacia el lector con riqueza de detalles. Como bien lo dice Duchesne Winter (1992:72), mediante su huida Esteban se niega ser cosificado por el trabajo esclavo y recupera su voz narrativa en la soledad de la montaña. A pesar de tener su origen en el miedo a la captura,

la soledad de la montaña llega a ser grata y tranquila para Montejo (Barnet [1966]1968:53), quien la opone a la soledad que se sentía en los barrancones donde “[l]a vida era dura y los cuerpos se gastaban” y “las mujeres escaseaban bastante” (Barnet [1966]1968:42). El monte, definido por Montejo como espacio de libertad y desalienación, le proporciona la oportunidad de fusionar con la naturaleza según los preceptos de sus raíces africanas (Duchesne Winter 1992:72-3). La sabiduría de Montejo con relación a los mitos africanos doblada por sus conocimientos sobre las el bandidaje, la música, los bailes y la guerra civil (y de independencia) transmite la impresión que Esteban como narrador tiene varias capas de conocimiento a las que el lector accede poco a poco. Lo que exige Montejo para permitir el acceso es la suspensión de los propios prejuicios intelectuales de los lectores ya que él es, siguiendo a Duchesne Winter (1992:77), “testigo de la historia en tanto experiencia de masas.” Montejo puede comprobar a través de conocimientos de primera mano que “los verdaderos guerrilleros eran hombres de monte y estúpidos” (Barnet [1966]1968:192), y no “coronelitos y otros oficiales que se cagaban fuera de la taza todos los días” (Barnet [1966]1968:187), pero son estos últimos los que acaban siendo descritos como “hombres ilustres” en la historia oficial.⁵⁵

Pasando al tema de la oralidad, que, como decíamos antes, es mucho más evidente en el testimonio de Barrios de Chungara se podría afirmar que ésta tiene un papel persuasivo en las largas citas de arriba. Entre los testimonios que estamos analizando aquí el de Domitila es el único que escoge como forma de rememoración de las conversaciones el dialogo puesto que los otros utilizan el estilo indirecto, técnica que tiene mucha menos eficiencia retórica porque sugiere un alejamiento del lector de la situación enunciativa. A través de la conservación del estilo directo, el testimonio de Domitila tiene la apariencia de un texto plurivocal en el que la acción pasa bajo los ojos del lector a pesar de ser realmente *pasada*. Esta maniobra contribuye también a la sensación del lector de estar entrando en contacto directo con otros miembros de la comunidad del narrador aunque esta comunicación es doblemente mediada tanto por el narrador que rememora los hechos como por el gestor del testimonio que lo transforma de oral a escrito,

⁵⁵ Esto parece justificar las palabras de Azougarh (1996:103) quien observa que “[l]a configuración del sujeto de la narración [testimonial] se hace por oposición a los ‘otros,’ los explotadores” que vienen en formas tan diversos empezando por “los presidentes, los blancos mayores, los guerrilleros, [y terminando con] los ricos o los norteamericanos.” Hay aquí dos ángulos que vale la pena subrayar: primero, Montejo se presenta como una persona valiente que toma las decisiones debidas y se responsabiliza de sus resultados, cosa que no hacen ninguno de aquellos que quedan en la historia como figuras importantes de la Guerra de Independencia; segundo, el mismo Esteban dice tener conocimientos sobre los hechos que ha vivido desconocidos e ignorado por los historiadores.

de prototexto a texto. Domitila utiliza con frecuencia la pregunta retorica dirigida al lector para cerrar un argumento que le parece irrefutable: “¿No es cierto?” (Viezza [1977]2004:123) y “Así fue la cosa, ¿no?” (Viezza [1977]2004:121) o simplemente “¿no?” (Viezza [1977] 2004:95), mientras que la forma preferida por Menchú para conseguir el mismo efecto es la repetición del adverbio “claro” (Burgos [1983]2003:159). Por otro lado, para llevar la narración adelante y sugerir un orden cronológico de su historia de vida, Rigoberta usa el “entonces” (Burgos [1983]2003:81) al principio de varias oraciones seguidas.

Otro procedimiento que usa Rigoberta son las frases cortas y tajantes que simbólicamente no dejan suficiente espacio como para que el lector manifieste sus dudas como por ejemplo: “Yo soy cristiana y participo en la lucha como cristiana. Para mí, como cristiana, hay una cosa. Es la vida de Cristo. Tuvo todo un proceso, donde Cristo fue humilde. Nació en un pequeño rancho, como narra la historia” (Burgos [1983]2003: 158). El lector sabe muy bien que el personaje Rigoberta, tal como su comunidad, oscila entre la ideología marxista, el cristianismo y las antiguas costumbres mayas, pero al formularse así no deja que el lector intervenga para plantear un argumento más complejo sobre su identidad ideológica y religiosa. Referente a *Biografía de un cimarrón* ([1966]1968) se puede decir que por lo general la redacción del testimonio está saturada de frases cortas y repeticiones, especialmente de ‘muletillas’, características al habla oral. Para Montejó esta técnica parece servir un doble papel: por un lado, es una manera de impulsar y dinamizar la acción y, por el otro lado, el estilo corto inquieta al lector, obligándolo a seguir leyendo sin darle la tregua necesaria para ‘digerir’ lo leído. Sea como sea, es muy probable que estas formulas aparezcan de manera natural en el habla de los entrevistados, pero al conservarlas en el formato escrito se convierten en un método eficaz para acercarse al lector. Azougarh (1996:148-9) considera que el testimonio hace uso de dos tipos de redacción: por un lado, las oraciones concisas y construcciones sintácticas sencillas que son características a los momentos de acción intensa donde se precisa de un lenguaje claro y eficaz que tienda hacia la invisibilidad porque lo que prima es el mensaje o el resultado de tal acción y, por el otro, las frases largas que reflejan razonamientos complejos de tipo filosófico en los momentos de serenidad de protagonista.

4. El nuevo testimonio

4.1. *Discusión sobre la aplicabilidad de las técnicas narrativas identificadas anteriormente*

Como decíamos en la Introducción, puesto que todavía no se ha dado a conocer ninguna conceptualización del testimonio de la última década, este trabajo se propone juntar lo conocido sobre las técnicas narrativas de la literatura testimonial producida hasta los años 90 y referirlo a los últimos desarrollos de la misma. Para este propósito hemos escogido los siguientes testimonios: *Retazos de mi vida: testimonio de una revolucionaria salvadoreña* (2009) de Lorena Peña, *Cautiva: testimonio de un secuestro* (2009) de Clara Rojas, *7 años secuestrado por las FARC* (2008) de Luis Eladio Pérez. Relacionando estos nombres con la realidad latinoamericana contemporánea, se pone de manifiesto el salto cualitativo que ha dado el testimonio en los últimos años. Entre los tres autores aquí seleccionados hay dos antiguos parlamentarios, Peña –ex-diputada de El Salvador y Pérez – ex-senador de Colombia, y Rojas – una ex-candidata a la vice-presidencia de Colombia. Además, aunque algunos de los rasgos esenciales se conservan como por ejemplo el reclamo de mejoras sociales, el nuevo testimonio se diferencia del testimonio denunciador en un aspecto principal: ninguno de estos libros está redactado bajo la presión implicada por una emergencia real para el narrador-personaje que sea de la misma envergadura que una guerra civil o una persecución política. Esto le resta al testimonio una calidad que tanto Beverley ([1989]1996:35) como Dorfman (1986:189), dos de sus teóricos fundamentales, consideraban no sólo esencial, sino que también distintiva del testimonio como género narrativo.⁵⁶ Clara Rojas y Luis Eladio Pérez escriben ya desde la libertad para reclamar una vida mejor para los que siguen secuestrados por las FARC y componen el grupo de los Canjeables que se ha mantenido estable en una veintena de personas desde 2008 (Semana.com 2010). Lorena Peña escribe desde el curul de la Asamblea Eurolatinoamericana de Diputados donde representa un partido que en 2009, con la presidencia de Mauricio Funes, se convirtió en partido de gobierno en El Salvador. En este sentido lo que se planteaba como un eje central del testimonio de los años ochenta – la necesidad de seducir al

⁵⁶ Estos dos autores han identificado el testimonio como “literatura de la urgencia” y extraían de este sintagma dos aspectos que, según lo comentado más arriba, son muy importantes para el testimonio clásico: primero, la *necesidad* absoluta del narrador de contar su historia para denunciar a sus malhechores; y, segundo, la falta de la elaboración literaria que se debía a la rapidez y a los grandes sacrificios con la que se escribieron especialmente algunos de los testimonios de prisión (Dorfman 1986:176, 194).

lector para asegurar la contribución de éste en el proyecto de un cambio social radical – se convierte en un hecho secundario porque, como en el caso del testimonio de Esteban Montejo, la opresión y las tribulaciones a los que asistieron los narradores-protagonistas son acabadas. Además, se supone que lo que motiva la lectura ya no es el deseo conocer e identificarse con la situación opresiva de los marginados a través del texto, sino que es su interés por saber cómo cambió la vida de estas personas distinguidas como consecuencia de acontecimientos históricos particulares. A raíz de esto se podría decir que el testimonio ha dejado de ser un género literario adoptado exclusivamente por personas de baja condición social que reclaman mejoras en su situación de vida y se ha convertido en un género socialmente aceptado con usos múltiples, un género que se adapta a las finalidades del autor.⁵⁷

Visto que ninguno de los autores incluidos en esta nueva ola es iletrado, no se hace necesaria la mediación de un gestor por razones concretas de transcripción y redacción, como en los libros del apartado anterior. No obstante, todos excepto Lorena Peña apelan a la ayuda de un editor, ayuda que declaran abiertamente, pero que esta vez queda totalmente aplastada por los nombres de sus famosos narradores-personajes.⁵⁸ Por lo tal, la autoría del testimonio de este último periodo nunca llega a ponerse en duda de la misma manera que pasa por ejemplo con el testimonio de Burgos/Menchú (Sommer 2001:243; Aceituno [1999]2001; Avant-Mier y Hasian Jr. 2008:324-5) o el texto de Montejo/Barnet (González Echevarría 1980 en Azougarh 1996: 115) y, debido a la ausencia de una diferencia de nivel social y educativo, la colaboración entre el gestor y el narrador no es ninguna llaga abierta que marca el texto. Además ninguno de los

⁵⁷ En este sentido, Sumner Twiss (2010) plantea una pregunta esencial que puede llegar a impactar sobre la definición del testimonio como género, eso es: sabemos que el testimonio tiene orígenes solidos en las narraciones de vida de homosexuales, prostitutas, presos (políticos) y drogadictas (Achugar 1992:52), pero ¿es posible que infractores culpables de crímenes de lesa humanidad escriban testimonios? Además de los libros que cita este autor, escritos por Eichmann, Hoess y Speer, principales fundadores y partidarios del nazismo en Alemania, luego procesados por sus crímenes del nazismo, se puede señalar la reciente publicación de libros como *El vuelo* (1995) de Horacio Verbitsky y *La guerra sucia: el testimonio de un exoficial de ejército argentino* ([2001]2002) de Habib Souaidia que abordan el problema de las recientes guerras civiles en el llamado Tercer Mundo. Twiss (2010:36-7) llega a la conclusión que los textos de estos infractores se pueden llamar testimonios en la medida en la que presentan una visión equilibrada y realista de la correspondencia entre la cosmovisión personal de sus narradores y el sistema que les permitió e incentivo aquellos comportamientos que llevan a que sean juzgados como criminales de guerra. En cierto sentido estos delincuentes son unos nuevos marginados en un mundo que simula un total respecto por los derechos humanos y, en principio, no tolera ninguna disensión con respecto a sus fundamentos y, por lo tal, desautoriza de entrada la palabra de tales individuos que encuentra patológicamente inmorales.

⁵⁸ Clara Rojas dispone de los servicios de Isabel García-Zarza, periodista española, autora de varios libros con formato autobiográfico y Luis Eladio Pérez da su testimonio a Darío Arizmendi, periodista colombiano, que se desempeña como director de la cadena radial Caracol, línea que organiza un importante programa nacional radial titulado Las voces del secuestro dirigido a los secuestrados.

supuestos gestores de estos testimonios es ajeno a las realidades de América Latina aunque sí pueden ser extranjeros. Como periodistas, han trabajado temas latinoamericanos durante la mayor parte de su carrera y conocen el ámbito (político) colombiano con todos sus problemas de cerca. De ahí que también en este sentido se podría decir que estas últimas publicaciones amenazan deteriorar aquello que se consideraba como esencial en la producción testimonial anterior: porque se trata de personajes e informantes con real poder político en sus países de origen, su testimonio ya no es una 'historia otra' o, según la expresión de Achugar (1992:54), una historia *desde* el Otro autorizada por un letrado solidario, sino que se convierte en un mero instrumento de rememorización. Además, los nuevos narradores de testimonio no son sólo personas cultas y relativamente poderosas, sino que además son personas controlan plenamente su imagen pública porque son versados en el funcionamiento de los medios de comunicación y sus efectos sobre la conciencia de las masas. Como políticos profesionales, los tres son también comunicadores profesionales y elevan las nociones referentes a discurso político que tenían los dirigentes políticos en pequeña escala, Barrios de Chungara y Menchú, a un nivel totalmente nuevo.

En este contexto vale la pena recordar la distinción hecha por Lejeune (1989:196-9) entre las autobiografías de personas famosas redactadas o escritas enteramente por negritos, por un lado, y, por el otro, las 'autobiografías' de personas pertenecientes a grupos marginados redactadas por sociólogos o antropólogos y las autobiografías de personas prestigiosas dentro de su ámbito, doctores, manufactureros, comerciantes etc. pero que no alcanzaron un reconocimiento más allá de ello. La vida de los últimos es estudiada desde arriba en tanto contiene referencias a eventos históricos importantes o a patrones de vida que afectan toda la clase de la que provienen e, implícitamente, las huellas de su individualidad son moderadas a la vez que se intenta rescatar principalmente la voz o el discurso de la persona que no escribe. Por otro lado, dada la correspondencia del nombre de la portada a un personaje identificable en el área social o cultural del lector, la vida de los primeros interesa por sí misma y, por lo tal, en la autobiografía, escrita por la persona misma o por un negro, se intentan rescatar justamente las particularidades de la personalidad del individuo famoso. De acuerdo con Lejeune (1989:196), las relaciones de poder entre los colaboradores de una historia de vida y de una autobiografía son muy dispares: mientras que una estrella, un héroe o un político poseen una historia de vida y pueden elegir

libremente entre colaboradores con los que no están nada obligados a compartir méritos, para el etnógrafo que quiere captar la vida de los obreros hay miles de modelos posibles que llegan a ser conocidos exclusivamente a través de su trabajo y no tienen otro mérito que estar incluidos en el mismo. Lejeune (1989:196; mi traducción) concluye que el hipotético obrero representado por el etnógrafo “es de hecho la criatura de su etnógrafo” porque necesita de su pluma para suavizar la supuesta distancia que hay entre su cultura, definida por la exclusión de la escritura, y la cultura del lector, donde lo escrito es el fundamento de todo conocimiento. Consideramos que esta comparación hecha por Lejeune es muy similar al dilema de la fase actual del desarrollo del testimonio: aunque testimonios sobre las clases marginadas siguen escribiéndose con o sin la ayuda de etnógrafos y sociólogos en América Latina, el género parece haber sido captado por personas de renombre, desdibujando de esta manera cada vez más la distinción entre la autobiografía y el testimonio como textos referenciales. Se ha producido un cambio extraordinario desde los años ochenta cuando Dorfman (1986:186-8) escribía que debido a su función de agente el narrador-protagonista se esfuerza por hacer contar en su testimonio las memorias de todos sus compañeros, haciendo que “los [mismos] autores que escriben sus memorias [sean] intercambiables.” Ahora se trata de autores que, debido a su cargo político, conjugan conocimiento privilegiado con autoridad social para narrar, autoridad que ya no les llega desde fuera en la persona de un etnólogo o sociólogo. De ahí que, si Beverley (1987:16) había planteado anteriormente la confusión entre el testimonio y algunas novelas escritas en el estilo testimonial donde el primero extraía su individualidad de la existencia detrás-del-texto, ahora se plantea el tan temido solapamiento de la autobiografía y el testimonio que diluye todavía más la unicidad del testimonio.

No obstante, dadas estas contradicciones, otra posible explicación de la adopción del formato del testimonio por los autores en cuestión es la reputación del testimonio, confirmada por la discusión de más arriba, de ser literatura de los débiles y marginados sociales. Al haber vivido momentos de real desamparo estos autores se identifican de manera simbólica con las clases populares tradicionalmente desfavorecidas en América Latina; al utilizar un género literario conceptualizado como propio a los humildes, se identifican de manera ‘textual’ con ellos. Por un lado, tanto Clara Rojas como Luis Eladio Pérez han pasado por circunstancias de vida muy duras durante su secuestro de varios años por las FARC que ahora cuentan desde la libertad, y,

por el otro, Lorena Peña, blanco de las campañas de represión de los gobiernos dictatoriales de El Salvador durante más de una década, narra las degradaciones relacionadas a su participación en la guerrilla cuyas fuentes son tanto el gobierno represivo como la misma izquierda militante.

En el caso de Peña, la identificación con la clase de los desfavorecidos va más lejos que la de los otros dos testimonialistas puesto que su narración no se resume a detallar su trayectoria desde revolucionaria perseguida por las fuerzas del Estado a miembro de un partido político influyente en El Salvador y luego diputada, sino que recalca también el nacimiento de su proyecto feminista para un futuro más igualitario. Para contrastar se podría introducir el ejemplo de Salvador Sánchez Cerén ([2008]2009), otro comandante del FMLN, actualmente vicepresidente de El Salvador, quien publica su libro autobiográfico casi al mismo tiempo que Peña. Este autor plantea la necesidad de seguir luchando para mejorar la situación de los muchos que siguen viviendo en la miseria, pero no elabora ningún diseño concreto para ello más allá de alentar a evitar “hacer de las instituciones políticas del Estado las únicas depositarias de la democracia, ya que entonces la democracia puede ser retenida por la burocracia y los profesionales de la política,” cosa que resume bajo la fórmula “democratizar la democracia” (Sánchez Cerén [2008]2009:277-8). En cambio, en el libro de Lorena Peña el machismo es retratado como uno de los mayores males de la sociedad salvadoreña y, al ser mujer, a pesar de ser una persona con peso político en este momento, la autora muestra haber sufrido como consecuencia de su género en cada una de las etapas de su vida. Se podría decir que la diferencia principal que se presenta en relación con el libro de Sánchez Cerén se refiere a lo que motiva a los dos autores para escribir. En este sentido, Achugar (1992:58) hace una distinción entre los libros que son útiles *moralmente* y los libros útiles *pragmáticamente*. Mientras que los primeros pueden motivar al lector a un nivel psicológico individual mostrándole la importancia del esfuerzo personal gracias al que puede llegar a cambiar la situación actual de discriminación a través de llegar uno mismo al culmen del poder (político) superando constantemente obstáculos de todo tipo así como lo hace Sánchez Cerén ([2008]2009) – modelo bautizado por Beverley (1993:83) del *Bildungsroman* documental – el segundo, que describe mejor el libro de Peña (2009), es la enunciación de pasos concretos que llevarían en un momento futuro (alejado) a la eliminación de la discriminación de género. Esto recuerda la aserción de Nance (2006:13; mi traducción) que aseguraba que “la justificación para escribir y leer testimonio se puede

encontrar sólo en las consecuencias del género en el mundo, en los cambios de las actitudes de los lectores y las acciones que el texto fomenta.” Entonces, se puede concluir que al presentar un proyecto de igualdad y al ser víctima permanente de la opresión masculina se justifica utilización de Lorena Peña del formato del testimonio.

4.2 Técnicas narrativas empleadas en el nuevo testimonio

4.2.1. 7 años secuestrado por las FARC⁵⁹

El testimonio de Luis Eladio Pérez se abre con la presentación hecha por Darío Arizmendi donde se exhorta al público lector que tome conciencia de que “el problema del secuestro es de todos (no sólo del Gobierno y de las familias de los que están retenidos en las selvas de Colombia) y reflexionar sobre las condiciones en que ‘viven’ los habitantes de las zonas abandonadas por las instituciones” (Arizmendi en Pérez 2008:16). Con eso, el testimonio del ex-gobernador del departamento de Nariño, contiguo a Ecuador al suroeste del país, pretende ser una radiografía de las razones de la violencia colombiana en la que se encuentran atrapados no sólo los secuestrados políticos, militares y policías, sino que también más de mil rehenes extorsivos. La introducción hecha por Arizmendi desea puntualizar otro de los aspectos principales del testimonio que se subrayaban más arriba, a saber: la pertenencia de Pérez a una colectividad, aquella de los afectados directos por el secuestro, y su actuación, desde la libertad, como agente de ésta misma. En comparación con, pongamos como ejemplos de testimonio de más arriba, la pertenencia a un grupo de afrocubanos, aymara o mayas, la adhesión de una

⁵⁹ Este testimonio presenta la experiencia de cautiverio de Luis Eladio Pérez, secuestrado por las FARC entre junio de 2001 y febrero de 2008, a pesar de conscientemente haber intentado mantener una relación amigable con los guerrilleros que operaban en el departamento de Nariño donde él era gobernador. El libro está dividido en ocho capítulos que tocan temas importantes de la vida del secuestrado como por ejemplo la relación con los otros presos, el campamento y las marchas y el proceso de acomodación a la selva. En comparación con Rojas, la perspectiva que presenta Pérez sobre la guerrilla es mucho más dura: él mismo sufre de cuadros diabéticos, tiene un infarto, dos veces leishmaniasis, dos veces malaria y tres comas diabéticos, enfermedades para las que no siempre recibe tratamiento. Las FARC que conoce Pérez parecen divididas entre los guerrilleros comunes que cuya “expresión es de desaliento, de desánimo [y] no proyectan la ilusión de una persona que está haciendo una actividad o un trabajo con gusto” (Pérez 2008:176) y carecen del más mínimo concepto de sensibilidad humana (Pérez 2008:185) y los Altos Mandos que, a pesar de concederles algunos favores como crema de afeitar, lociones o periódicos viejos, son escurridizos en la conversación evitando cualquier discusión franca sobre política y la situación de los presos (Pérez 2008:170). También en contraste con el testimonio de Clara Rojas, Luis Eladio Pérez se presenta a sí mismo claro integrante de un grupo de secuestrados. Efectivamente, uno de sus subcapítulos titulado “Nosotros, los secuestrados” donde reflexiona sobre las divisiones entre militares y policías, por un lado, y políticos, por el otro (Pérez 2008:23-5) y en otro capítulo muestra como lleva a cabo una especie de negociación para cerciorarse de su estatus como secuestrado político y no extorsivo, cosa que piensa que le daría menos oportunidades de quedar libre (Pérez 2008:173).

persona a un grupo de secuestrados puede ser menos evidente visto que tal grupo es básicamente conformado por las acciones del secuestrador y no es de ninguna manera pre-existente a sus acciones. Más concretamente, se podría decir que mientras que la condición de persona acomodada, político, periodista, militar o policía no implica *per se* la pertenencia a un grupo de secuestrados, en los tres casos discutidos más arriba y, especialmente en América Latina, la pertenencia a una minoría étnica es anterior e indispensable a la marginalización social y económica. Además, principalmente en los dos testimonios denunciadores de más arriba esta misma pre-existente condición es el fundamento de su organización política para reivindicar mejoras sociales. Lo mismo resulta difícil en el caso de los rehenes de las FARC debido a diferentes adhesiones antes de su detención. Por ejemplo, Pérez (2008:119) comenta sobre la dificultad inicial de convivir con Betancourt debido a desacuerdos ideológicos y lo que define como posiciones y afirmaciones radicales por parte de ella antes de su secuestro. No obstante, desde el principio, Arizmendi quiere certificar que verdaderamente existe un ‘nosotros, los secuestrados’ en Colombia, como reza uno de los subtítulos de Luis Eladio Pérez, y que la experiencia de uno de ellos puede ayudar para sensibilizar al público que todavía no ha sido golpeado personalmente por este mal.

A pesar de describir la relación entre los dos colaboradores como basada en la confianza y sinceridad, el prólogo de Arizmendi no es uno normal en el sentido de las introducciones y preámbulos analizados por Sklodowska más arriba. Esta ‘Presentación’ con la que se inicia el libro de Pérez no parece tener la ambición de ‘validar’ científicamente el testimonio especificando los detalles metodológicos responsables por la forma de la publicación, ni de retratarlo en términos de literatura y esteticizar su mensaje. El único dato objetivo y exacto que aporta este prólogo, sin que surja en el testimonio mismo, es la existencia de secuestrados por razones extorsivos y económicos que suman cerca de 1.300 personas. Es más, ni se comenta sobre la división laboral entre los dos colaboradores. De cierto modo esta práctica puede ser asimilada a la técnica empleada en el prólogo de ‘*Si me permiten hablar...*’ ([1977]2004), donde, al introducir citas directas de Domitila en el espacio reservado para la gestora de su testimonio, las voces de las dos mujeres “aparecen como entrelazadas hasta unirse” (Skłodowska 1992:30). Otra línea de similitud entre estos dos testimonios que se puede señalar es que tanto en el presente libro como en el de Domitila se destaca el carácter utilitario del

testimonio: mientras que Domitila ve el testimonio como el punto neurálgico de la reflexión y la crítica de su acción (Viezza ([1977]2004:2), Arizmendi considera que el libro de Pérez puede dar importantes claves para la erradicación de la violencia arraigada en Colombia. Por otro lado, a diferencia de Viezza, al describir los secuestrados como “héroes y mártires” (Pérez 2008:16) en las últimas líneas de su intervención, Arizmendi sacraliza el testimonio de Luis Eladio Pérez como víctima *inocente* de la guerra civil colombiana señalando que es imposible ver su secuestro como causa de sus propias acciones, a diferencia de los casos de Betancourt y Rojas.

Volviendo a los aspectos principales de nuestro análisis, a saber: el formato autobiográfico, la narrativización de los hechos, la mezcla de varios registros lingüísticos, la (ilusión de) oralidad, la (ilusión de) una cronología lineal, la referencia a una comunidad a un colectivo para el que funciona como agente, se podría decir que en el testimonio de Luis Eladio Pérez los ejes dominantes son la (ilusión de) oralidad y la (ilusión de) una cronología lineal apoyadas por el trasfondo del formato autobiográfico que es un *sine qua non* del testimonio. No obstante, en comparación con los tres testimonios anteriores, estos dos componentes se articulan de manera de manera diferente. La oralidad que se manifestaba en los testimonios anteriores principalmente en frases cortas y preguntas directas dirigidas bien a los oyentes de las conferencias, bien al gestor del testimonio, toma aquí principalmente la forma de un registro informal-coloquial. Además, en comparación con el testimonio anterior, esta vez los registros lingüísticos no varían a través del libro, señalando la ruptura entre el compilador y el testimonialista, sino que varían dentro de la misma sección reservada para el narrador-protagonista según el público al supuestamente se está dirigiendo. Esto recuerda las palabras de Sklodowska (1992:133) quien había indicado que cuanto más adaptado al interlocutor real y/o potencial está el procedimiento persuasivo, mayor es más posibilidad de captar la atención de éste mismo. Para ilustrar se puede tomar el ejemplo de las primeras páginas del apartado que plantea la necesidad de legislar sobre la incierta situación económica de las familias de los rehenes políticos da varios giros lingüísticos (Pérez 2008:49-57). Cuando se refiere a la situación concreta de su familia, Pérez (2008:49-50) utiliza un registro informal, con frases cortas y repetición de ciertas palabras, pero a la vez estas páginas aparecen salpicadas de palabras procedentes de un registro más bien culto como por ejemplo “traumatismo”, “demandas judiciales”, “solidaridad.” Aunque nunca abandona completamente el registro

informal, la voz del narrador parece subir de nivel cuando habla sobre el vacío de legislación en cuanto a la situación de las familias de los secuestrados políticos. Cuanto más agresivo e indignado se vuelve su tono, tanto más culto es el registro lingüístico que utiliza.

Otra técnica relacionada a la oralidad es la digresión. Valga por ejemplo que en una parte dedicada al carácter de creyente de su compañera de secuestro, Ingrid Betancourt, Pérez (2008: 140-1) pasa a la importancia de la Biblia para cada uno de los rehenes, para concluir luego explicando la ayuda aportada por su fe para superar la experiencia demoledora de la muerte de su madre mientras él estaba en la selva. Entretanto, explica que la muerte de la madre fue difícil no sólo por no haber podido verla antes de que falleciera, pero además porque no pudo llevar el luto debido porque se había enterado de ello a través de una radioreceptora clandestina. A este dolor personal se añadió el hecho de que la muerte de su madre coincidió con el fallecimiento de las madres de dos otros secuestrados, Orlando Beltrán y Jorge Eduardo Gechem. No obstante, este rodeo se suspende con la afirmación de Pérez (2008:141) que “[b]ueno, pero estaba hablando de Ingrid,” con lo cual vuelve al tema inicial de ese fragmento. Hay varias ocasiones donde esto se repite de la misma manera: una vez hablando de sus molestias físicas para las que no recibió ningún tipo de tratamiento por parte de la guerrilla concluye de manera irónica “[b]ueno, tuvieron la gentileza de cortar unas palmas para que me hiciera una especie de colchoncito” (Pérez 2008:113) y en otro sitio “[b]ueno, pues por ser diabético esto fue gravísimo porque no me cicatrizaba y la ampolla empezó a podrirse” (Pérez 2008:115).

Siguiendo con el tema de la oralidad, pero volviendo al fragmento donde Luis Eladio Pérez pide que se legisle sobre la situación de los secuestrados, no hay que dejar de tomar en cuenta que, además de los registros lingüísticos oscilantes, allí aparece también una serie de preguntas cortas y contundentes.⁶⁰ Estas preguntas tienen metas puramente retóricas y marcan la cantidad de personas que pasan por la misma situación desesperada que su propia familia. Igualmente,

⁶⁰ La cita a la que nos estamos refiriendo reza: “El Estado debería tener un fondo dispuesto para asistir económicamente a las familias de todos los secuestrados, porque las familias de los policías y de los militares reciben el 75% del sueldo, por lo menos, pero ¿y los civiles? Mi esposa Ángela con mis hijos, quienes tuvieron que retirarse de la universidad, lucharon y lograron mediante una acción de tutela el reconocimiento de mis sueldos y beneficios como congresista. Pero, ¿se sabe por ejemplo qué ocurre con Alan Jara o con Ingrid Betancourt? Alan Jara fue gobernador del Meta y cuando venció su período lo secuestraron, lo bajaron de un carro de las Naciones Unidas. Pero Alan Jara en ese momento era un ciudadano común y corriente, y ¿cree que Alan Jara recibe algún tipo de ayuda? Claudia Rugeles, su esposa, y su hijo Alan Felipe ¿tienen algún tipo de ayuda? Nada, nada, absolutamente nada (Pérez 2008:51).”

estas preguntas cimentan, como es debido para un testimonio, la pertenencia de Pérez a un grupo de secuestrados que se enfrenta a sus opresores directos, la guerrilla que los ha raptado, pero también al Estado que, se pone de manifiesto, no cumple ni con sus funciones básicas en relación con sus familias. Además estas mismas preguntas llevan a que unas páginas más adelante se produzca un argumento veredictivo importante señalado por Sklodowska (1992:134) como básico para el testimonio, a saber: establecer la confiabilidad del testificante como fundamentada en su autoridad moral que lo posiciona por encima de todos sus agresores que, a pesar de su poder político, son étnicamente nulos. Pérez (2008:55; mis cursivas) afirma que está en proceso de recibir una medalla del gobierno colombiano en un acto conmemorativo, pero que a la vez que se siente indignado por el comportamiento vergonzoso del Congreso con su familia y muchas otras familias de secuestrados, considera que “no [es] merecedor de ningún reconocimiento y menos de recibirlo de una institución que cre[e] que no tiene *la autoridad moral* para hacerlo.” Así como lo hace Rigoberta Menchú, el tono de Pérez cobra matices patéticos cuando dice ser no un héroe, sino un mártir unas líneas más arriba, apuntando a un doble martirio: primero, a manos de sus secuestradores y, segundo, a manos de su mismo Estado que debería haberlo protegido pero que ha mostrado una actitud despreciativa con sus familiares necesitados. En realidad, esta postura doblemente acusadora y denunciadora combinada con la aseveración que abre el libro donde Pérez (2008:19) declara haber creído tener 'buenas relaciones' con las FARC porque, al hacer política en la provincia, se vio obligado a no mostrar actitudes contestatarias, “ni mucho menos” lo convierte al protagonista en una persona con un capital moral impresionante al establecer que es doblemente sancionado y castigados tanto él como su familia, pero ‘inocente’.⁶¹ Siguiendo el modelo del testimonio militante clásico analizado por

⁶¹ No obstante, el mismo narrador parece vacilar entre conservar la autoridad extraída de la virtud de resistir los repetidos tratos abusivos sin comprometer su rectitud moral para sí mismo y entregársela Ingrid Betancourt. Irónicamente se podría decir que si Pérez se describe a sí mismo como un mártir, Ingrid es, conforme con el capítulo reservado para ella, una santa. La respuesta de por qué esto pasa en algunos testimonios viene de Ariel Dorfman (1986) quien, en su análisis de testimonios de los campos de concentración chilenos bajo la dictadura de Pinochet, llega a la conclusión de que pocos muestran el heroísmo y la cobardía y miedo propios porque esto puede parecer ‘indecente.’ Por un lado, en los testimonios de militantes “una excesiva introspección debilita [porque] no hay lugar para quiénes sienten auto-comiseración,” (Dorfman 1986:221) así que es preferible concentrar cualquier huella de sentimientos y emoción, sean éstos positivos, como el heroísmo y coraje, o negativos, como colapso nervioso por culpa de las duras circunstancias de vida, en los compañeros de cautividad. Dorfman (1986:221) concluye que “[s]i casi no tenía sentido exhibir el heroísmo propio, si sólo se justifica hacerlo en tanto es representativo de una causa colectiva mayor, cuánto más obsceno no será la exhibición de la cobardía de la víctima, el desánimo resultante, el mea culpa de la expiación de quién debería conservar un púdico silencio.” En el caso de Pérez esto es evidente ya que los únicos momentos en los que parece contradecir abiertamente a sus captores son en

Dorfman (1986:189), mediante las constantes indicaciones de vivencias similares en sus prójimos, Pérez consigue dibujar el secuestro como una experiencia nacional, a la vez que pone de manifiesto la arbitrariedad del mismo porque, de acuerdo con su exposición, cualquier persona con algo de importancia (política y social) puede quedar retenida independientemente de sus relaciones previas con la guerrilla. Sin embargo, como comentábamos más arriba, tanto para él, como para los demás testimoniantes de esta segunda ola, es bastante difícil engendrar la imagen de un grupo cohesionado en el nombre del que está hablando debido a los orígenes muy dispares de sus posibles miembros.

La (ilusión de) una cronología lineal es el otro aspecto importante de este testimonio. A diferencia del testimonio analizado más arriba donde la vida del protagonista es el elemento focalizador de la narración ya que, por un lado, todo lo contado pasa por su consciencia o su voz y, por el otro lado, la narración sigue de cerca la cronología de la vida del narrador desde su nacimiento, la cronología de este testimonio se refiere exclusivamente al evento del secuestro. Este procedimiento lo veremos repetido en el testimonio de Clara Rojas que presentaremos en breve. Sin embargo, a diferencia de este otro testimonio de secuestro, Pérez comenta sobre hechos que llegan a su conocimiento a través de terceros, como por ejemplo las circunstancias del secuestro de Ingrid Betancourt, la relación de ésta con Clara Rojas, el hijo de Clara. Estas indagaciones hacen que fluctúe la cronología recta y requieren de todo el capital de autoridad del narrador sobre el que se basa su credibilidad. Esto influye también en la narrativización de los hechos que es inversa, como resultado, a todos los testimonios anteriores. Mientras que aquellos textos que seguían a sus narradores-protagonistas durante toda su vida, tenían varios puntos culminantes según la intensidad de la acción y el tiempo dedicado a la narración de un evento se estiraba proporcionalmente al grado de interés que el narrador asume existe para cada acontecimiento, en el testimonio de Pérez el único momento que se puede denominar clímax es el último capítulo – el de su liberación y toda la narración hasta aquel momento va dirigida hacia ello de manera gradual y uniforme.

la presencia de Betancourt con la que planifica y ejecuta varios intentos de fuga. Además evita cualquier indagación *real* en su propia desesperación, hasta en los momentos más críticos como el capítulo dedicado a su liberación.

4.2.2. Retazos de mi vida: testimonio de una revolucionaria salvadoreña⁶²

Conforme con Duchesne Winter (1992:82) las narraciones guerrilleras, de las que forma parte también *Retazos de mi vida...* (2009), “cumplen la función de proveer medios de registro, análisis y divulgación de las experiencias particulares a que se refieren [y] pertenecen, a fin de cuentas, a la dimensión cultural e ideológica de la guerra revolucionaria, como importantes instrumentos de comunicación.” Puesto que de acuerdo con Duchesne Winter (1992:82) la narrativa guerrillera suele “[n]arra[r] el desarrollo de un plan de acción dirigido a transformar una realidad social”, se podría decir que en este sentido el elemento principal del libro de Peña es una crítica ardua de la izquierda en cuanto sus prácticas machistas y propone un plan concreto para su superación. Partiendo desde su propia experiencia de discriminación machista dentro de la guerrilla, el testimonio de Peña puede ser entendido como una recuperación de los capítulos fantasma del testimonio de Miguel Mármol descartados por su gestor, Roque Dalton al detectar en ellos huellas de estalinismo o discriminación de género. Como ideólogo de la guerrilla salvadoreña de los años 30, Dalton, tenía un interés propagandístico concreto en manipular el testimonio del Mármol para ocultar la ruptura entre los valores de tolerancia e igualdad proyectados por la guerrilla como ideal futuro de toda la sociedad y su falta de aplicación dentro de la misma guerrilla en el momento actual. Visto que a principio de los años ochenta, Lorena Peña ya ocupaba la posición de responsable de la preparación política de los equipos clandestinos de infraestructura y documentación y era miembro integrante del Comando Central (COCEN), uno de los ejemplos más contundentes de la discriminación de género de la guerrilla son las circunstancias alrededor de su divorcio de Dimas Rodríguez que describe de la siguiente manera:

⁶² Lorena Peña hace un repaso de su trayectoria política y guerrillera como integrante del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional a partir del inicio de los años 70, enmarcando su historia personal dentro de la historia del país. El libro está dividido en ocho partes registrando la incorporación progresiva de Peña en la guerrilla y su ascenso dentro de los cuadros de militantes hasta el momento cuando representa al FMLN en la firma de los Acuerdos de Paz en Chapultepec, México. En ese momento el itinerario de Lorena cambia ya que pasa de ser militante de un cuerpo guerrillero identificado como terrorista en El Salvador a ser diputada de un partido político reconocido como la segunda fuerza electoral del país. En la última parte del libro el discurso feminista, presente también anteriormente, empieza a ser cada vez más patente. En cierto sentido, este discurso representa una reorientación política de la autora en tiempos de paz quien rememora e reinterpreta los encuentros con mujeres importantes de su vida como por ejemplo Doris Tijerino, la guerrillera nicaragüense, y Mélida Anaya Montes, ex-combatiente del FMLN asesinada por un ala del Frente Popular de Liberación luego de fuertes desacuerdos políticos (Harlow 1996^a:106-7). A lo largo de su libro, siguiendo el estilo del testimonio clásico, Peña no deja de representarse a sí misma como miembro de varias comunidades: primero, de las clases medias-bajas, luego de los guerrilleros y ahora de los grupos de mujeres.

A Marcial se le ocurrió discutir ‘mi caso’ de separación con Dimas, entonces tuvieron una discusión en la Dirección y me notificaron que habían tenido una reunión donde se analizó que yo estaba perdiendo un poco la perspectiva revolucionaria porque el compañero era de origen campesina y yo era pequeña burguesa, por lo que se me prohibió, por seis meses hablar de cosas privadas con hombres [...] En el fondo era sanción, ya que se pedía permiso para separarse y para acompañarse, se decía que era por seguridad, pero cuando me dijeron que no hablara con hombres entendí que no sólo era seguridad porque yo trataba básicamente con hombres, entonces la orden era, en resumidas cuentas, que los tratara pero que no me involucrara sentimentalmente con ellos (Peña 2009:80-1).

A pesar de sus intereses primarios por la interacción entre los géneros y los asuntos doctrinarios, Peña replica hasta cierto punto el testimonio guerrillero clásico, *Pasajes de la guerra revolucionaria* de Ernesto Guevara analizado por Duchesne Winter (1992:81-102), pero los combates guerrilleros nunca llegan a ser el elemento unificador del libro.⁶³ Por lo tal, en comparación con los libros clásicos de guerrilla, el ritmo con el que se describe la acción en el testimonio de Peña aparece mucho más ‘domado’ al ser más reflexivo y absorto. No obstante, las descripciones que se hacen tanto de hechos como de paisajes y personas son siempre clínicas y breves, imitando hasta cierto punto la manera en la que se hablaría de ellos. Fuera de las oraciones cortas, es de ésta la forma principal en la que se manifiesta la oralidad en el testimonio de Peña: la claridad del lenguaje que ocasionalmente se carga de un discurso político que aún así se mantiene dentro de los límites de lo transmisible oralmente.

Lo que sí parece importante para Lorena Peña en cuanto combates es enumerar a todos aquellos que han sacrificado sus vidas en la lucha por un mundo mejor. Por lo tal, hay un sinnúmero de capítulos que llevan los nombres de estas personas desaparecidas debido a las acciones del Estado: Antonio, Carlitos, Eva, Samuel, Graciela, Sara, Martín, etc. Las bajas registrados por el FMLN en el combate sirven para recordarle a la protagonista la inevitable *obligación* de actuar de una manera determinada para que su muerte no haya sido en vano, eso es: de seguir luchando a pesar de los sacrificios (personales) de esto implica, actitud observada sobre todo en el testimonio de Rigoberta Menchú y Domitila de Chungara. Los mismos nombres cumplen con otra función importante para el testimonio según las definiciones analizados más arriba, a saber: la articulación de la guerrilla, y seguidamente del partido FMLN, como un grupo

⁶³ No obstante, se mantiene una similitud en cuanto la ausencia de reflexiones y descripciones de la naturaleza. Para Peña, el paisaje, la selva es sólo un trasfondo de la acción que es pincelado exclusivamente al tener algún impacto sobre las condiciones de vida de los guerrilleros o sus acciones combativas. Así por ejemplo, al pasar al cerro de Guazapa se habla de “ventajas operativas” porque “la coordinación con la ciudad se volvía muy ágil” (Peña 2009:142) y “era un punto excelente para asediar a las tropas del ejército gubernamental” (Peña 2009:134). La “vegetación exuberante” es vista como poco más que la causante de los pocos problemas de abastecimiento (Peña 2009:134).

al que Lorena Peña representa porque en su testimonio, como en ninguno otro hasta ahora, se pone de manifiesto que las dos trayectorias, la personal y política de Lorena y la de su partido, deben de ser comprendidas como entrelazadas de manera inexorable. Como afiliada a los movimientos opositores salvadoreños durante más de treinta años, Peña hace una revisión de su desarrollo desde una posición de conocimiento privilegiado reflexionando sobre las razones que empujan a la acción política y los vínculos que se dieron entre los grupos políticos que apoyaron al FMLN, por un lado, y aquellos que luchan en contra de él, por el otro.⁶⁴ Debido a la proyección de su historia personal desde un pasado muy antiguo hasta el momento actual donde cobra velocidad se produce la impresión en el lector de que, como el desarrollo personal de la narradora-protagonista, el avance en temas de garantías de derechos civiles y mejoras sociales es también imparables. Básicamente los hechos que ella expone se resisten a una narrativización conforme con la pirámide de Freytag ya que de los momentos de acción intensa, sólo algunos de los que encuentran su desenlace dentro del libro, mientras que el asunto principal, eso es: la denuncia de la narradora de la discriminación de género espera su resolución fuera del texto con la intervención del lector.

A diferencia de los narradores testimonialistas de los años sesenta y ochenta, Peña proviene de una familia de clase media (baja), con lo cual su asociación con la lucha revolucionaria se podría plantear en términos de elección libre. No obstante, en su testimonio su elección se articula como menos libre precisamente debido a su origen, porque “toda la vida de ellos, hasta que se murió mi papá estuvo vinculada a los esfuerzos de mi papá, apoyados por mi mamá, por lograr transformaciones sociales estructurales en el país” (Peña 2009:18) y estos valores, que les pasaron a sus hijos, se han convertido en “un compromiso más allá del partido, lo más esencial en la conducta de nosotros” (Peña 2009:22). Por otro lado, la integración en la guerrilla no es planteada en los mismos términos inevitables que la de Menchú o de Barrios de Chungara.

⁶⁴ En los apartados dedicados al análisis metódico de las acciones del FMLN se hacen también caracterizaciones y tipologías de personajes guerrilleros que, según su compromiso ideológico con la revolución, se dividen en: primero, los que ya hemos nombrado, los héroes que como Andrés Torres (Antonio), con su muerte ejemplar, son un modelo para seguir para los demás; segundo, los problemáticos, normalmente desde un punto de vista de género, o ideológico como Salvador Cayetano Carpio (Marcial) que acaba ordenando el asesinato de Mélida Anaya Montes (Ana María), la leyendaria líder de las FPL; tercero, los desertores como Mario que es un infiltrado que pasa rápidamente al otro lado; y, finalmente los traidores, Napoleón Romero (Miguel). Así como vemos el desarrollo del FMLN y aquel de la autora, también vemos la evolución de algunos de estos personajes que oscilan entre las categorías marcadas; para ilustrar se puede tomar el ejemplo del mismo Salvador Cayetano Carpio, personaje enigmático e insólito, que ocupa en determinados momentos del libro cada una de estas categorías.

Lorena Peña (2009:67) afirma que el “ambiente convulso de luchas más la represión en el país, iban ya obligándome a reflexionar sobre la situación económica, social y política de El Salvador y a tomar conciencia de que no podíamos permanecer indiferentes,” pero su integración en la lucha para cambios sociales no implicó la misma desfamiliarización y aculturación que habían convirtieron a Rigoberta y a Domitila en personas peculiares dentro de sus mismos colectivos. Efectivamente, a la vuelta a su barrio natal reconoce que “volvi[ó] a ser Lorena, pues en [su] cuadra nadie me llama Rebeca [según su antiguo nombre de guerra].” No obstante, lo que se marca en la narración de Peña son los sacrificios personales que tuvo que sufrir para poder seguir sirviendo la causa de la liberación eligiendo entre la guerrilla y la maternidad. Esto la diferencia netamente de muchas otras mujeres pero le crea también una posición privilegiada desde la que puede enunciar sus imputaciones sobre la discriminación de género tanto fuera como dentro de la guerrilla. Aún así, más que nada la narración de Peña da la sensación de estar leyendo sobre una persona redonda que es capaz de autocrítica e ironía: en relación con su papel de comandante cuenta por ejemplo que, a pesar de aprender algunas cosas básicas sobre la supervivencia en la selva, nunca dejó de caminar “‘a paso de Rebecca’, es decir despacio” (Peña 2009:123), mientras que durante su estancia en Vietnam dice que junto con su grupo “parecía[n] chipotes en las clases, contaba[n] chites, hacía[n] veladas nocturnas y [...] bailaba[n] enloquecidos” (Peña 2009:110).

Considero que Peña plantea la visión propia de los hechos que vivió como contradictoria a las noticias o historia oficial de la misma manera que Esteban Montejo. Simultáneamente se dan unas diferencias importantes entre los dos testimonios. Por un lado, hay varios testigos de los sucesos contados por Peña que siguen con vida, algunos de los cuales, como por ejemplo Schafik Handal (2007) y Salvador Sánchez Cerén ([2008]2009), han publicado sus propios libros referentes a la guerra civil de El Salvador, mientras que los hechos presenciados por Montejo habían sido superados y luego suprimidos ideológicamente por la Revolución del ‘59. Asimismo, comparado con *Biografía de un cimarrón* ([1966]1968) así como los demás testimonios mediatos discutidos más arriba que no logran el efecto de lo real a través de la fuerza del argumento etnográfico de ‘haber estado allí’ por parte de su gestor, el libro de Lorena Peña, que dice recoger directamente su voz, gana en términos de credibilidad visto que tiene razones políticas para no mantener secreto ninguno de los hechos relacionados con la opresión

sufrida por el pueblo a manos de sus Fuerzas Armadas. En este sentido, el hecho de haber sido testigo ocular de más de veinte años de actividad guerrillera la ubica en una posición privilegiada desde la que lucha continuamente en contra de la desinformación estatal. Así pues Peña usa sabiamente el secuestro de Inés Duarte, hija del presidente civil José Napoleón Duarte retenida por el FMLN en septiembre de 1985 para ser utilizada como canje humanitario, que, en su momento, hizo que muchos salvadoreños comprendieran la dimensión, ignorada hasta entonces, de la capacidad organizativa y militar de la guerrilla. Mientras que en aquel caso Peña (2009:137) cuenta que, por un lado, públicamente el gobierno anunciaba intentos de negociación para conseguir su liberación, a la vez que, por el otro, ella misma presenciaba bombardeos de las fuerzas aéreas en el cerro donde se sabía que estaba retenida la joven, en el capítulo final Peña (2009:235) advierte sobre la desinformación con respeto a las limitaciones del modelo neoliberal impuesto por los gobiernos de derecha más recientes que se supone que traerán el progreso y el bienestar. A raíz de estos dos ejemplos se puede concluir que Peña alude que su testimonio cumple ahora la misma función que cumplió aquel secuestro en su momento, eso es: “visibiliz[ar] lo que en realidad ocurría en el país” (Peña 2009:137).

La otra cara de la desinformación tiene que ver con la veracidad o la credibilidad de lo contado para el lector. Si comentábamos en una nota más arriba que siempre resulta más fácil creer cualquier información sobre aquello que no se tiene ningún tipo de conocimiento previo, en un país como El Salvador donde la polarización política es una de las más altas del mundo la respuesta del lector puede ser totalmente contraria. Así como pasa en Chile donde aquellos que integraron la clase gobernante durante la dictadura y no fueron tocados en lo personal por las ellas se resisten a dar creencia a estos ‘rumores’ sobre detenciones ilegales y ejecuciones extrajudiciales (Stern 2010:349), en El Salvador también hay quienes rehúsan creer que los excesos de los militares llegaron a la magnitud descrita por la Comisión de la Verdad (Rouquié ([1992]1994:333). Como respuesta a este hecho y a las posibles imputaciones que se le pueden hacer, aunque Peña nunca se plantea directamente el problema de la veracidad de lo que está contando, así como lo hacen los testimonios mediatos donde la voz del gestor suele intervenir desde la ‘ciencia’ para autenticar la narración, hace de su libro un el único de los analizados en este apartado que discute la diferencia entre hechos vividos y hechos contados por terceros. Por ejemplo cuando habla de una marcha de sindicalistas que fue masacrada por el Ejército en julio

de 1975, dice que fue “a ver pasar la marcha [pero] a la hora de la masacre no estaba allí, sólo vi pasar la manifestación” (Peña 2009:59). A diferencia de Pérez quien gastaba su propio capital autoritativo para garantizar la credibilidad de sus compañeros de cautividad, y especialmente aquella de Ingrid Betancourt, Lorena deja ver en varias situaciones como la acción traidora de algunos compañeros que mandaron información errónea llevó a desastres militares como aquel de 10 de enero de 1981 donde se tuvieron muchas bajas que acabaron convirtiendo aquello que se había planeado como la acción que derrocaría el gobierno a una catástrofe para el FMLN. Con esto, la autora pretende subrayar, según la lógica racional empleada por Montejo, *hay que ver para creer*.

Volviendo a los aspectos principales de nuestro análisis, a saber: el formato autobiográfico, la narrativización de los hechos, la mezcla de varios registros lingüísticos, la (ilusión de) oralidad, la (ilusión de) una cronología lineal, la referencia a una comunidad a un colectivo para el que funciona como agente, se podría decir que muchos de estos siguen centrales para el libro de Peña, que en realidad conserva intactos muchos de los elementos del testimonio anterior. Desde un punto de vista estructural el testimonio de Lorena Peña es el más similar a los testimonios analizados antes. Primero, se abre con una serie de presentaciones e introducciones por Roberto Lorenzana, Doris Tijerino e Iosu Perales que aspiran a conferirle al libro de Peña la autoridad necesaria que ‘autenticaría’ el contenido, según lo señalado por Sklodowska anteriormente. Con esto, se podría dar por supuesta la mezcla de registros lingüísticos, pero en realidad sólo dos de los tres introductores utilizan conceptos y estilos que recuerdan vagamente a lo que se ha visto en el primer testimonio. No obstante, ninguno de los pasajes que introducen el testimonio cumple la misma función que los prólogos de la primera ola puesto que en comparación con estos últimos abordaban básicamente temas metodológicos relacionados al proceso de creación del texto, los fragmentos introductorios del libro de Peña tienen propósitos más abstractos, a saber: integrar al testimonio de Peña en una tradición de escritura feminista precisando que “[e]ste libro no sólo describe la vida de Lorena, también sintetiza el testimonio de las mujeres revolucionarias salvadoreñas su heroísmo, su valentía, su entrega, su disposición al sacrificio y su indignación” (Lorenzana en Peña 2009:2) y aclarando que su testimonio es en realidad un renglón más de la lucha para los derechos de las mujeres (Tijerino en Peña 2009:8). La segunda semejanza se encuentra en que este testimonio se encarga de contar la historia de

vida de Lorena Peña en primera persona desde su nacimiento hasta el momento actual, es decir: siguiendo una cronología lineal. Su vida, como aquella de su grupo guerrillero y de sus conciudadanos, es altamente transformada por los cambios políticos de El Salvador de los últimos cincuenta años, con lo cual la historia del país aparece como un trasfondo dentro de la historia personal de la narradora-personaje. A veces, como Montejo, la testimoniante sale del orden normal cronológico para aportar reinterpretaciones a su historia de vida desde el momento presente.⁶⁵ Finalmente, se puede agregar que la función de agente de Peña es evidente en relación con su pasado guerrillero más allá de su larga afiliación al movimiento comentada más arriba. Se puede decir que el testimonio de Lorena intenta justificar, humanizando a sus miembros, el pasado de su grupo guerrillero ya que es bien sabido que la Comisión de la Verdad (1993:41) aseguraba que el FMLN había sido responsable de un 5% de los abusos de derechos humanos. Además, un libro como el de Peña viene a apoyar el éxito político futuro de su partido que, desde su creación a principios de los años 90, se va acercando poco a poco a controlar plenamente el Legislativo, quitándoles votos a los partidos tradicionales, ARENA y PCN. En términos elementales se podría decir que su testimonio pretende aseverar que una izquierda en el poder ya no es una izquierda peligrosa porque se ha asumido por completo las reglas y el arte de la “guerra electoral” (Peña 2009:236) y propone la unidad alrededor de los valores democráticos y la solidaridad.⁶⁶

⁶⁵ Por ejemplo cuando se refiere a la desaparición de su hermana Ana Margarita salta desde un tiempo pasado que describe la mayor parte de la narración a un presente: “La buscamos todo el tiempo, terminó la guerra y no apareció. Tenía siete meses de embarazo cuando la capturaron, tampoco supimos si su hijo o hija nació. Ni la Comisión de la Verdad, ni Pro búsqueda, encontraron su rastro. Sólo fue reconocida en el informe de la Comisión de la Verdad como una de las desaparecidas por tropas de la Primera Brigada de Infantería. Hasta hace muy poco en mi familia no la asumíamos como muerta. Sólo cuando su nombre fue puesto en el muro de los mártires que está en el Parque Cuscatlán, fuimos a llorarla, a enflorarla, a decirle su misa y asumimos que está junto a mis hermanos y mi papá en algún lugar acompañándonos. Ahí vamos a verla el 2 de noviembre, le dejamos sus flores y platicamos un rato” (Peña 2009:118).

⁶⁶ En este sentido además de algunos asuntos personales como por ejemplo las razones que llevaron a la separación de su segundo compañero Felipe que “no es el caso venir a contar a todo el mundo” (Peña 2009:124), se esconden algunos nombres de guerra, cosa que la autora asegura que es necesaria para no causar daño a sus compañeros de armas porque la derecha sigue siendo capaz de dañar físicamente a sus familias y las memorias de aquellos que han desaparecido. En vista de la campaña electoral que estaba en pleno desarrollo en el momento de la publicación del testimonio es importante destapar la influencia negativa que pueden tener los partidos ubicados hacia la derecha, directos seguidores de los opresores de la guerra civil, en la política futura del país. En el capítulo final se indican dos hechos: primero, que el apoyo dado por los repetidos gobiernos de derecha al neoliberalismo llevará con el tiempo a la reversión de los derechos civiles y políticos conquistados como consecuencia de la guerra y de los Acuerdos de Paz; segundo, que ARENA, como su fundador Roberto D’Aubuisson, identificado por la autora y por la Comisión de la Verdad (1993:188) como el autor intelectual del asesinato del Monseñor Óscar Romero, es una

4.2.3. *Cautiva: testimonio de un secuestro*⁶⁷

El testimonio de Clara Rojas es estructuralmente el más diferente de todos los que hemos analizado hasta ahora. Para la gran desilusión de Sklodowska, que encontraba que la fuerza ilocutoria de los apartados introductorios, glosarios y prólogos apoyaba el efecto de la verdad, este testimonio en particular no contiene ningún tipo de preámbulo que explique ni quien es Clara Rojas, ni quienes son las FARC, ni cuantos secuestrados, políticos o de cualquier otro tipo, hay mundialmente. Puesto que en todo testimonio se reconoce que la experiencia del narrador-protagonista arrojaría luz sólo sobre determinadas cuestiones relacionadas directamente a ella, la falta de estos datos objetivos convierte el libro de Rojas en un testimonio problemático. Lo que estábamos comentando más arriba sobre la vida realmente atípica del narrador-protagonista a pesar de ser éste presentado, especialmente en los textos de índole etnológico, como agente y arquetipo de su comunidad llega a ser elevado a la potencia diez en el caso Rojas cuya vida cambia radicalmente después del encierro en la selva. Al salir de su secuestro Clara Rojas se vio convertida en candidata involuntaria a la vicepresidencia de Colombia, impulsada por el partido de Ingrid Betancourt, Verde Oxygeno, algunos días después de su retención, fenómeno mediático y madre del hijo de un guerrillero que participó en su encierro. A causa de esto se podría concluir que el testimonio de Clara Rojas es concebido no como un libro que informara ni sobre la situación de los secuestrados en general, ni sobre el grupo particular del que Rojas formó parte durante más de seis años, sino que pretende más bien dar cuenta de la situación particular de Clara Rojas que, debido a su notoriedad pos-secuestro, se asume que el público lector quiere conocer.

fuerza inherentemente antidemocrática que está preparada a hacer cualquier cosa para mantenerse en el poder (Peña 2009:235-6).

⁶⁷ El libro de Clara Rojas describe su experiencia de secuestrada por las FARC entre 2002 y 2008. Este testimonio ha sido recibido con cierta frialdad dentro de Colombia ya que en realidad no agrega ninguna información nueva sobre su narradora-protagonista que complete lo que se dio a conocer en las conferencias de prensa post-liberación. Dividido en 32 capítulos, el libro usa la estrategia de focos temáticos para indagar en la vida de Rojas a la vez que mantiene una cronología casi recta a partir del día anterior a su secuestro. La visión que presenta sobre la guerrilla es algo diferente a lo que se podría esperar: aunque hay muchos que son crueles y desconsiderados con los rehenes políticos y militares, Rojas (2009:49) toma una actitud casi materna especialmente con aquellos que eran menores de edad y “están enseñados y acostumbrados a pensar que la única existencia posible y el único futuro reside en las FARC.” Por otro lado, el pronunciamiento aporósito del comandante del campamento donde tuvo su hijo son ambivalentes ya que “se obstinó en no entregar[la] a la Cruz Roja Internacional y en impedir el ingreso al campamento de algún miembro de esta organización para que [le] asistiera” a la vez que “se encargó a salvar[le] la vida y la de [su] hijo” (Rojas 2009:156-7).

Asimismo, al repasar el listado de técnicas narrativas que encontrábamos centrales para el primer testimonio, se podría afirmar que el libro de Clara Rojas se encuentra en antítesis total con casi todos. A pesar de mantener el formato autobiográfico como fundamento de su escritura y de emplear un registro lingüístico de carácter coloquial que puede provocar la impresión de oralidad, no se dan ni la narrativización de los hechos, ni la mezcla de varios registros lingüísticos y, finalmente, como decíamos, ni la referencia a una comunidad a un colectivo para el que funciona como agente. La (ilusión de) una cronología lineal es algo más difícil de descartar ya que dentro de la descripción de sus vivencias en la selva se mantiene una especie de estructura cronológica retrospectiva recta a partir de la que se va incidiendo en diferentes focos temáticos característicos al secuestro y la convivencia en la selva con los otros presos. Son estos ejes que aparecen como títulos de sus capítulos que enfocan la amistad, la fuga, las marchas etc. Sin embargo, lo que se puede señalar es que, visto que no se busca una explicación a largo plazo de las razones del secuestro, así como lo hacían Domitila de Chungara y Rigoberta Menchú en sus análisis de las razones subyacentes de su discriminación, sino que éste se ve más bien como un resultado de una decisión frustrada tampoco se ve como necesaria la conversión del testimonio en una historia de vida. Los detalles de la historia personal de la narradora, rememorados con nostalgia, se mezclan libremente con las vivencias de la selva. Así por ejemplo pasar la Navidad con la familia “comparti[endo] esas fechas con armonía, alegría, oración y platos especiales” (Rojas 2009:175) se contrasta con estar en la selva porque “[los guerrilleros] no celebran las navidades, quién sabe si porque nunca las han vivido, pero el caso es que ignoran completamente estas fechas y actúan como si no echaran en falta nada, ni a sus madres” (Rojas 2009:176). No obstante, la vida entera de la narradora-protagonista no aparece cronológicamente detallada en el libro así como pasaba con los primeros tres testimonios analizados más arriba, sino que el secuestro, que es el verdadero disparador del testimonio, representa el punto de partida de una reflexión más profunda sobre la vida de la narradora-protagonista que sigue adelante sin dar la oportunidad de indagar en la experiencia de vida previa.

Pese este interés que se supone que el lector tiene para la vida de una persona ya célebre, la información que éste obtiene leyendo el libro es escasa. La identidad del padre de su hijo y las circunstancias alrededor del nacimiento de éste último constituirían puntos neurálgicos para un

lector ya conocedor de la persona de Clara Rojas, pero la narración no revela nada insólito sobre ninguno de los dos. A propósito de su hijo, Rojas (2009:124) se declara consciente de las reconstrucciones de su historia en los que “se ha hablado de drama, de historia, de amor,” pero también advierte que todas estas especulaciones no tienen ningún fundamento. Aquí se da por primera vez una discordancia real en relación con el testimonio anterior porque si los protagonistas-narradores de la primera ola construían su capital simbólico sobre la eliminación de la frontera entre lo público y lo privado exhibiendo hasta lo más mínimo los trastornos que sufrieron en cuanto relaciones personales e integridad física y psíquica como resultado de los ultrajes del Estado, Rojas rechaza este procedimiento de una manera mucho más tajante que Peña (2009:124) que también esconde ciertos asuntos privados que considera que “no es el caso venir a contar a todo mundo.” Si es cierto que Clara hace un repaso de las humillaciones y de las dificultades a las que tuvo que enfrentarse mientras estuvo retenida, sobre la concepción de su hijo mantiene un total secreto porque “[le] corresponde decir a [ella] que se hace público sobre [su] historia y que no [y] [e]ste episodio es algo que pertenece exclusivamente a [su] esfera privada” (Rojas 2009:124). Relacionando estas palabras con la observación que hace más arriba sobre la falta de fundamento de las especulaciones que se han hecho sobre su vida sentimental en la selva, se podría decir que, invocando su identidad de víctima del secuestro, lo que quiere decir Clara Rojas es en realidad que tales especulaciones no tienen derecho a existir en ausencia de una autorización por su parte. Dorfman (1986:221), cuya idea es reelaborada más tarde desde otro ángulo por Rodríguez (2001:346), llega a la conclusión de que los testimonios de encarcelados políticos chilenos esconden el lado emocional de su detención porque tanto la cobardía como el heroísmo son indecentes en una situación en la que todos son víctimas de graves abusos y la victimización por parte del Estado es arbitraria e indiscriminada. Culpar a las víctimas por las maneras que encuentran para salir del sufrimiento que implica la detención, bien mediante chivatazo, bien mediante fraternización con el enemigo, es casi igual de indecente que culparlas por haber sido detenidas diciendo que se habían “metido en líos.” Por su parte, la víctima una vez convertida en testigo “no desea, a menudo, volver a enfrentar la minucia salvaje de lo que practicaron en su cuerpo. Toda víctima de una alucinante humillación, por mucho que la haya arrostrado valientemente, puede estimar que es preferible callar ciertos aspectos, cubrir cierta desnudez, no rememorar los límites de lo soportable” (Dorfman 1986:175-6). El ocultamiento de su historia completa manda la señal al lector que, a pesar de la ostentación

pública que ha sufrido desde el secuestro como una de los rehenes más notorios, no está preparada a hacer el mismo sacrificio desde la libertad.⁶⁸

Volviendo al tema de los registros lingüísticos, en el testimonio de Rojas el idioma es transparente, pero hay momentos en los que se introducen palabras que se pueden tachar de demasiado localistas como por ejemplo *panela*, *chonto*, *churria* que no se explican, pero que se deducen necesariamente del contexto. La diferencia no puede haber sido mayor entre este libro y *Biografía de un cimarrón* ([1966]1968) donde tanto el narrador-personaje como el gestor, a través del glosario final, se sienten obligados a dar todas las explicaciones necesarias para que el lector entienda la cultura del narrador, en ese caso, afrocubana. Por otro lado, como decíamos antes, como el testimonio de la primera ola se dirigía primordialmente a lectores de clase media-alta y, probablemente, extranjeros pero partía de narradores-personajes cuya otredad era pronunciada al ser éstos miembros de las clases populares, bien marginados sociales, bien indígenas y por ende integrantes de una tradición distinta a la dominante, la necesidad de elaborar sobre las costumbres locales era mayor. Lo que sí puede sugerir un vocabulario local es que el libro, a pesar de ser ya un bestseller internacional, así como lo anuncia su tapa, fue escrito con un público colombiano en mente, un público que es bien consciente de los trastornos causados por la guerra interna y se identifica con la mezcla de furia y melancolía de Rojas, y es conocedor de su vocabulario, con lo cual no le hace falta ninguna aclaración suplementaria. Además la impresión de verosimilitud dada por la transparencia y sencillez del lenguaje es apoyada en este el testimonio también cierta monotonía estética.

⁶⁸ El tema de los secretos es algo que surge en muchos testimonios ya que estos son textos concebidos con la intención de recuperar bien conocimiento sobre una época pasada a la que ya no se tiene acceso sino a través de algunos pocos individuos, así como es el caso de Esteban Montejo, pero también de los sobrevivientes de los campamentos de concentración, bien difundir conocimiento sobre sociedades o culturas marginales, así como son los casos de Rigoberta Menchú y Domitila Barrios de Chungara. Siguiendo a Sommer ([1995]1996:136) hay dos razones que llevan a que hechos determinados se mantengan secretos en el testimonio: primero, el lector no *debe* conocerlos: este sería el caso de los nombres de guerra que mantiene secretos Lorena Peña debido al continuo alto riesgo para las personas en causa y sus familias; segundo, el lector *no puede* conocerlos, como aquellos secretos 'culturales' que conserva Rigoberta Menchú, en virtud de los que marca la otredad del lector que no le permite comprender todo su mensaje. La diferencia entre los dos tipos de secreto es que mientras que en el primer caso el silencio es nombrado una vez y explicado de manera racional, en el segundo caso el silencio es una actuación de la diferencia que separa el lector/oyente del narrador/hablante que se repite varias veces para recordarle al primero su incapacidad. El gran secreto de Rojas se encuentra entre estas dos categorías: el lector no debe saberlo porque podría hipotéticamente dañar al padre de la criatura y quizá también la reputación de Rojas, pero más que nada el lector no puede saberlo porque el lector no puede saber que es la vida de un secuestrado. Después de haber sido secuestrada, algo esencial ha cambiado en Clara Rojas que la hace diferente del lector y, a pesar de todas las explicaciones dadas en su libro, es imposible que el lector la entienda realmente porque, pese todo el fondo de conocimiento que puede compartir con un ciudadano colombiano bogotano de clase media (alta), ella es otra.

5. Discusión final o ¿qué se queda, qué se va?

Al empezar este trabajo describíamos su objetivo principal como la delineación de manera esquemática de la relación de los testimonios latinoamericanos de fecha más reciente, es decir de la última década, con el testimonio producido entre las décadas de los sesenta y ochenta a base de las técnicas textuales y técnicas narrativas extraídas de las definiciones asociadas al primer testimonio. Como preámbulo del trabajo posterior sobre los textos testimoniales más recientes y viejos se proponía una revisión bibliográfica de las definiciones correspondientes al primer testimonio para lograr componer un listado de las técnicas y estrategias discursivas principales de este género. Esta investigación se hacía necesaria debido al alto número de definiciones que se produjeron en los años ochenta y noventa cuando el interés por el testimonio alcanzó su cumbre y al hecho de que estas definiciones habían sido asociadas con los más variados colores del espectro ideológico y teórico, algunos de los que, como por ejemplo el postmodernismo, se entenderían hoy en día como manipulaciones de los contenidos y objetivos del testimonio. En base de este trabajo inicial se esperaba poder determinar si se podía hablar de estrategias y técnicas narrativas que pertenecieran exclusivamente al testimonio y lo diferenciaran de otros géneros literarios, a saber: la autobiografía, el diario, la historia de vida. Obviamente, la pregunta que llevaba el mayor peso era la final que proponía averiguar si el testimonio de fecha más reciente conservaba las mismas estrategias discursivas y técnicas narrativas que los textos aparecidos a partir de los años sesenta en base de las cuales se podría hablar de un género literario único y cohesionado.

Un resultado importante de este trabajo es que ahora podemos decir con cierta seguridad lo que intuíamos ya en las primeras páginas del estudio, es decir: mientras que los narradores de la primera ola utilizaban el formato de la autobiografía junto con otras técnicas, como por ejemplo la oralidad y los registros lingüísticos oscilantes, que le agregaron de manera *ad hoc* para ‘seducir’ al lector dándole la impresión de estar experimentando lo real, los narradores de la segunda ola usan el ya establecido e institucionalizado formato del testimonio con la misma meta a pesar de que en realidad hay varios factores, como su origen social y la falta de una situación de emergencia real, que plantean sino cambios, por lo menos contradicciones serias en relación con el testimonio clásico. La palabra ‘institucionalizado’ que se utiliza a propósito del segundo testimonio no se debe de tomar a la ligera porque habla de hecho de dos realidades

paralelas: por un lado, apunta a que por lo general las características discursivas y técnicas narrativas de la primera ola se mantienen por lo general aunque varían en cuanto manera de expresión porque no son realmente necesarias; es más, en el apartado introductorio al nuevo testimonio planteábamos que era probable que los autores/narradores-protagonistas de la nueva ola utilizaran el formato testimonial, pese a las antinomias que introducen en su seno, debido a un deseo de identificarse de manera simbólica con las clases tradicionalmente desfavorecidas en Latinoamérica que empleaban este tipo de escritura; por otro lado, hablan de que, gracias a la ayuda de las instituciones de educación superior de los EE.UU., el testimonio tiene ahora un lugar asegurado en el canon literario y en la consciencia de cualquier joven que ha pasado por sus aulas. La popularidad del testimonio como herramienta de enseñanza en los EE.UU. de los ochenta y noventa está relacionada al reposicionamiento ideológico hacía la izquierda que se dio a partir de los años setenta y a la integración en la sociedad, en pie de igualdad, de grupos previamente desestimados, como los hispánicos, o latinoamericanos, que empiezan a llegar a EE.UU. masivamente en los años ochenta como refugiados o simplemente como inmigrantes ilegales, que lanzan firmes campañas en pro de la reevaluación del canon literario para incluir textos provenientes de las afueras del sistema literario tradicional occidental. Asimismo, debido al éxito verificable del testimonio, éste empieza a reproducirse, especialmente dentro de la izquierda centroamericana, utilizando el mismo esquema donde se combinan en diferentes cantidades y según el talento de su autor el formato autobiográfico acompañado de la referencia a una comunidad a un colectivo para el que el narrador-protagonista funciona como agente, la narrativización de los hechos, la mezcla de varios registros lingüísticos, la (ilusión de) oralidad y la (ilusión de) una cronología lineal.

No obstante, entre los dos testimonios se dan también una serie de diferencias importantes. Además de la diferencia en proveniencia social de sus respectivos autores que indicábamos más arriba, es obvio es que estas dos olas testimoniales pertenecen a épocas o momentos históricos distintos. La cantidad de testimonios producida en América Latina en la última década ha sido dramáticamente reducida porque la época en que vivimos es menos polémica y politizada a un nivel macrogeopolítico que los años setenta cuando el mundo bipolar obligaba tanto a los del llamado Tercer Mundo como a los del Primer Mundo a tomar una posición ideológica de un lado o de otro y hacer proselitismo para convertir a sus prójimos al camino 'justo.' Una vez que

Latinoamérica deja de ser el centro de interés e intervención directa militar y política estadounidense en los años noventa con el final de la Guerra Fría también bajó el grado de politización y enfrentamiento entre los dos lados nacionalmente.⁶⁹ Dorfman (1986) muestra de manera irrefutable que en el momento de su aparición, debido a la alta polarización de las fuerzas en Latinoamérica, la función primaria del testimonio era el proselitismo político, es decir: la conversión de opositores y la consolidación y fortalecimiento de la base de los ya afiliados al movimiento. Con esto, el aparato técnico literario del género había sido adaptado para corresponder a la necesaria falta de indagaciones emocionales que pudieran descubrir la cobardía u otras bajezas del narrador-protagonista o revelar la fragilidad interna del movimiento socialista y obstaculizar la incorporación de nuevos cadres de combate; en su primera fase, el testimonio ‘sectorial’ es una fusión de proyecciones para una sociedad futura igualitaria y un registro de agravios sufridos por sujetos revolucionarios heroicos de convicciones inmutables. En el segundo testimonio vemos, como ya se había establecido como regla a partir de los pseudo-testimonios o los testimonios escritos ya en los años ochenta y noventa por escritores profesionales,⁷⁰ más huellas de emoción, miedo y desconfianza de sí mismo y del camino justo.

Igualmente, el nivel de compromiso de la academia estadounidense con asuntos latinoamericanos y con el cambio social en esta región ha decaído en la última década. Si en los años setenta se podía hablar de una reorientación ideológica hacía la izquierda como resultado del creciente interés por los estudios de subalternidad, descendientes directos del movimiento anticolonial-marxista, llegando en el momento de su máxima influencia a mediados de los años

⁶⁹ No hay que dejar de recordar que en esta parte del mundo, y especialmente en Centroamérica, la Guerra Fría se había convertido en una guerra tradicional con dos lados fácilmente identificables y sustentados por ayuda internacional, a saber: las guerrillas eran apoyadas por los regímenes de izquierdas ya en poder por doquier y los gobiernos conservadores – por varios presidentes estadounidenses, a veces a espaldas de sus propios Congresos. Rouquié ([1992]1994:331) hace una de las estimaciones más bajas llegando a la cifra de 160 000 muertos en Centroamérica en década de los 90 y entre 2 y 3 millones de habitantes refugiados nacional e internacionalmente.

⁷⁰ Como hemos visto más arriba Beverley (1987:16) hace un listado que cataloga las tres vías tomadas por el *establishment* literario para adaptarse al éxito del testimonio. Conforme con este autor a partir de los años ochenta se publican: 1. novelas que son de hecho pseudo-testimonios como *El vampiro de la Colonia Roma* de Luis Zapata y *Un día de vida* de Manilo Argueta; 2. una preocupación por conseguir una presencia o voz testimonial como *Libro de Manuel* de Julio Cortazar y *Yo el Supremo* de Augusto Roa Bastos; 3. formas intermediarias entre el testimonio puro y una novela autorial como son *Operación masacre* de Rodolfo Walsh o *Canción de Raquel* de Miguel Barnet. Por su parte Dorfman (1986:198-220) analiza el libro del ya establecido autor chileno Hernán Valdés, *Tejas verdes*, publicado todavía bajo la dictadura que elabora narrativamente la detención de tres meses del autor en un campo de concentración. Dorfman (1986:194-5) contrasta este testimonio con aquellos escritos por militantes comunes de izquierda para llegar a la conclusión de que un autor profesional es capaz de eliminar del testimonio lo que él llama la monotonía estética que es el resultado de la capacidad limitada de los militantes de alejarse de los propósitos propagandísticos y de abstraerse de sus experiencias propias.

noventa a desafiar la necesidad de un canon literario inalterable, en la actualidad se puede hablar de un momento de confusión e inactividad posmodernista. Para concretar, todavía no se ha tomado consciencia del error epistemológico cometido al principio de la investigación sobre el testimonio cuando la pertenencia de muchos de los narradores-protagonistas a las clases tradicionalmente discriminadas en Latinoamérica invirtió el testimonio con cualidades míticas. En aquel momento se apostó a que el testimonio es el género que haría que, de acuerdo con la expresión empleada por Spivak (1988), el subalterno hablara, pero a pesar del vocabulario común de alteridad y marginalidad, no se debe dejar de tomar en cuenta que el testimonio está separado del discurso posmoderno y poscolonial a nivel epistemológico. Mientras que el testimonio necesita ser percibido principalmente como mimético para cumplir con su propósito de llevar a transformaciones sociales positivas, la escisión del significado y el significant que propone el postmodernismo llevaría a una completa inacción una vez asociada con el testimonio. En cuanto al poscolonialismo, hemos visto con el testimonio paradigmático *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador* que a pesar de las declaraciones de gestores prestigiosos como Harlow ([1991]1996:72) que se rigen según los principios ideológicos poscoloniales y avalan la naturaleza antiautoritaria de la relación narrador-protagonista con el intelectual solidario, la colaboración no se lleva a cabo casi nunca sin problemas. Mientras que en el caso de *Miguel Mármol...* se trataba del control final sobre el contenido de la publicación, en el caso de *Me llamo Rigoberta Menchú...* ([1983]2003) se ha tratado principalmente de una polémica apropiada de la verdadera autoría del libro.

Volviendo a la tema central del trabajo, es decir: las estrategias textuales y técnicas narrativas, resumiendo el resultado de la investigación sobre las definiciones se puede decir que las técnicas que hemos identificado son: el formato autobiográfico acompañado de la referencia a una comunidad a un colectivo para el que el narrador-protagonista funciona como agente, la narrativización en ascendente de los hechos, la mezcla de varios registros lingüísticos, la (ilusión de) oralidad, la (ilusión de) una cronología lineal no pertenecen de ninguna manera exclusivamente a este género (literario). Si en algún momento planteábamos que era posible que aunque las técnicas en si no fueran específicas al testimonio, su combinación lo fuera, a partir de los años noventa cuando se ha dado un movimiento doble en la sociología hacia la instrumentalización del arte en la comunicación de resultados científicos y hacia la utilización

de historias o narrativas personales para entender las motivaciones sociales y culturales de los individuos de actuar de determinada manera, se podría decir que hasta esta combinación específica de técnicas ha sido acaparada de a poco por otros medios. Por ejemplo una dirección en el desarrollo científico que es definitivamente relacionada al testimonio son los elementos de auto-reflexividad que dirigen la atención del investigador hacia su propia influencia sobre los sujetos del estudio. Estos aspectos han sido introducidos a través de la antropología, la disciplina académica que más trabajó con testimonios en una primera fase, en los años ochenta a las demás ciencias sociales que luego empezaron a deshacerse de a poco de su vocabulario de neutralidad que habían previamente absorbido de las ciencias duras. Además, como recordábamos arriba, conforme con Beverley (1987:16) la literatura profesional ha reaccionado al éxito del testimonio integrando cada vez más una ‘voz testimonial’ en la escritura. Estas dos trayectorias paralelas hacen dudar que al testimonio le quede algún fundamento válido de individualidad para llamarse género narrativo.

Asimismo hasta en la percepción de los críticos, no son estas técnicas narrativas el elemento principal que consigue diferenciar al testimonio como género literario de los otras variedades literarias o científicas, sino que se trata más bien de los elementos paratextuales. Lo que podríamos calificar como elementos paratextuales son de dos tipos: primero, aquellos que vienen en forma de apartados introductorios que describen la metodología empleada y la intencionalidad del texto, según lo discute principalmente Sklodowska (1992) pero también Azougarh (1996); segundo, en cierto sentido, el origen social bajo del narrador-protagonista, un elemento considerado por Nance (2006) como distintivo del testimonio porque altera la condición positiva no-contestataria de la autobiografía. Estos dos factores que pueden parecer algo rebuscados arrojan luz sobre un problema incómodo en relación con el testimonio: los autores y críticos que trabajan sobre este género están empeñados en verlo de una manera *esencialista*, es decir: consideran que su singularidad es *innegable* debido a estos elementos paratextuales e ignoran la creciente confusión que se da entre los géneros testimonio, autobiografía, diario, historia de vida y narración personal con fines sociológicos o históricos. Basado en lo que hemos visto del nuevo testimonio, donde la proveniencia social de los narradores-protagonistas sube de nivel, se puede confirmar la opinión presentada más arriba por Chávez (2005:58) quien aseguraba que el formato que asume el testimonio es nada más que un

vehículo momentáneo que se conserva en la medida en que respalda sus objetivos políticos. Visto que el origen social de los tres testimoniantes seleccionados para la última parte de este trabajo no es tan diferente del de sus gestores y además se supone no ser tan diferente del de su posible lector, las explicaciones que se consideran necesarias para minimizar el intervalo de conocimiento entre el lector y el narrador se reducen al igual que la aculturación del personaje-narrador anteriormente tenía que adaptarse la cultura dominante occidental (de su país) para ganar acceso a los canales de publicación. Por lo tal, se elimina casi totalmente un elemento que los críticos posmodernos valoraban positivamente en el testimonio de la primera ola, eso es: la hibridez que era el resultado directo de la colaboración y la combinación de la autoridad del narrador-protagonista y el gestor del texto.

Referente a objetivos políticos se puede atraer la atención sobre otra dos diferencias entre el testimonio clásico y la nueva ola relacionada al hecho de que en comparación con el testimonio clásico el nuevo testimonio, como el testimonio de Esteban Montejo, elabora sobre acontecimientos acabados desde una situación de relativa seguridad para sus narradores-protagonistas. Estas dos disimilitudes ya se adivinaban en la escisión que señalábamos entre testimonios denunciadores como el de Rigoberta Menchú y los que como el de Esteban Montejo se podían describir más bien como siguiendo el modelo etnológico. Primero, la ambición de cambiar la sociedad de manera radical, inherente al primer testimonio, es mucho más reducida en la segunda ola donde, a pesar de reconocerse la necesidad de transformaciones socio-políticas, éstas mismas son siempre identificables y relacionadas de manera concreta a la vida y experiencia personal del protagonista. Segundo, la correspondencia en términos de técnica narrativa de esto, es que la narrativización de los hechos en ascendente, con la situación poniéndose cada vez más grave esperando que el desenlace se realice con la intervención del lector, es casi eliminada en la segunda ola. Si Dorfman (1986:181) decía que en el primer testimonio el recuerdo cumple dos funciones principales, a saber: acusar a los verdugos y/o animar a los otros combatientes en medio de un repliegue, excluyendo el caso particular de Lorena Peña, parece que la nueva ola testimonial sólo cumple la primera porque sus narradores-protagonistas están mucho más preocupados con la creación de un nuevo papel social para sí mismos una vez en libertad que cumplir una función de agente de cambio.

Con todo, hemos mostrado que algunas de las técnicas identificadas como por ejemplo la cuestión de la mezcla de registros lingüísticos, llamada también registro lingüístico oscilante, siguen presentes especialmente en el testimonio de Luis Eladio Pérez (2008) aunque esta vez cambian de grado y función. Si en el primer testimonio la mezcla era el resultado de una intención autorizadora y veredictiva por parte del gestor que utilizaba un registro culto-científico para añadirle fuerza al registro informal del narrador-protagonista que cumplía en sí la función de hacer transparente o borrar el lenguaje para permitir el acceso directo a los hechos, en el segundo testimonio los registros cambian conforme con el público al que se está dirigiendo el testimoniante. Esto indicaría que los registros oscilantes no son forzosamente una consecuencia de la colaboración gestor-narrador-protagonista. La (ilusión de) oralidad se mantiene también como otro elemento del testimonio de la segunda ola aunque con la diferencia sensible de que el lenguaje, cuando encaja en el registro informal se vuelve mucho más local y, por lo tal, también más fácil de digerir para un lector nacional. Debido a la prevalencia de este tipo de lenguaje, se podría decir que si el público del primer testimonio se suponía ser un público internacional que pudiera intervenir presionando su propio gobierno u organizaciones non-gubernamentales internacionales para conseguir mejoras sociales para el grupo que representaba el agente, el público del nuevo testimonio es definitivamente uno nacional. Mientras que Lorena Peña espera convencer al electorado de su país que el FMLN, ahora partido político, no representa un riesgo de rotura democrática y que la lucha armada que lideró en los años ochenta fue necesaria por culpa de los ataques de las fuerzas gubernamentales del momento, Rojas y Pérez intentan producir suficiente presión a través de sus lectores para motivar medidas concretas por parte de los gobernantes de su propio país para eliminar el mal del secuestro.

También se mantiene en el segundo testimonio el formato autobiográfico acompañado de la referencia a una comunidad a un colectivo para el que el narrador-protagonista funciona como agente, pero esta vez, por lo menos en el caso de los testimonios de secuestrados es mucho más difícil para el narrador constituir el grupo de los retenidos como una comunidad aparte o, para decirlo de alguna manera, particular. Como decíamos antes, los narradores-protagonistas del testimonio de la primera ola construían narrativamente su identidad en base de una condición social, a saber: obrero, o étnica, a saber: maya, preexistente a los abusos que reclamaban por parte de los poderosos de su país, y era en base de esta inclusión preexistente a un colectivo

determinado que pedían que mejoraran sus situaciones de vida. Los autores de la nueva ola tienen dificultades para constituirse narrativamente como miembros integrantes de determinadas comunidades porque efectivamente necesitan de la acción de sus agresores que los retienen como prisioneros en la selva para llegar a serlo. Además tienen problemas para autodescribirse como representativos para su grupo. Para concretar, mientras que Rigoberta Menchú afirma al principio de su testimonio que su situación personal engloba toda la realidad del pueblo guatemalteco (Burgos [1983]2003:21), ninguno de estos tres narradores puede afirmar ser una persona común y corriente cuya experiencia de vida y sufrimiento personal es duplicada en otras miles de vidas de sus connacionales a pesar de haber absorbido en sus vidas personales toda la historia de sus países. Tómese por ejemplo Lorena Peña, la salvadoreña con una participación de más de treinta años en los movimientos opositores, que llega a ser comandante del FMLN: Peña tiene una trayectoria política que le confiere conocimiento privilegiado que es imposible de repetir por otra persona de su momento histórico aunque sí es posible que en el plan emocional, dominado por la pérdida de su padre y de sus hermanos, y en un plan social, dominado por su origen de una clase media (baja), su vida sea idéntica a muchos otros salvadoreños. Considero que este elemento paratextual que concierne al protagonista, es decir: su función social importante anterior al acto de habla testimonial, es una característica fundamental de esta nueva ola que contradice uno de los preceptos básicos que aseguraban la individualidad del testimonio como género narrativo.

La cohesión del género testimonial, si es que se pudo hablar del testimonio como género narrativo en algún momento, no es amenazada por la ausencia o debilitamiento de algunas técnicas narrativas aquí indicadas, sino que tiene más bien que ver con la desaparición de aquellos elementos paratextuales identificados por los críticos como esenciales en la primera ola. Los narradores-personajes del nuevo testimonio son identificables por el lector informado *previamente* a la publicación del texto y es el reconocimiento de sus nombres y apellidos que motiva la lectura. Además, las narraciones de los nuevos testimonialistas no presentan de manera necesaria la misma estructura con fragmentos introductorios que autentifican o validan la voz narrativa del testimonialista porque, así como pasaba con la autobiografía de personas famosas escrita por negritos, la relación de poder es muy diferente. Clara Rojas, Lorena Peña y Luis Eladio Pérez, como las estrellas o los héroes por doquier, *poseen* una historia de vida y

pueden elegir libremente entre sus posibles colaboradores, mientras que ejemplos de Rigoberta Menchú y Domitila Barrios de Chungara han miles ya y llegan a ser conocidos exclusivamente a través de las publicaciones de sus etnógrafos que son su canal de acceso al lector. Aunque testimonios sobre las clases marginadas siguen escribiéndose con o sin la ayuda de etnógrafos y sociólogos en América Latina, el género parece haber sido captado por personas de renombre, desdibujando de esta manera cada vez más la distinción entre la autobiografía y el testimonio como textos referenciales. Se ha producido un cambio extraordinario desde los años ochenta cuando Dorfman (1986:186-8) escribía que debido a su función de agente el narrador-protagonista se esfuerza por hacer contar en su testimonio las memorias de todos sus compañeros, haciendo que “los [mismos] autores que escriben sus memorias [sean] intercambiables.” Ahora se trata de autores que, debido a su cargo político, conjugan conocimiento privilegiado con autoridad social para narrar, autoridad que ya no les llega desde fuera en la persona de un etnólogo o sociólogo. De ahí que, al eliminar los dos elementos paratextuales que conforme con los críticos que se han ocupado del testimonio clásico, le conferían su especificidad al testimonio, la pregunta sobre si este tipo de escritura es o no un género se tiene que contestar en negativo.

Para terminar se quieren discutir brevemente las complicaciones interpretativas que surgen de la concentración en la segunda ola sobre El Salvador y Colombia que es la consecuencia de la excelente disponibilidad de estas fuentes. Mientras que los tres textos seleccionados como ejemplos del primer testimonio eran todos testimonios mediatos y suponían el problema de una oralidad excesiva, de los tres testimonios incluidos aquí dos provienen de Colombia y uno de El Salvador. Con una guerra civil de más de diez años y una represión que dura casi medio siglo, El Salvador, como casi todos los países centroamericanos, tiene una tradición extensa de testimonios relacionada a ellas. Nance (2006:167-178) rinde cuenta de algunos de estos testimonios en su apéndice y es ella también quien afirma que la mayoría de estos libros son escritos directamente o en colaboración con gestor por mujeres revolucionarias. De esta tradición y de la amistad con Doris Tijerino, autora de un testimonio sobre la vida en cárceles somocistas, se alimenta Lorena Peña, revolucionaria salvadoreña, para la que la temática de género llega a ser un elemento central de su obra (política). Esta tradición junto con su condición de mujer discriminada hasta en el trabajo revolucionario son seguramente las dos

motivaciones principales que hacen que Peña elija el formato testimonial porque, así como argumentábamos más arriba, quiere identificarse textualmente con las clases sociales marginadas que fueron las fuentes del primer testimonio a la vez que quiere indicar que sus experiencias son reales y vividas por ella misma. Visto que los textos de las mujeres revolucionarias centroamericanas Eugenia, Karin Lievens, María Teresa Tula y Ana Guadalupe Martínez se pueden adquirir fácilmente no es improbable que estos mismos textos hayan sido la inspiración de las técnicas empleadas por Peña en su propia producción. De hecho, en los pasajes introductorios dos de los prologuistas se comprometen a integrar el testimonio de Peña en una tradición de escritura feminista precisando que el libro no describe sólo la vida personal de Peña sino que además “sintetiza el testimonio de las mujeres revolucionarias salvadoreñas su heroísmo, su valentía, su entrega, su disposición al sacrificio y su indignación” (Lorenzana en Peña 2009:2) y aclarar que su testimonio es en realidad un renglón más de la lucha para los derechos de las mujeres (Tijerino en Peña 2009:8). En cierto sentido, lo mismo se puede decir por los textos de Rojas y Pérez que parecen espejarse mutuamente más allá de constituir respuestas a acusaciones que se lanzan entre sí los autores. En los dos se observa la dificultad con la que se articulan como agentes del grupo de secuestrados, en los dos se observa el lenguaje local con registros oscilantes, pero casi transparente en su sencillez, en los dos se observa la cronología casi lineal. Es imposible que autores que comparten el espacio cultural y social de una literatura nacional y el espacio físico de un país no tengan influencia el uno sobre el otro. Si en El Salvador existe un género guerrillero a partir de los años ochenta, en Colombia la literatura de secuestro llega a ser un género importante en los últimos cinco años en los que una serie de rehenes importante han sido liberados y escrito libros sobre sus experiencias. Mientras que por un lado es completamente posible que los autores de estos textos se instruyan entre sí sobre maneras de dramatizar sus vivencias y es de esperar que en algunos años la narrativa de secuestro llegue a ser igual de “institucionalizada” como lo es el testimonio en este momento, tenemos que plantear como posibilidad también el hecho de que el subtítulo de testimonio sea agregado sólo con intenciones de simbolismo, o digámoslo, publicitarios, sin hacer ninguna referencia real a la escritura testimonial de las décadas anteriores con la que entran en antítesis de las maneras que hemos indicado.

6. Bibliografía

- Achugar, Hugo. (1992). "Historias paralelas/historias ejemplares: La historia y la voz del otro". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Vol. 36, pp. 49-71
- Aceituno, Luis. ([1999]2001). "Arturo Taracena Breaks His Silence" en Arias, Arturo (comp.). *The Rigoberta Menchú Controversy*. Minneapolis: University of Minnesota Press, pp. 82-94
- Ahren Fechter, Sharon. (1996). "The Testimony of Rigoberta Menchú in the Foreign Language Curriculum" en Carey-Webb, Allen y Stephen Benz. (comps.). *Teaching and Testimony. Rigoberta Menchú and the North American Classroom*, Albany: State University of New York Press, pp. 113-120
- Álvarez López, Esther. (1999). "Native American Women Speak: Auto/Biographies, Identities and the (Author/ized) Ethnic Self" en Manzanos, Ana María y Jesús Benito (comps.) *Narratives of Resistance: Literature and Ethnicity in the United States and the Caribbean*, Cuenca: Ediciones de la Universidad Castilla-La Mancha, pp. 259-278
- Arias, Arturo. (2001). "Authoring Ethnicized Subjects: Rigoberta Menchu and the Performative Production of the Subaltern Self". *PMLA*, Vol. 116, No. 1, pp. 75-88
- Auslander, Philip. (2004). "Postmodernism and Performance" en Connor, Steven (comp.). *The Cambridge Companion to Postmodernism*, Cambridge: Cambridge University Press
- Avant-Mier, Roberto y Hasian Jr., Marouf A. (2008). "Communicating "Truth": Testimonio, Vernacular Voices, and The Rigoberta Menchú Controversy". *The Communication Review*, Vol. 11, No. 4, pp. 323-345
- Azougarh, Abdeslam. (1996). *Miguel Barnet: rescate e invención de la memoria*, Ginebra: Editions Slatkine
- Barnet, Miguel. ([1966]1968). *Biografía de un cimarrón*, Buenos Aires: Editorial Galerna
- Barnet, Miguel. ([1984]1989). *La vida real*, Madrid: Alianza Editorial
- Beverley, John. (1987). "Anatomía del testimonio". *Revista de crítica literaria latinoamericana*, Año XIII, No. 25, pp. 7-16
- Beverley, John. (1993). *Against Literature*, Londres y Minneapolis: University of Minnesota Press
- Beverley, John. ([1989]1996). "The Margin at the Center: On Testimonio" en Gugelberger, Georg M. (comp.). *The Real Thing. Testimonial Discourse and Latin America*, Durham y Londres: Duke University Press
- Beverley, John. (2004). *Testimonio: on the Politics of Truth*, Londres y Minneapolis: University of Minnesota Press
- Bradbury Huang, Elizabeth. (2010). "What Is Good Action Research? Why the Resurgent Interest?". *Action Research*, Vol. 8, No. 1, pp. 93-109

- Burgos, Elizabeth. (1999). "The Story of a Testimonio". *Latin American Perspectives*, Vol. 26, No. 6, pp. 53-63
- Burgos, Elizabeth. (2001). "Memoria, transmisión e imagen del cuerpo" en Morales, Mario Roberto (comp.). *Stoll-Menchú: la invención de la memoria*. Guatemala: Consucultura
- Burgos, Elizabeth. ([1983]2003). *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*. México D.F.: Siglo XXI Editores
- Bustos, Guillermo. (2010). "La irrupción del testimonio en América Latina: intersecciones entre historia y memoria". *Historia crítica*, No. 40, pp. 10-19
- Carey-Webb, Allen. (2001). "Teaching, Testimony, and Truth. Rigoberta Menchú's Credibility in the North American Classroom" en Arias, Arturo (comp.). *The Rigoberta Menchú Controversy*. Minneapolis: University of Minnesota Press, pp. 309-330
- Casa de las Américas. (2010). "Casa Dentro". [Documento en línea]. Disponible desde Internet en: Formato HTML en: <http://www.casadelasamericas.com/casadentro.htm>
- Chávez, José G. (2005). "Génesis y desarrollo del testimonio latinoamericano contemporáneo". *Memoria: XIX Coloquio de Literatura Mexicana e Hispanoamericana*, Hermosillo, Sonora: Universidad de Sonora, pp. 53-64
- Collins, Catherine Ann y Varas, Patricia. (1996) "The Freshman Experience at Williamette University: Teaching and Learning with Rigoberta Menchú" en Carey-Webb, Allen y Stephen Benz (comps.). *Teaching and Testimony. Rigoberta Menchú and the North American Classroom*, Albany: State University of New York Press, pp. 133-148
- Comisión de Verdad. (1993). *De la locura a la esperanza: la guerra de 12 años en El Salvador*, Editorial DEI: San José
- Cruz Varela, María Elena. (2001). *Dios en las cárceles de Cuba*, Miami: Ediciones Universal
- Dorfman, Ariel. (1986). "Código político y código literario: el género testimonio en Chile hoy" en Jara, Vidal y Hernan Vidal (comps.) *Testimonio y literatura*, Minneapolis, MN: Institute for the Study of Ideologies and Literature, pp. 170-234
- D'Souza, Dinesh. ([1991]1992). "Travels with Rigoberta. Multiculturalism at Stanford" en *Illiberal education. The Politics of Race and Sex on campus*. New York: Vintage, pp. 59-93
- Duchesne Winter, Juan. (1992). *Narraciones de testimonio en América Latina: cinco estudios*. San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico
- Fontana, Andrea y Frey, James H. (2005): 'The Interview: From Neutral Stance to Political Involvement' en Norman K. Denzin y Yvonna S. Lincoln. (comps.). *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks y London: Sage Publications, pp. 695-728.

Fernández, Lucila. (1978). "El testimonio en la Revolución". *Revista de la Universidad de la Habana*, Vol. 207, pp. 187-191

Fonseca, Alberto. (2009). *Cuando llovió dinero en Macondo: Literatura y narcotráfico en Colombia y México*. Tesis doctoral. Universidad de Kansas. [Documento en línea]. Disponible desde Internet en: Formato PDF en: http://kuscholarworks.ku.edu/dspace/bitstream/1808/5646/1/Fonseca_ku_0099D_10395_DATA_1.pdf

de la Fuente, Alejandro. (2000). "Race, Ideology, and Culture in Cuba: Recent Scholarship". *Latin American Research Review*, Vol. 35, No. 3, pp. 199-210

Gardner, Nathaniel E. (2006). "The Extraordinary Subaltern: *Testimonio Latinoamericano* and Representation". *Hipertexto*, No. 4, pp. 36-49

Giardinelli, Mempo. (1989). "Novela, testimonio y Non-Fiction Novel: una opinión". *Puro Cuento*, Vol. 16, pp. 28-31

Geertz, Clifford. (1988). *Works and Lives. The Anthropologist as Author*. Cambridge: Polity Press

Gubrium, Jaber F. y Holstein, James A. (2001): "From the Individual Interview to the Interview Society" en Jaber F. Gubrium y James A. Holstein (comps.) *Handbook of Interview Research*, Thousand Oaks: Sage Publications, pp. 3-32

Gugelberger, George y Kearney, Michael. (1991). "Voices for the Voiceless: Testimonial Literature in Latin America". *Latin American Perspectives*, Vol. 18, No. 3, pp. 3-14

Gugelberger, Georg M. ([1995]1996). "Introduction" en Gugelberger, Georg M. (comp.). *The Real Thing. Testimonial Discourse and Latin America*, Durham y Londres: Duke University Press, pp. 1-22

Gugelberger, Georg M. (1999). "Stollwerk or Bulwark? David Meets Goliath and the Continuation of the Testimonio Debate". *Latin American Perspectives*, Vol. 26, No. 6, pp. 47-52

Guerra, Jonnie G. y Ahern Fechter, Sharon (1996). "Rigoberta Menchú's Testimony as Required First-Year Reading" en Carey-Webb, Allen y Stephen Benz (comps.). *Teaching and Testimony. Rigoberta Menchú and the North American Classroom*, Albany: State University of New York Press, pp. 261-270

Handal, Schafik. (2007). *Una guerra para construir la paz*, México D.F.: Ocean Sur

Harlow, Barbara. ([1991]1996). "Testimonio and Survival: Roque Daltón's Miguel Marmol" en Gugelberger, Georg M. (comp.). *The Real Thing. Testimonial Discourse and Latin America*, Durham y Londres: Duke University Press, pp. 70-83

- Harlow, Barbara. (1996^a). "Habeas Corpus: Roque Dalton and the Politics of Amnesty in El Salvador" en Harlow, Barbara. (comp.). *After Lives. Legacies of Revolutionary Writing*. Londres y Nueva York: Verso
- Jones, Robin. (1996). "Having to Read a Book about Oppression: Encountering Rigoberta Menchú's Testimony in Boulder, Colorado" en Carey-Webb, Allen y Stephen Benz (comps.). *Teaching and Testimony. Rigoberta Menchú and the North American Classroom*, Albany: State University of New York Press, pp. 149-162
- Jakobson, Roman. (1987). "Linguistics and Poetics" en Jakobson, Roman (comp.). *Language in Literature*, Boston: Harvard University Press, pp. 62- 95
- Lejeune, Philippe. (1989). "The Autobiography of Those Who Don't Write" en Lejeune, Philippe. (comp.) *On Autobiography*, Minneapolis: University of Minnesota Press, pp. 185-215
- Lejeune, Philippe. (1989^a). "The Autobiographical Pact" en Lejeune, Philippe. (comp.) *On Autobiography*, Minneapolis: University of Minnesota Press, pp. 3-30
- Lovell, George W. y Lutz, Christopher E. (2001). "The Primacy of Larger Truths" en Arias, Arturo (comp.). *The Rigoberta Menchú Controversy*. Minneapolis: University of Minnesota Press, pp. 171-197
- Luis, William. (1989). "The Politics of Memory and Miguel Barnet's The Autobiography of a Run Away Slave". *MLN*, Vol. 104, No. 2, pp. 475-491
- Maynes, Mary Jo, Pierce, Jennifer L. y Laslett, Barbara.(2008). *Telling Stories: the Use of Personal Narratives in the Social Sciences and History*. New York: Cornell University Press
- McLaren, Peter y Pinkney-Pastrana, Jill. (2000). "The Search for the Complicit Native: Epistemic Violence, Historical Amnesia, and the Anthropologist as Ideologue of Empire". *Qualitative Studies in Education*, Vol. 13, No 2, pp. 163-184
- Moneyhun, Clyde. (1996). "Not Just Plain English. Teaching Critical Reading with *I, Rigoberta Menchú*" en Carey-Webb, Allen y Stephen Benz (comps.). *Teaching and Testimony. Rigoberta Menchú and the North American Classroom*, Albany: State University of New York Press, pp. 237-246
- Nance, Kimberly A. (2006). *Can Literature Promote Justice?: Trauma Narrative and Social Action in Latin American Testimonio*, Nashville: Vanderbilt University Press
- Niemi, Reetta, Hannu L. T. Heikkinen, Lasse Kannas. (2010). "Polyphony in the Classroom: Reporting Narrative Action Research Reflexively". *Educational Action Research*, Vol. 18, No. 2, pp. 137-149
- Patai, Daphne. (2001). "Whose Truth? Iconicity and Accuracy in the World of Testimonial Literature" en Arias, Arturo (comp.). *The Rigoberta Menchú Controversy*. Minneapolis: University of Minnesota Press, pp. 270-287

Pellón, Gustavo. (1996). "The Spanish American Novel: Recent Developments, 1975 to 1990" en González Echevarría, Roberto y Enrique Pupo-Walker (comps.). *The Cambridge History of Latin American Literature*, Vol. 2, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 279-302

Peña, Lorena. (2009). *Retazos de mi vida: testimonio de una revolucionaria salvadoreña*, México D.F.: Ocean Sur

Pérez, Luis Eladio. (2008). *7 años secuestrado por las FARC*, Bogotá: Aguilar

Pérez Sánchez, Luis. (2010). "El Coro en la tragedia griega clásica: Edipo Rey de Sófocles" [Documento en línea]. Disponible desde Internet en: Formato PDF en: http://www.elcantodelamusa.com/docs/2010/febrero/doc5_sofocles.pdf, pp. 1-15

Petersen, Judith E. (1996) "Literature from the Land Between: A High School Unit on Central American Literature" en Carey-Webb, Allen y Stephen Benz (comps.). *Teaching and Testimony. Rigoberta Menchú and the North American Classroom*, Albany: State University of New York Press, pp. 105-112

Pratt, Mary Louise. (1996). "Me llamo Rigoberta Menchú. Autoethnography and the Recording of Citizenship" en Carey-Webb, Allen y Stephen Benz (comps.). *Teaching and Testimony. Rigoberta Menchú and the North American Classroom*, Albany: State University of New York Press, pp. 57-72

Reinharz, Shulamit y Chase, Susan E. (2001): 'Interviewing Women' en Jaber F. Gubrium y James A. Holstein. (comps.). *Handbook of Interview Research*, Thousand Oaks: Sage Publications, pp. 221-238.

Riccio, Alessandra. (1991). "La novela-testimonio: una provocación. Lo testimonial y la novela-testimonio. El pacto testimonial". *Anales de literatura hispanoamericana*, No. 2, Ediciones de la Universidad Complutense, Madrid

Rivero, Eliana S.. (1991). "Testimonial Literature and Conversations as Literary Discourse: Cuba and Nicaragua". *Latin American Perspectives*, Vol. 18, No. 3, pp. 69-79

Rodríguez, Ileana. (2001) "Between Silence and Lies" en Arias, Arturo (comp.). *The Rigoberta Menchú Controversy*. Minneapolis: University of Minnesota Press, pp. 332-350

Rodríguez Ruíz, Jaime Alejandro. (2009). "El testimonio: voz popular en busca de forma". [Documento en línea]. Disponible desde Internet en: Formato HTML en: <http://recursostic.javeriana.edu.co/multiblogs2/culturapopular/category/3-literatura-testimonial/>

Rojas, Clara. (2009). *Cautiva: testimonio de un secuestro*, Nueva York: Atria Español

Rouquié, Alain. ([1992]1994). *Guerras y paz en América Central*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica

Rubin, Herbert J. y Rubin, Irene S. (1995). *Qualitative Interviewing. The Art of Hearing Data*. Thousand Oaks: Sage Publications

Semana.com. (2010). “Con las nuevas liberaciones, lista de canjeables de las FARC se reduce” [Documento en línea]. Disponible desde Internet en: Formato HTML en: <http://www.semana.com/noticias-nacion/nuevas-liberaciones-lista-canjeables-farc-reduce/140313.aspx>

Sánchez Cerén, Salvador. ([2008]2009). *Con sueños se escribe la vida: autobiografía de un revolucionario salvadoreño*, México D.F.: Ocean Sur

Skłodowska, Elzbieta. (1992). *Testimonio hispanoamericano. Historia, teoría, poética*. Nueva York: Peter Lang Publishing Inc.

Sommer, Doris ([1995]1996), “No Secrets” en Gugelberger, Georg M. (comp.). *The Real Thing. Testimonial Discourse and Latin America*, Durham y London: Duke University Press

Sommer, Doris. (2001). “Las Casas Lies and Other Language Games” en Arias, Arturo (comp.). *The Rigoberta Menchú Controversy*. Minneapolis: University of Minnesota Press, pp. 237-250

Souaidia, Habib. ([2001]2002). *La guerra sucia: el testimonio de un exoficial de ejército argelino*, Barcelona: Ediciones B

Spivak, Gayatri Chakravorty. (1988). “Can the Subaltern Speak?” en Nelson, Cary y Lawrence Grossberg. (comps.). *Marxism and the Interpretation of Culture*, London: Macmillan [Documento en línea]. Disponible desde Internet en: Formato HTML en: http://www.mcgill.ca/files/crc-law-discourse/Can_the_subaltern_speak.pdf

Stern, Steve J. (2010). *Reckoning with Pinochet. The Memory Question in Democratic Chile, 1989-2006*, Durham y Londres: Duke University Press

Stoll, David. ([1999]2008). *Rigoberta Menchú and the Story of All Poor Guatemalans*, Boulder: Westview Press

Stromquist, Nelly P. (2000). “On Truth, Voice and Qualitative Research”. *Qualitative Studies in Education*, Vol. 13, No. 2, pp. 139-152

Twiss, Sumner B. (2010). “Can a Perpetrator Write a Testimonio”. *Journal of Religious Ethics*, Vol. 38, No. 1, pp. 5-42

Valles Calatrava, José R. (2008). *Teoría de la narrativa. Una perspectiva sistemática*, Madrid: Iberoamericana

Verbitsky, Horacio. (1995). *El vuelo*, Buenos Aires: Grupo Editorial Planeta

Viezzler, Moema. ([1977]2004). ‘Si me permiten hablar...’ *Testimonio de Domitila una mujer de las minas de Bolivia*, México D.F.: Siglo XXI Editores

Volek, Emil. (1992). “Hecho/documento/ficción: testimonio, crónicas, el contexto como autor y otras trampas de la fe”. *Actas de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Juan Villegas (comp.) Irvine, University of California Press, pp. 301-308

Volek, Emil. (2001). “Ídolos rotos” en Morales, Mario Roberto (comp.). *Stoll-Menchú: la invención de la memoria*. Guatemala: Consucultura

Warren, Kay B. (2001). “Telling Truths. Taking David Stoll and the Rigoberta Menchú Exposé Seriously” en Arias, Arturo (comp.). *The Rigoberta Menchú Controversy*. Minneapolis: University of Minnesota Press, pp. 198-218

White, Hayden. (2003). “El texto histórico como artefacto literario” en White, Hayden (comp.). *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, Barcelona: Ediciones Paidós, pp. 107-139

White, Hayden. (2003a). “La trama histórica y el problema de la verdad en la representación histórica” en White, Hayden (comp.). *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, Barcelona: Ediciones Paidós, pp. 189-216

Yúdice, George. ([1991]1996). “Testimonio and Postmodernism” en Gugelberger, Georg M. (comp.). *The Real Thing. Testimonial Discourse and Latin America*, Durham y Londres: Duke University Press

Zimmerman, Marc. ([1991]1996) “Testimonio in Guatemala: Payeras, Rigoberta, and Beyond” en Gugelberger, Georg M. (comp.) *The Real Thing. Testimonial Discourse and Latin America*, Durham y Londres: Duke University Press